

Esquema del psicoanálisis

(1940 [1938])

Nota introductoria

Abriss der Psychoanalyse

Ediciones en alemán

- 1940 *Int. Z. Psychoanal.-Imago*, **25**, nº 1, págs. 7-67.
1941 *GW*, **17**, págs. 63-138.
1975 *SA*, «Ergänzungsband» {Volumen complementario}, págs. 407-21. (Sólo el cap. VI: «Die psychoanalytische Technik».)

*Traducciones en castellano **

- 1951 *Esquema del psicoanálisis*. *RP*, **8**, nº 1, págs. 5-54. Traducción de Ludovico Rosenthal.
1955 *Compendio del psicoanálisis*. *SR*, **21**, págs. 67-126. El mismo traductor.
1968 Igual título. *BN* (3 vols.), **3**, págs. 392-440.
1968 *Esquema del psicoanálisis*. *BN* (3 vols.), **3**, págs. 1009-62. Traducción de Ramón Rey-Ardid.
1975 *Compendio del psicoanálisis*. *BN* (9 vols.), **9**, págs. 3379-418.

Cuando se publicó esta obra por primera vez, tanto la edición alemana como la versión inglesa ** incluyeron dos largos pasajes tomados de un trabajo fragmentario de Freud de la misma época, «Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis» (1940b [1938]). En la edición alemana, estos pasajes aparecieron como nota al pie en el capítulo IV (cf. *infra*, pág. 156, n. 3), y en la inglesa, como un apéndice. Poco después se publicó completo el fragmento del cual habían sido extraídos (cf. págs. 279 y sigs.), y consecuentemente la nota y el apéndice ya no se incluyeron en reimpressiones posteriores.

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y n. 6.}

** {Publicada el mismo año (1940) en *International Journal of Psychoanalysis*, **21**, nº 1, págs. 27-82.}

Por un infortunado descuido, el «Prólogo» del autor (pág. 139) fue omitido en la edición de las *Gesammelte Werke*, y por ende sólo se lo encontrará, en alemán, en *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*. Debe destacarse que el volumen XVII de aquella colección, el primero que vio la luz (en 1941), fue impreso simultáneamente con distinta portada y encuadernación llevando como título *Schriften aus dem Nachlass* {Escritos póstumos}.

El manuscrito de este trabajo está redactado en forma inusualmente abreviada, en particular el capítulo III («El desarrollo de la función sexual», págs. 150 y sigs.), donde se omiten, por ejemplo, los artículos definidos e indefinidos y gran cantidad de verbos —podría decirse que su estilo es «telegráfico»—. Los directores de la edición alemana informan que completaron estas abreviaturas; el sentido general no ofrece dudas, y aunque en algunos puntos ese completamiento fue realizado con excesiva libertad, nos pareció que lo más simple era aceptarlo y traducir de la versión suministrada en las *Gesammelte Werke*.

El autor no puso título a la parte I; los editores alemanes adoptaron para ella «Die Natur des Psychischen» {«La naturaleza de lo psíquico»}, que es a su vez un subtítulo del ya citado trabajo «Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis» (cf. *infra*, pág. 284). Para la presente edición se ha propuesto un título algo más general.

Respecto de la fecha en que Freud comenzó a escribir el *Esquema* existen algunas opiniones antagónicas. Según Ernest Jones (1957, pág. 255), lo hizo «durante el tiempo de espera en Viena», o sea, en abril o mayo de 1938. No obstante, en su página inicial el manuscrito está fechado el «22 de julio», lo cual da la razón a los editores alemanes cuando sostienen que la obra fue comenzada en julio de 1938 —vale decir, poco después del arribo de Freud a Londres, en los primeros días de junio—. A principios de setiembre había escrito ya 63 páginas, cuando debió interrumpir su trabajo para someterse a una gravísima operación; y no volvió a retomarlo, aunque al poco tiempo dio comienzo a otra obra de divulgación («Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis») que también muy pronto debió dejar.

Así pues, cabe considerar que el *Esquema* quedó inconcluso, si bien no puede afirmarse sin más que sea incompleto. Ciertamente es que el último capítulo es más breve que los restantes, y bien podría habérselo continuado con el examen de temas tales como el sentimiento de culpa —ya tocado,

empero, en el capítulo VI—; no obstante, constituye un enigma saber hasta dónde y en qué dirección habría proseguido Freud, ya que el programa trazado por él en el «Prólogo» parece haberse cumplido en grado razonable.

Dentro de la larga serie de obras de divulgación que escribió Freud, el *Esquema* presenta características singulares. Las demás están destinadas, sin excepción, a exponer el psicoanálisis ante un público ajeno a este, un público con muy variados grados y tipos de aproximación general a la materia de la que trata Freud, pero siempre relativamente *ignorante* en ella. No es este el caso del *Esquema*. Resulta claro que no es una obra para novatos, sino más bien un «curso de repaso» para estudiantes avanzados. En todas sus partes supone que el lector está familiarizado no sólo con la concepción psicológica general de Freud sino con sus descubrimientos y teorías acerca de aspectos muy precisos. Por ejemplo, un par de brevísimas alusiones al papel que cumplen las huellas mnémicas de las impresiones sensoriales de las palabras (págs. 160 y 201) serán apenas inteligibles para quien ignore ciertos difíciles razonamientos del capítulo final de *La interpretación de los sueños* (1900a) y de la última sección de «Lo inconciente» (1915e); y las exiguas consideraciones que se hacen en dos o tres lugares sobre la identificación y su nexa con los objetos de amor abandonados (págs. 193 y 207) implican conocer siquiera el capítulo III de *El yo y el ello* (1923b). Pero para quienes ya se mueven a sus anchas entre los escritos de Freud, este trabajo constituirá un epílogo sumamente fascinante. Arroja nueva luz sobre todo aquello de que se ocupa —las teorías fundamentales o las más detalladas observaciones clínicas—, y todo lo examina empleando la terminología más reciente. Hay incluso indicios ocasionales de desarrollos completamente nuevos, en particular al final del capítulo VIII (págs. 203-6), donde recibe amplio tratamiento el problema de la escisión del yo y la desmentida de partes del mundo exterior, tal como lo ejemplifica el fetichismo.

Esto nos muestra que a los 82 años Freud poseía todavía un don sorprendente para enfocar de manera renovada lo que podrían parecer temas trillados. Tal vez en ningún otro sitio alcanza su estilo un nivel más alto de compendiosidad y claridad. Por su tono expositivo, la obra nos trasmite una sensación de libertad, que es quizá lo que cabía esperar de un maestro como él al presentar por última vez las ideas de las que fue creador.

James Strachey

[Prólogo]*

El propósito de este breve trabajo es reunir los principios del psicoanálisis y exponerlos, por así decir, dogmáticamente —de la manera más concisa y en los términos más inequívocos—. Su designio no es, desde luego, el de compeler a la creencia o el de provocar convicción.

Las enseñanzas del psicoanálisis se basan en un número incalculable de observaciones y experiencias, y sólo quien haya repetido esas observaciones en sí mismo y en otros individuos está en condiciones de formarse un juicio propio sobre aquel.

* {La presente versión de este prólogo ha sido tomada de la traducción inglesa de la *Standard Edition*.}

Parte I. [La psique y sus operaciones]

I. El aparato psíquico

El psicoanálisis establece una premisa fundamental cuyo examen queda reservado al pensar filosófico y cuya justificación reside en sus resultados. De lo que llamamos nuestra psique (vida anímica), nos son consabidos dos términos: en primer lugar, el órgano corporal y escenario de ella, el encéfalo (sistema nervioso) y, por otra parte, nuestros actos de conciencia, que son dados inmediatamente y que ninguna descripción nos podría transmitir. No nos es consabido, en cambio, lo que haya en medio; no nos es dada una referencia directa entre ambos puntos terminales de nuestro saber. Si ella existiera, a lo sumo brindaría una localización precisa de los procesos de conciencia, sin contribuir en nada a su inteligencia.

Nuestros dos supuestos se articulan con estos dos cabos o comienzos de nuestro saber. El primer supuesto atañe a la localización.¹ Suponemos que la vida anímica es la función de un aparato al que atribuimos ser extenso en el espacio y estar compuesto por varias piezas; nos lo representamos, pues, semejante a un telescopio, un microscopio, o algo así. Si dejamos de lado cierta aproximación ya ensayada, el despliegue consecuente de esa representación es una novedad científica.

Hemos llegado a tomar noticia de este aparato psíquico por el estudio del desarrollo individual del ser humano. Llamamos *ello* a la más antigua de estas provincias o instancias psíquicas: su contenido es todo lo heredado, lo que se trae con el nacimiento, lo establecido constitucionalmente; en especial, entonces, las pulsiones que provienen de la organización corporal, que aquí [en el *ello*] encuentran una primera expresión psíquica, cuyas formas son desconocidas {no consabidas} para nosotros.²

Bajo el influjo del mundo exterior real-objetivo que nos circunda, una parte del *ello* ha experimentado un desarrollo

¹ [El segundo se enuncia en pág. 156.]

² Esta parte más antigua del aparato psíquico sigue siendo la más importante durante toda la vida. En ella se inició también el trabajo de investigación del psicoanálisis.

particular; originariamente un estrato cortical dotado de los órganos para la recepción de estímulos y de los dispositivos para la protección frente a estos, se ha establecido una organización particular que en lo sucesivo media entre el ello y el mundo exterior. A este distrito de nuestra vida anímica le damos el nombre de *yo*.

Los caracteres principales del yo. A consecuencia del vínculo preformado entre percepción sensorial y acción muscular, el yo dispone respecto de los movimientos voluntarios. Tiene la tarea de la autoconservación, y la cumple tomando hacia afuera noticia de los estímulos, almacenando experiencias sobre ellos (en la memoria), evitando estímulos hiperintensos (mediante la huida), enfrentando estímulos moderados (mediante la adaptación) y; por fin, aprendiendo a alterar el mundo exterior de una manera acorde a fines para su ventaja (actividad); y hacia adentro, hacia el ello, ganando imperio sobre las exigencias pulsionales, decidiendo si debe consentírseles la satisfacción, desplazando esta última a los tiempos y circunstancias favorables en el mundo exterior, o sofocando totalmente sus excitaciones. En su actividad es guiado por las noticias de las tensiones de estímulo presentes o registradas dentro de él: su elevación es sentida en general como un *displacer*, y su rebajamiento, como *placer*. No obstante, es probable que lo sentido como placer y *displacer* no sean las alturas absolutas de esta tensión de estímulo, sino algo en el ritmo de su alteración. El yo aspira al placer, quiere evitar el *displacer*. Un acrecentamiento esperado, previsto, de *displacer* es respondido con la *señal de angustia*; y su ocasión, amenace ella desde afuera o desde adentro, se llama *peligro*. De tiempo en tiempo, el yo desata su conexión con el mundo exterior y se retira al estado del dormir, en el cual altera considerablemente su organización. Y del estado del dormir cabe inferir que esa organización consiste en una particular distribución de la energía anímica.

Como precipitado del largo período de infancia durante el cual el ser humano en crecimiento vive en dependencia de sus padres, se forma dentro del yo una particular instancia en la que se prolonga el influjo de estos. Ha recibido el nombre de *superyó*. En la medida en que este superyó se separa del yo o se contrapone a él, es un tercer poder que el yo se ve precisado a tomar en cuenta.

Así las cosas, una acción del yo es correcta cuando cumple al mismo tiempo los requerimientos del ello, del superyó y de la realidad objetiva, vale decir, cuando sabe reconciliar entre sí sus exigencias. Los detalles del vínculo entre yo y

superyó se vuelven por completo inteligibles reconduciéndolos a la relación del niño con sus progenitores. Naturalmente, en el influjo de los progenitores no sólo es eficiente la índole personal de estos, sino también el influjo, por ellos propagado, de la tradición de la familia, la raza y el pueblo, así como los requerimientos del medio social respectivo, que ellos subrogan. De igual modo, en el curso del desarrollo individual el superyó recoge aportes de posteriores continuadores y personas sustitutivas de los progenitores, como pedagogos, arquetipos públicos, ideales venerados en la sociedad. Se ve que ello y superyó, a pesar de su diversidad fundamental, muestran una coincidencia en cuanto representan {*repräsentieren*} los influjos del pasado: el ello, los del pasado heredado; el superyó, en lo esencial, los del pasado asumido por otros. En tanto, el yo está comandado principalmente por lo que uno mismo ha vivenciado, vale decir, lo accidental y actual.

Este esquema general del aparato psíquico habrá de considerarse válido también para los animales superiores, semejantes al hombre en lo anímico. Cabe suponer un superyó siempre que exista un período prolongado de dependencia infantil, como en el ser humano. Y es inevitable suponer una separación de yo y ello. La psicología animal no ha abordado todavía la interesante tarea que esto le plantea.

II. Doctrina de las pulsiones

El poder del ello expresa el genuino propósito vital del individuo. Consiste en satisfacer sus necesidades congénitas. Un propósito de mantenerse con vida y protegerse de peligros mediante la angustia no se puede atribuir al ello. Esa es la tarea del yo, quien también tiene que hallar la manera más favorable y menos peligrosa de satisfacción con miramiento por el mundo exterior. Aunque el superyó pueda imponer necesidades nuevas, su principal operación sigue siendo limitar las satisfacciones.

Llamamos *pulsiones* a las fuerzas que suponemos tras las tensiones de necesidad del ello. Representan {*repräsentieren*} los requerimientos que hace el cuerpo a la vida anímica. Aunque causa última de toda actividad, son de naturaleza conservadora; de todo estado alcanzado por un ser brota un afán por reproducir ese estado tan pronto se lo abandonó. Se puede, pues, distinguir un número indeterminado de pulsiones, y así se acostumbra hacer. Para nosotros es sustantiva la posibilidad de que todas esas múltiples pulsiones se puedan reconducir a unas pocas pulsiones básicas. Hemos averiguado que las pulsiones pueden alterar su meta (por desplazamiento); también, que pueden sustituirse unas a otras al traspasar la energía de una pulsión sobre otra. Tras larga vacilación y oscilación, nos hemos resuelto a aceptar sólo dos pulsiones básicas: *Eros* y *pulsión de destrucción*. (La oposición entre pulsión de conservación de sí mismo y de conservación de la especie, así como la otra entre amor yoico y amor de objeto, se sitúan en el interior del Eros.) La meta de la primera es producir unidades cada vez más grandes y, así, conservarlas, o sea, una ligazón {*Bindung*}; la meta de la otra es, al contrario, disolver nexos y, así, destruir las cosas del mundo. Respecto de la pulsión de destrucción, podemos pensar que aparece como su meta última trasportar lo vivo al estado inorgánico; por eso también la llamamos *pulsión de muerte*. Si suponemos que lo vivo advino más tarde que lo inerte y se generó desde esto, la pulsión de muerte responde a la fórmula consignada, a saber, que una pulsión aspira al regreso a un estado anterior.

En cambio, no podemos aplicar a Eros (o pulsión de amor) esa fórmula. Ello presupondría que la sustancia viva fue otrora una unidad luego desgarrada y que ahora aspira a su reunificación.¹

En las funciones biológicas, las dos pulsiones básicas producen efectos una contra la otra o se combinan entre sí. Así, el acto de comer es una destrucción del objeto con la meta última de la incorporación; el acto sexual, una agresión con el propósito de la unión más íntima. Esta acción conjugada y contraria de las dos pulsiones básicas produce toda la variedad de las manifestaciones de la vida. Y más allá del reino de lo vivo, la analogía de nuestras dos pulsiones básicas lleva a la pareja de contrarios atracción y repulsión, que gobierna en lo inorgánico.²

Alteraciones en la proporción de mezcla de las pulsiones tienen las más palpables consecuencias. Un fuerte suplemento de agresión sexual hace del amante un asesino con estupro; un intenso rebajamiento del factor agresivo lo vuelve timorato o impotente.

Ni hablar de que se pueda circunscribir una u otra de las pulsiones básicas a una de las provincias anímicas. Se las tiene que topor por doquier. Nos representamos un estado inicial de la siguiente manera: la íntegra energía disponible de Eros, que desde ahora llamaremos *libido*, está presente en el yo-ello todavía indiferenciado [cf. pág. 148n.] y sirve para neutralizar las inclinaciones de destrucción simultáneamente presentes. (Carecemos de un término análogo a «libido» para la energía de la pulsión de destrucción.) En posteriores estados nos resulta relativamente fácil perseguir los destinos de la libido; ello es más difícil respecto de la pulsión de destrucción.

Mientras esta última produce efectos en lo interior como

¹ Los poetas han fantaseado algo semejante; nada correspondiente nos es consabido desde la historia de la sustancia viva. [Indudablemente, al decir esto Freud tenía presente, entre otros escritos, el *Banquete* de Platón, que ya había citado con un propósito análogo en *Más allá del principio de placer* (1920g), *AE*, 18, págs. 56-7, y al que había aludido antes aún, en el primero de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), *AE*, 7, pág. 124.]

² La figuración de las fuerzas fundamentales o pulsionales, contra la cual los analistas suelen revolverse todavía, era ya familiar al filósofo Empédocles de Acragas. [Freud examinó las teorías de Empédocles con alguna extensión en «Análisis terminable e interminable» (1937c), *infra*, págs. 246 y sigs. Una referencia a las dos fuerzas que operan en la física aparece en su carta abierta a Einstein, *¿Por qué la guerra?* (1933b), *AE*, 22, pág. 193, así como también en la 32ª de sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a), *AE*, 22, pág. 96.]

pulsión de muerte, permanece muda; sólo comparece ante nosotros cuando es vuelta hacia afuera como pulsión de destrucción. Que esto acontezca parece una necesidad objetiva para la conservación del individuo. El sistema muscular sirve a esta derivación. Con la instalación del superyó, montos considerables de la pulsión de agresión son fijados en el interior del yo y allí ejercen efectos autodestructivos. Es uno de los peligros para su salud que el ser humano toma sobre sí en su camino de desarrollo cultural. Retener la agresión es en general insano, produce un efecto patógeno (mortificación) (*Kränkung*).³ El tránsito de una agresión impedida hacia una destrucción de sí mismo por vuelta de la agresión hacia la persona propia suele ilustrarlo una persona en el ataque de furia, cuando se mesa los cabellos y se golpea el rostro con los puños, en todo lo cual es evidente que ella habría preferido infligir a otro ese tratamiento. Una parte de destrucción de sí permanece en lo interior, sean cuales fueren las circunstancias, hasta que al fin consigue matar al individuo, quizá sólo cuando la libido de este se ha consumido o fijado de una manera desventajosa. Así, se puede conjeturar, en general, que el individuo muere a raíz de sus conflictos internos; la especie, en cambio, se extingue por su infructuosa lucha contra el mundo exterior, cuando este último ha cambiado de una manera tal que no son suficientes las adaptaciones adquiridas por aquella.

Es difícil enunciar algo sobre el comportamiento de la libido dentro del ello y dentro del superyó. Todo cuanto sabemos acerca de esto se refiere al yo, en el cual se almacena inicialmente todo el monto disponible de libido. Llamamos *narcisismo* primario absoluto a ese estado. Dura hasta que el yo empieza a investir con libido las representaciones de objetos, a trasponer libido narcisista en *libido de objeto*. Durante toda la vida, el yo sigue siendo el gran reservorio desde el cual investiduras libidinales son enviadas a los objetos y al interior del cual se las vuelve a retirar, tal como un cuerpo protoplasmático procede con sus seudópodos.⁴ Sólo en el estado de un enamoramiento total se trasfiere sobre el objeto el monto principal de la libido, el objeto se pone (*setzen sich*) en cierta medida en el lugar del yo. Un carác-

³ [Literalmente podría traducirse «lo enferma». Esto mismo, incluido el juego de palabras con «*Kränkung*», fue dicho por Freud cuarenta y cinco años antes en su conferencia sobre la histeria (1893b), *AE*, 3, pág. 38.]

⁴ [Se hallarán ciertas consideraciones más sobre este pasaje y una parte de uno anterior (pág. 147) en el «Apéndice B» a *El yo y el ello* (1923b), *AE*, 19, págs. 64-5.]

ter de importancia vital es la *movilidad* de la libido, la presteza con que ella traspasa de un objeto a otro objeto. En oposición a esto se sitúa la *fijación* de la libido en determinados objetos, que a menudo dura la vida entera.

Es innegable que la libido tiene fuentes somáticas, y afluye al yo desde diversos órganos y partes del cuerpo. Esto se ve de la manera más nítida en aquel sector de la libido que, de acuerdo con su meta pulsional, se designa «excitación sexual». Entre los lugares del cuerpo de los que parte esa libido, los más destacados se señalan con el nombre de *zonas erógenas*, pero en verdad el cuerpo íntegro es una zona erógena tal. Lo mejor que sabemos sobre Eros, o sea sobre su exponente, la libido, se adquirió por el estudio de la función sexual, la cual en la concepción corriente —aunque no en nuestra teoría— se superpone con Eros. Pudimos formarnos una imagen del modo en que la aspiración sexual, que está destinada a influir de manera decisiva sobre nuestra vida, se desarrolla poco a poco desde las alternantes contribuciones de varias pulsiones parciales, subordinadas de determinadas zonas erógenas.

III. El desarrollo de la función sexual¹

Según la concepción corriente, la vida sexual humana consistiría, en lo esencial, en el afán de poner en contacto los genitales propios con los de una persona del otro sexo. Besar, mirar y tocar ese cuerpo ajeno aparecen ahí como unos fenómenos concomitantes y unas acciones introductorias. Ese afán emergería con la pubertad —vale decir, a la edad de la madurez genésica— al servicio de la reproducción. No obstante, siempre fueron notorios ciertos hechos que no calzaban en el marco estrecho de esta concepción: 1) Curiosamente, hay personas para quienes sólo individuos del propio sexo y sus genitales poseen atracción. 2) Es también curioso que ciertas personas, cuyas apetencias se comportan en un todo como si fueran sexuales, prescinden por completo de las partes genésicas o de su empleo normal; a tales seres humanos se los llama «perversos». 3) Es llamativo, para concluir, que muchos niños, considerados por esta razón degenerados, muestren muy tempranamente un interés por sus genitales y por los signos de excitación de estos.

Bien se comprende que el psicoanálisis provocara escándalo y contradicción cuando, retomando en parte estos tres menospreciados hechos, contradijo todas las opiniones populares sobre la sexualidad. Sus principales resultados son los siguientes:

a. La vida sexual no comienza sólo con la pubertad, sino que se inicia enseguida después del nacimiento con nítidas exteriorizaciones.

b. Es necesario distinguir de manera tajante entre los conceptos de «sexual» y de «genital». El primero es el más extenso, e incluye muchas actividades que nada tienen que ver con los genitales.

c. La vida sexual incluye la función de la ganancia de placer a partir de zonas del cuerpo, función que es puesta

¹ [En esta versión se han completado las abreviaciones del original. Cf. mi «Nota introductoria», *supra*, pág. 136.]

con posterioridad {*nachträglich*} al servicio de la reproducción. Es frecuente que ambas funciones no lleguen a superponerse por completo.

El principal interés se dirige, desde luego, a la primera tesis, de todas la más inesperada. Se ha demostrado que, a temprana edad, el niño da señales de una actividad corporal a la que sólo un antiguo prejuicio pudo rehusar el nombre de sexual, y a la que se conectan fenómenos psíquicos que hallamos más tarde en la vida amorosa adulta; por ejemplo, la fijación a determinados objetos, los celos, etc. Pero se comprueba, además, que estos fenómenos que emergen en la primera infancia responden a un desarrollo acorde a ley, tienen un acrecentamiento regular, alcanzando un punto culminante hacia el final del quinto año de vida, a lo que sigue un período de reposo. En el curso de este se detiene el progreso, mucho es desaprendido e involuciona. Trascurrido este período, llamado «de latencia», la vida sexual prosigue con la pubertad; podríamos decir: vuelve a aflojar. Aquí tropezamos con el hecho de una *acometida en dos tiempos* de la vida sexual, desconocida fuera del ser humano y que, evidentemente, es muy importante para la hominización.² No es indiferente que los eventos de esta época temprana de la sexualidad sean víctima, salvo unos restos, de la *amnesia infantil*. Nuestras intuiciones sobre la etiología de las neurosis y nuestra técnica de terapia analítica se anudan a estas concepciones. El estudio de los procesos de desarrollo de esa época temprana también ha brindado pruebas para otras tesis.

El primer órgano que aparece como zona erógena y propone al alma una exigencia libidinosa es, a partir del nacimiento, la boca. Al comienzo, toda actividad anímica se

² Véase la conjetura de que el hombre descende de un mamífero que alcanzaba madurez sexual a los cinco años. Algún gran influjo exterior ejercido sobre la especie perturbó luego el desarrollo rectilíneo de la sexualidad. Acaso con ello se entramaron otras transmudaciones de la vida sexual del hombre, comparada con la del animal; por ejemplo, la cancelación de la periodicidad de la libido y el recurso al papel de la menstruación en el vínculo entre los sexos. [Cf. *Moisés y la religión monoteísta* (1939a), *supra*, pág. 72. — Ferenczi (1913c) había sido el primero en sugerir años atrás un nexo entre el período de latencia y la época glacial. Freud se refirió a esto con gran cautela en *El yo y el ello* (1923b), *AE*, 19, pág. 37, y volvió a hacerlo, esta vez con mayor acuerdo, en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), *AE*, 20, pág. 146. El problema del cese de la periodicidad de la función sexual fue analizado con detenimiento por Freud en dos notas a pie de página de *El malestar en la cultura* (1930a), *AE*, 21, págs. 97-8, y 102-4.]

acomoda de manera de procurar satisfacción a la necesidad de esta zona. Desde luego, ella sirve en primer término a la autoconservación por vía del alimento, pero no es lícito confundir fisiología con psicología. Muy temprano, en el chupeteo en que el niño persevera obstinadamente se evidencia una necesidad de satisfacción que —si bien tiene por punto de partida la recepción de alimento y es incitada por esta— aspira a una ganancia de placer independiente de la nutrición, y que por eso puede y debe ser llamada *sexual*.

Ya durante esta fase «oral» entran en escena, con la aparición de los dientes, unos impulsos sádicos aislados. Ello ocurre en medida mucho más vasta en la segunda fase, que llamamos «sádico-anal» porque aquí la satisfacción es buscada en la agresión y en la función excretoria. Fundamos nuestro derecho a anotar bajo el rótulo de la libido las aspiraciones agresivas en la concepción de que el sadismo es una mezcla pulsional de aspiraciones puramente libidinosas con otras destructivas puras, una mezcla que desde entonces no se cancela más.³

La tercera fase es la llamada «fálica», que, por así decir como precursora, se asemeja ya en un todo a la plasmación última de la vida sexual. Es digno de señalarse que no desempeñan un papel aquí los genitales de ambos sexos, sino sólo el masculino (falo). Los genitales femeninos permanecen por largo tiempo ignorados; el niño, en su intento de comprender los procesos sexuales, rinde tributo a la venerable teoría de la cloaca, que tiene su justificación genética.⁴

Con la fase fálica, y en el trascurso de ella, la sexualidad de la primera infancia alcanza su apogeo y se aproxima al sepultamiento. Desde entonces, varoncito y niña tendrán destinos separados. Ambos empezaron por poner su actividad intelectual al servicio de la investigación sexual, y ambos parten de la premisa de la presencia universal del pene. Pero ahora los caminos de los sexos se divorcian. El varoncito entra en la fase edípica, inicia el quehacer manual con el pene, junto a unas fantasías simultáneas sobre algún quehacer sexual de este pene en relación con la madre, has-

³ Se plantea la cuestión de si la satisfacción de mociones pulsionales puramente destructivas puede ser sentida como placer, si ocurre una destrucción pura sin suplemento libidinoso. Una satisfacción de la pulsión de muerte que ha permanecido en el interior del yo no parece arrojar sensaciones de placer, aunque el masoquismo constituye una mezcla enteramente análoga al sadismo.

⁴ Se suele afirmar la existencia de excitaciones vaginales tempranas, pero muy probablemente se trate de excitaciones en el clítoris, o sea, en un órgano análogo al pene, lo cual no suprime el derecho a llamar fálica a esta fase.

ta que el efecto conjugado de una amenaza de castración y la visión de la falta de pene en la mujer le hacen experimentar el máximo trauma de su vida, iniciador del período de latencia con todas sus consecuencias. La niña, tras el infructuoso intento de emparejarse al varón, vivencia el discernimiento de su falta de pene o, mejor, de su inferioridad clitorídea, con duraderas consecuencias para el desarrollo del carácter; y a menudo, a raíz de este primer desengaño en la rivalidad, reacciona lisa y llanamente con un primer extrañamiento de la vida sexual.

Se caería en un malentendido si se creyera que estas tres fases se relevan unas a otras de manera neta; una viene a agregarse a la otra, se superponen entre sí, coexisten juntas. En las fases tempranas, las diversas pulsiones parciales parten con recíproca independencia a la consecución de placer; en la fase fálica se tienen los comienzos de una organización que subordina las otras aspiraciones al primado de los genitales y significa el principio del ordenamiento de la aspiración general de placer dentro de la función sexual. La organización plena sólo se alcanza en la pubertad, en una cuarta fase, «genital». Así queda establecido un estado en que: 1) se conservan muchas investiduras libidinales tempranas; 2) otras son acogidas dentro de la función sexual como unos actos preparatorios, de apoyo, cuya satisfacción da por resultado el llamado «placer previo», y 3) otras aspiraciones son excluidas de la organización y son por completo sofocadas (reprimidas) o bien experimentan una aplicación diversa dentro del yo, forman rasgos de carácter, padecen sublimaciones con desplazamiento de meta.

Este proceso no siempre se consume de manera impecable. Las inhibiciones en su desarrollo se presentan como las múltiples perturbaciones de la vida sexual. En tales casos han preexistido fijaciones de la libido a estados de fases más tempranas, cuya aspiración, independiente de la meta sexual normal, es designada *perversión*. Una inhibición así del desarrollo es, por ejemplo, la homosexualidad cuando es manifiesta. El análisis demuestra que una ligazón de objeto homosexual preexistía en todos los casos y, en la mayoría, se conservó *latente*. Las constelaciones se complican por el hecho de que, en general, no es que los procesos requeridos para producir el desenlace normal se consumen o estén ausentes a secas, sino que se consuman de manera *parcial*, de suerte que la plasmación final depende de estas relaciones *cuantitativas*. En tal caso, se alcanza, sí, la organización genital, pero debilitada en los sectores de libido que no acompañaron ese desarrollo y permanecieron

fijados a objetos y metas pregenitales. Ese debilitamiento se muestra en la inclinación de la libido a retroceder hasta las investiduras pregenitales anteriores (*regresión*) en caso de no satisfacción genital o de dificultades objetivas.

Durante el estudio de las funciones sexuales pudimos obtener una primera y provisional convicción o, mejor dicho, una vislumbre de dos intelecciones que más tarde se revelarían importantes por todo este ámbito. La primera, que los fenómenos normales y anormales que observamos (es decir, la fenomenología) demandan ser descritos desde el punto de vista de la dinámica y la economía (en nuestro caso, la distribución cuantitativa de la libido); y la segunda, que la etiología de las perturbaciones por nosotros estudiadas se halla en la historia de desarrollo, o sea, en la primera infancia del individuo.

IV. Cualidades psíquicas

Hemos descrito el edificio del aparato psíquico, las energías o fuerzas activas en su interior, y con relación a un destacado ejemplo estudiamos el modo en que estas energías, principalmente la libido, se organizan en una función fisiológica al servicio de la conservación de la especie. Pero nada de ello subrogaba el carácter enteramente peculiar de lo psíquico, prescindiendo, desde luego, del hecho empírico de que ese aparato y esas energías están en la base de las funciones que llamamos nuestra vida anímica. Ahora pasamos a lo que es característico y único de eso psíquico, y aun, de acuerdo con una muy difundida opinión, coincide con lo psíquico por exclusión de lo otro.

El punto de partida para esta indagación lo da el hecho de la conciencia, hecho sin parangón, que desafía todo intento de explicarlo y describirlo. Y, sin embargo, si uno habla de conciencia, sabe de manera inmediata y por su experiencia personal más genuina lo que se mienta con ello.¹ Muchos, situados tanto dentro de la ciencia como fuera de ella, se conforman con adoptar el supuesto de que la conciencia es, sólo ella, lo psíquico, y entonces en la psicología no resta por hacer más que distinguir en el interior de la fenomenología psíquica entre percepciones, sentimientos, procesos cognitivos y actos de voluntad. Ahora bien, hay general acuerdo en que estos procesos concientes no forman unas series sin lagunas, cerradas en sí mismas, de suerte que no habría otro expediente que adoptar el supuesto de unos procesos físicos o somáticos concomitantes de lo psíquico, a los que parece preciso atribuir una perfección mayor que a las series psíquicas, pues algunos de ellos tienen procesos concientes paralelos y otros no. Esto sugiere de una manera natural poner el acento, en psicología, sobre estos procesos somáticos, reconocer en ellos lo psíquico genuino y buscar una apreciación diversa para los procesos concientes. Ahora bien, la mayoría de los filósofos, y mu-

¹ ¡Una orientación extrema, como el conductismo nacido en Estados Unidos, cree poder edificar una psicología prescindiendo de este hecho básico!

chos otros aún, se revuelven contra esto y declaran que algo psíquico inconciente sería un contrasentido.

Sin embargo, tal es la argumentación que el psicoanálisis se ve obligado a adoptar, y este es su segundo supuesto fundamental [cf. pág. 143]. Declara que esos procesos concomitantes presuntamente somáticos son lo psíquico genuino, y para hacerlo prescinde al comienzo de la cualidad de la conciencia. Y no está solo en esto. Muchos pensadores, por ejemplo Theodor Lipps,² han formulado lo mismo con iguales palabras, y el universal descontento con la concepción usual de lo psíquico ha traído por consecuencia que algún concepto de lo inconciente demandara, con urgencia cada vez mayor, ser acogido en el pensar psicológico, si bien lo consiguió de un modo tan impreciso e inasible que no pudo cobrar influjo alguno sobre la ciencia.³

No obstante que en esta diferencia entre el psicoanálisis y la filosofía pareciera tratarse sólo de un desdeñable problema de definición sobre si el nombre de «psíquico» ha de darse a esto o a estotro, en realidad ese paso ha cobrado una significatividad enorme. Mientras que la psicología de la conciencia nunca salió de aquellas series lagunosas, que evidentemente dependen de otra cosa, la concepción según la cual lo psíquico es en sí inconciente permite configurar la psicología como una ciencia natural entre las otras. Los procesos de que se ocupa son en sí tan indiscernibles como los de otras ciencias, químicas o físicas, pero es posible establecer las leyes a que obedecen, perseguir sus vínculos recíprocos y sus relaciones de dependencia sin dejar lagunas por largos trechos —o sea, lo que se designa como entendimiento del ámbito de fenómenos naturales en cuestión—. Para ello, no puede prescindir de nuevos supuestos ni de la creación de conceptos nuevos, pero a estos no se los ha de menospreciar como testimonios de nuestra perplejidad, sino que ha de estimárselos como enriquecimientos de la ciencia; poseen títulos para que se les otorgue, en calidad de aproximaciones, el mismo valor que a las correspondientes construcciones intelectuales auxiliares de otras ciencias naturales, y esperan ser modificados, rectificados y recibir una definición más fina mediante una experiencia acumulada y tamizada. Por tanto, concuerda en un todo

² [Algunos comentarios sobre Lipps (1851-1914) y la relación que Freud mantuvo con él se brindan en mi «Introducción» al libro de este último sobre el chiste (1905c), *AE*, 8, págs. 4-5.]

³ [En la primera publicación alemana de esta obra (1940), se incorporó en este sitio una larga nota al pie. Cf. mi «Nota introductoria», *supra*, pág. 135.]

con nuestra expectativa que los conceptos fundamentales de la nueva ciencia, sus principios (pulsión, energía nerviosa, entre otros), permanezcan durante largo tiempo tan imprecisos como los de las ciencias más antiguas (fuerza, masa, atracción).

Todas las ciencias descansan en observaciones y experiencias mediadas por nuestro aparato psíquico; pero como nuestra ciencia tiene por objeto a ese aparato mismo, cesa la analogía. Hacemos nuestras observaciones por medio de ese mismo aparato de percepción, justamente con ayuda de las lagunas en el interior de lo psíquico, en la medida en que completamos lo faltante a través de unas inferencias evidentes y lo traducimos a material conciente. De tal suerte, establecemos, por así decir, una serie complementaria conciente de lo psíquico inconciente. Sobre el carácter forzoso de estas inferencias reposa la certeza relativa de nuestra ciencia psíquica. Quien profundice en este trabajo hallará que nuestra técnica resiste cualquier crítica.

En el curso de ese trabajo se nos imponen los distingos que designamos como *cualidades psíquicas*. En cuanto a lo que llamamos «conciente», no hace falta que lo caractericemos; es lo mismo que la conciencia de los filósofos y de la opinión popular. Todo lo otro psíquico es para nosotros lo «inconciente». Enseguida nos vemos llevados a suponer dentro de eso inconciente una importante separación. Muchos procesos nos devienen con facilidad concientes, y si luego no lo son más, pueden devenirlo de nuevo sin dificultad; como se suele decir, pueden ser reproducidos o recordados. Esto nos avisa que la conciencia en general no es sino un estado en extremo pasajero. Lo que es conciente, lo es sólo por un momento. Si nuestras percepciones no corroboran esto, no es más que una contradicción aparente; se debe a que los estímulos de la percepción pueden durar un tiempo más largo, siendo así posible repetir la percepción de ellos. Todo este estado de cosas se vuelve más nítido en torno de la percepción conciente de nuestros procesos cognitivos, que por cierto también perduran, pero de igual modo pueden discurrir en un instante. Entonces, preferimos llamar «susceptible de conciencia» o *preconciente* a todo lo inconciente que se comporta de esa manera —o sea, que puede trocar con facilidad el estado inconciente por el estado conciente—. La experiencia nos ha enseñado que difícilmente exista un proceso psíquico, por compleja que sea su naturaleza, que no pueda permanecer en ocasiones preconciente aunque por regla general se adelante hasta la conciencia, como lo decimos en nuestra terminolo-

gía. Otros procesos psíquicos, otros contenidos, no tienen un acceso tan fácil al devenir-conciente, sino que es preciso inferirlos de la manera descrita, colegirlos y traducirlos a expresión conciente. Para estos reservamos el nombre de «lo inconciente genuino».

Así pues, hemos atribuido a los procesos psíquicos tres cualidades: ellos son concientes, preconcientes o inconcientes. La separación entre las tres clases de contenidos que llevan esas cualidades no es absoluta ni permanente. Lo que es preconciente deviene conciente, según vemos, sin nuestra colaboración; lo inconciente puede ser hecho conciente en virtud de nuestro empeño, a raíz de lo cual es posible que tengamos a menudo la sensación de haber vencido unas resistencias intensísimas. Cuando emprendemos este intento en otro individuo, no debemos olvidar que el llenado conciente de sus lagunas perceptivas, la construcción que le proporcionamos, no significa todavía que hayamos hecho conciente en él mismo el contenido inconciente en cuestión. Es que este contenido al comienzo está presente en él en una fijación ⁴ doble: una vez, dentro de la reconstrucción conciente que ha escuchado, y, además, en su estado inconciente originario. Luego, nuestro continuado empeño consigue las más de las veces que eso inconciente le devenga conciente a él mismo, por obra de lo cual las dos fijaciones pasan a coincidir. La medida de nuestro empeño, según la cual estimamos nosotros la resistencia al devenir-conciente, es de magnitud variable en cada caso. Por ejemplo, lo que en el tratamiento analítico es el resultado de nuestro empeño puede acontecer también de una manera espontánea, un contenido de ordinario inconciente puede mudarse en uno preconciente y luego devenir conciente, como en vasta escala sucede en estados psicóticos. De esto inferimos que el mantenimiento de ciertas resistencias internas es una condición de la normalidad. Un relajamiento así de las resistencias, con el consecuente avance de un contenido inconciente, se produce de manera regular en el estado del dormir, con lo cual queda establecida la condición para que se formen sueños. A la inversa, un contenido pre-

⁴ [«*Fixierung*»; la palabra es utilizada con el mismo sentido en *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 5, pág. 532. Otras veces, Freud emplea «*Niederschrift*» {«trascripción»}; por ejemplo, en «Lo inconciente» (1915e), AE, 14, pág. 170, y en una carta a Fliess del 6 de diciembre de 1896 (Freud, 1950a, Carta 52), AE, 1, pág. 274. Cabe destacar que en *Moisés y la religión monoteísta* (1939a), obra que acababa de terminar, usó varias veces «*Fixierung*» para denotar el registro de una tradición. Véase, verbigracia, *supra*, pág. 59.]

conciente puede ser temporariamente inaccesible, estar bloqueado por resistencias, como ocurre en el olvido pasajero (escaparse algo de la memoria), o aun cierto pensamiento preconciente puede ser trasladado temporariamente al estado inconciente, lo que parece ser la condición del chiste. Veremos que una mudanza hacia atrás como esta, de contenidos (o procesos) preconcientes al estado inconciente, desempeña un gran papel en la causación de perturbaciones neuróticas.

Expuesta así, con esa generalidad y simplificación, la doctrina de las tres cualidades de lo psíquico más parece una fuente de interminables confusiones que un aporte al esclarecimiento. Pero no se olvide que en verdad no es una teoría, sino una primera rendición de cuentas sobre los hechos de nuestras observaciones; ella se atiene con la mayor cercanía posible a esos hechos, y no intenta explicarlos. Y acaso las complicaciones que pone en descubierto permitan aprehender las particulares dificultades con que tiene que luchar nuestra investigación. Pero cabe conjeturar que esta doctrina se nos hará más familiar cuando estudiemos los vínculos que se averiguan entre las cualidades psíquicas y las provincias o instancias del aparato psíquico, por nosotros supuestas. Es cierto que tampoco estos vínculos tienen nada de simples.

El devenir-conciente se anuda, sobre todo, a las percepciones que nuestros órganos sensoriales obtienen del mundo exterior. Para el abordaje tópico, por tanto, es un fenómeno que sucede en el estrato cortical más exterior del yo. Es cierto que también recibimos noticias concientes del interior del cuerpo, los sentimientos, y aun ejercen estos un influjo más imperioso sobre nuestra vida anímica que las percepciones externas; además, bajo ciertas circunstancias, también los órganos de los sentidos brindan sentimientos, sensaciones de dolor, diversas de sus percepciones específicas. Pero dado que estas sensaciones, como se las llama para distinguirlas de las percepciones concientes, parten también de los órganos terminales, y a todos estos los concebimos como prolongación, como unos emisarios del estrato cortical, podemos mantener la afirmación anterior. La única diferencia sería que para los órganos terminales, en el caso de las sensaciones y sentimientos, el cuerpo mismo sustituiría al mundo exterior.

Unos procesos concientes en la periferia del yo, e inconciente todo lo otro en el interior del yo: ese sería el más simple estado de cosas que deberíamos adoptar como supuesto. Acaso sea la relación que efectivamente exista entre

los animales; en el hombre se agrega una complicación en virtud de la cual también procesos interiores del yo pueden adquirir la cualidad de la conciencia. Esto es obra de la función del lenguaje, que conecta con firmeza los contenidos del yo con restos mnémicos de las percepciones visuales, pero, en particular, de las acústicas. A partir de ahí, la periferia percipiente del estrato cortical puede ser excitada desde adentro en un radio mucho mayor, pueden devenir concientes procesos internos, así como decursos de representación y procesos cognitivos, y es menester un dispositivo particular que diferencie entre ambas posibilidades, el llamado *examen de realidad*: La equiparación percepción = realidad objetiva (mundo exterior) se ha vuelto cuestionable. Errores que ahora se producen con facilidad, y de manera regular en el sueño, reciben el nombre de *alucinaciones*.

El interior del yo, que abarca sobre todo los procesos cognitivos, tiene la cualidad de lo preconciente. Esta cualidad es característica del yo, le corresponde sólo a él. Sin embargo, no sería correcto hacer de la conexión con los restos mnémicos del lenguaje la condición del estado preconciente; antes bien, este es independiente de aquella, aunque la presencia de esa conexión permite inferir con certeza la naturaleza preconciente del proceso. No obstante, el estado preconciente, singularizado por una parte en virtud de su acceso a la conciencia y, por la otra, merced a su enlace con los restos de lenguaje, es algo particular, cuya naturaleza estos dos caracteres no agotan. La prueba de ello es que grandes sectores del yo, sobre todo del superyó —al cual no se le puede cuestionar el carácter de lo preconciente—, las más de las veces permanecen inconcientes en el sentido fenomenológico. No sabemos por qué es preciso que sea así. Más adelante intentaremos abordar el problema de averiguar la efectiva naturaleza de lo preconciente.

Lo inconciente es la cualidad que gobierna de manera exclusiva en el interior del ello. Ello e inconciente se pertenecen de manera tan íntima como yo y preconciente, y aun la relación es en el primer caso más excluyente aún. Una visión retrospectiva sobre la historia de desarrollo de la persona y su aparato psíquico nos permite comprobar un sustantivo distingo en el interior del ello. Sin duda que en el origen todo era ello; el yo se ha desarrollado por el continuado influjo del mundo exterior sobre el ello. Durante ese largo desarrollo, ciertos contenidos del ello se mudaron al estado preconciente y así fueron recogidos en el yo. Otros permanecieron inmutados dentro del ello como su núcleo, de difícil acceso. Pero en el curso de ese

desarrollo, el yo joven y endeble devuelve hacia atrás, hacia el estado inconciente, ciertos contenidos que ya había acogido, los abandona, y frente a muchas impresiones nuevas que habría podido recoger se comporta de igual modo, de suerte que estas, rechazadas, sólo podrían dejar como secuela una huella en el ello. A este último sector del ello lo llamamos, por miramiento a su génesis, *lo reprimido* {esforzado al desalojo}. Importa poco que no siempre podamos distinguir de manera tajante entre estas dos categorías en el interior del ello. Coinciden, aproximadamente, con la separación entre lo congénito originario y lo adquirido en el curso del desarrollo yoico.

Ahora bien, si nos hemos decidido a la descomposición tópica del aparato psíquico en yo y ello, con la cual corre paralelo el distingo de la cualidad de preconciente e inconciente, y hemos considerado esta cualidad sólo como un indicio del distingo, no como su esencia, ¿en qué consiste la naturaleza genuina del estado que se denuncia en el interior del ello por la cualidad de lo inconciente, y en el interior del yo por la de lo preconciente, y en qué consiste el distingo entre ambos?

Pues bien; sobre eso nada sabemos, y desde el trasfondo de esta ignorancia, envuelto en profundas tinieblas, nuestras escasas intelecciones se recortan harto mezquinas. Nos hemos aproximado aquí al secreto de lo psíquico, en verdad todavía no revelado. Suponemos, según estamos habituados a hacerlo por otras ciencias naturales, que en la vida anímica actúa una clase de energía, pero nos falta cualquier asidero para acercarnos a su conocimiento por analogía con otras formas de energía. Creemos discernir que la energía nerviosa o psíquica se presenta en dos formas, una livianamente móvil y una más bien ligada; hablamos de inversiones y sobreinversiones de los contenidos, y aun aventuramos la conjetura de que una «sobreinversión» establece una suerte de síntesis de diversos procesos, en virtud de la cual la energía libre es traspuesta en energía ligada. Si bien no hemos avanzado más allá de ese punto, sostenemos la opinión de que el distingo entre estado inconciente y preconciente se sitúa en constelaciones dinámicas de esa índole, lo cual permitiría entender que uno de ellos pueda ser traspuesto al otro de manera espontánea o mediante nuestra colaboración.

Tras todas estas incertidumbres se asienta, empero, un hecho nuevo cuyo descubrimiento debemos a la investigación psicoanalítica. Hemos averiguado que los procesos de lo inconciente o del ello obedecen a leyes diversas que los

producidos en el interior del yo preconciente. A esas leyes, en su totalidad, las llamamos *proceso primario*, por oposición al *proceso secundario* que regula los decursos en lo preconciente, en el yo. De este modo, pues, el estudio de las cualidades psíquicas no se habría revelado infecundo a la postre.

V. Un ejemplo: La interpretación de los sueños

La indagación de estados normales, estables, en los que las fronteras del yo respecto del ello están aseguradas mediante resistencias (contrainvestiduras), en los que esas fronteras no se han movido y el superyó no se distingue del yo pues ambos trabajan de consuno, una indagación así, decimos, nos aportaría escaso esclarecimiento. Sólo podrán hacernos adelantar los estados de conflicto y de sublevación, cuando el contenido del ello inconciente tiene perspectivas de penetrar en la conciencia y el yo ha vuelto a ponerse en guardia contra su intrusión. Sólo bajo estas condiciones podemos hacer las observaciones que confirmen o rectifiquen nuestras noticias sobre ambos copartícipes. Ahora bien, un estado así es el dormir nocturno, y por eso mismo la actividad psíquica en el dormir, que percibimos como sueño, es nuestro objeto de estudio más propicio. Además, de ese modo evitamos el reproche, oído con tanta frecuencia, de que nosotros construiríamos la vida anímica normal siguiendo los hallazgos de la patología; en efecto, el sueño es un suceso regular en la vida de los seres humanos normales, aun cuando sus caracteres se puedan distinguir de las producciones de nuestra vida de vigilia. El sueño, como es de todos consabido, puede ser confuso, ininteligible, sin sentido alguno; llegado el caso, sus indicaciones contradicen todo nuestro saber de la realidad, y nos comportamos como unos enfermos mentales, pues, mientras soñamos, atribuimos a los contenidos del sueño una realidad objetiva.

Echamos a andar por el camino hacia el entendimiento («interpretación») del sueño si suponemos que aquello por nosotros recordado como sueño tras el despertar no es el proceso onírico efectivo y real, sino sólo una fachada tras la cual el sueño se oculta. Es nuestro distinguir entre un contenido *manifiesto* del sueño y los pensamientos oníricos *latentes*. Y llamamos *trabajo del sueño* al proceso que de los segundos hace surgir el primero. El estudio del trabajo del sueño nos enseña, mediante un destacado ejemplo, cómo un material inconciente, un material originario y re-

primido, se impone al yo, deviene preconciente y en virtud de la revuelta del yo experimenta las alteraciones que conocemos como *desfiguración onírica*. Ninguno de los caracteres del sueño deja de hallar esclarecimiento de esta manera.

Lo mejor es empezar comprobando que hay dos clases de ocasiones para la formación del sueño. O bien una moción pulsional de ordinario sofocada (un deseo inconciente) ha hallado mientras uno duerme la intensidad que le permite hacerse valer en el interior del yo, o bien una aspiración que quedó pendiente de la vida de vigilia, una ilación de pensamiento preconciente con todas las mociones conflictivas que de ella dependen, ha hallado en el dormir un refuerzo por un elemento inconciente. Vale decir, sueños desde el ello o desde el yo. El mecanismo de la formación del sueño es para ambos casos el mismo, y también la condición dinámica es idéntica. El yo prueba su tardía génesis a partir del ello suspendiendo temporarily sus funciones y permitiendo el regreso a un estado anterior. Esto acontece de la manera correcta cuando interrumpe sus vínculos con el mundo exterior y retira sus investiduras de los órganos de los sentidos. Uno puede decir, con derecho, que al nacer se ha engendrado una pulsión a regresar a la vida intrauterina abandonada, una pulsión de dormir. El dormir es un regreso tal al seno materno. Como el yo de la vigilia gobierna la motilidad, esta función está paralizada en el estado del dormir y, por eso, se vuelven superfluas buena parte de las inhibiciones que pesaban sobre el ello inconciente. De esta manera, el recogimiento o rebajamiento de esas «contrainvestiduras» permite al ello una medida de libertad que ahora es inocua.

Las pruebas de la participación del ello inconciente en la formación del sueño son abundantes y de fuerza demostrativa. a) La memoria del sueño es mucho más amplia que la del estado de vigilia. El sueño trae recuerdos que el soñante ha olvidado y le eran inasequibles en la vigilia. b) El sueño usa sin restricción alguna unos símbolos lingüísticos cuyo significado el soñante la mayoría de las veces desconoce. Empero, mediante nuestra experiencia podemos corroborar su sentido. Es probable que provengan de fases anteriores del desarrollo del lenguaje. c) La memoria del sueño reproduce muy a menudo impresiones de la primera infancia del soñante, de las cuales podemos aseverar de manera precisa que no sólo han

sido olvidadas, sino que devinieron inconcientes por obra de la represión. Sobre esto se basa la ayuda, indispensable las más de las veces, que el sueño presta para reconstruir la primera infancia del soñante, cosa que nosotros intentamos en el tratamiento analítico de las neurosis. d) Además, el sueño saca a la luz contenidos que no pueden provenir de la vida madura ni de la infancia olvidada del soñante. Nos vemos obligados a considerarlos parte de la *herencia arcaica* que el niño trae congénita al mundo, antes de cualquier experiencia propia, influido por el vivir de los antepasados. Y luego hallamos el *pendant* de ese material filogenético en las sagas más antiguas de la humanidad y en las supervivencias de la costumbre. El sueño se erige así, respecto de la prehistoria humana, en una fuente no despreciable.

Ahora bien, lo que vuelve al sueño tan inestimable para nuestra intelección es la circunstancia de que el material inconciente trae consigo, cuando penetra en el yo, sus modalidades de trabajo. Esto quiere decir que los pensamientos preconcientes en los cuales halló su expresión son tratados, en el curso del trabajo del sueño, como si fueran sectores inconcientes del ello; y, en el otro caso de formación del sueño, los pensamientos preconcientes que consiguieron un refuerzo de la moción pulsional inconciente son degradados al estado inconciente. Sólo por este camino averiguamos las leyes del decurso en el interior de lo inconciente, y aquello que las distingue de las reglas, por nosotros consabidas, del pensar de vigilia. El trabajo del sueño es, pues, en lo esencial, un caso de elaboración inconciente de procesos de pensamiento preconcientes. Para tomar un símil de la historia: Los conquistadores que penetran con violencia en un país no lo tratan según el derecho que ahí encuentran, sino de acuerdo con el suyo propio. Sin embargo, el resultado del trabajo del sueño es inequívocamente un compromiso. En la desfiguración impuesta al material inconciente y en los intentos, hartos a menudo insuficientes, por dar al todo una forma todavía aceptable para el yo (*elaboración secundaria*), se discierne el influjo de la organización yoica aún no paralizada. Es, en nuestro símil, la expresión de la resistencia que siguen ofreciendo los sometidos.

Las leyes del decurso en lo inconciente que de este modo salen a la luz son asaz raras y bastan para explicar la mayor parte de lo que en el sueño nos parece ajeno. Hay, sobre todo, una llamativa tendencia a la *condensación*, una inclinación a formar nuevas unidades con elementos que

en el pensar de vigilia habríamos mantenido sin duda separados. A consecuencia de ello, un único elemento del sueño manifiesto suele subrogar a todo un conjunto de pensamientos oníricos latentes como si fuera una alusión común a estos, y, en general, la extensión del sueño manifiesto está extraordinariamente abreviada por comparación al rico material del cual surgió. Otra propiedad del trabajo del sueño, no del todo independiente de la primera, es la presteza para el *desplazamiento* de intensidades psíquicas¹ (investiduras) de un elemento sobre otro, de suerte que a menudo en el sueño manifiesto un elemento aparece como el más nítido y, por ello, como el más importante, pese a que en los pensamientos oníricos era accesorio; y a la inversa, elementos esenciales de los pensamientos oníricos son subrogados en el sueño manifiesto sólo por unos indicios mínimos. Además, al trabajo del sueño le bastan, las más de las veces, unas relaciones de comunidad harto ínfimas para sustituir un elemento por otro en todas las operaciones ulteriores. Bien se advierte cuánto habrán de dificultar estos mecanismos de la condensación y el desplazamiento la interpretación del sueño y el descubrimiento de los vínculos entre sueño manifiesto y pensamientos oníricos latentes. De la prueba de estas dos tendencias a la condensación y el desplazamiento, nuestra teoría deduce que en el ello inconciente la energía se encuentra en un estado de movilidad más libre, y que al ello le importa, más que nada, la posibilidad de la descarga para cantidades de excitación;² así, nuestra teoría emplea ambas propiedades para caracterizar el proceso primario atribuido al ello.

Por el estudio del trabajo del sueño hemos tomado noticia de muchas otras particularidades, tan asombrosas como importantes, de los procesos que ocurren en el interior de lo inconciente. Aquí hemos de mencionar sólo al-

¹ [Expresión utilizada a menudo por Freud desde las más tempranas épocas como equivalente de «energía psíquica». Véase mi «Apéndice» al primer trabajo sobre las neuropsicosis de defensa (1894a), *AE*, 3, págs. 66-7, y una nota mía a pie de página en «Sobre la sexualidad femenina» (1931b), *AE*, 21, págs. 243-4.]

² La analogía sería: Un suboficial ha recibido mudo una reprimenda de su jefe, tras lo cual se procura una salida a su ira en el primer soldado inocente que le sale al paso. [En esta persistencia del ello en descargar cantidades de excitación vemos una réplica exacta de lo que Freud, en su «Proyecto de psicología» de 1895 (1950a), *AE*, 1, pág. 340, había enunciado en términos cuasi-neurológicos como el principio primordial de la actividad de las neuronas: «las neuronas procuran aliviarse de la cantidad».]

gunas. Las reglas decisorias de la lógica no tienen validez alguna en lo inconciente; se puede decir que es el reino de la alógica. Aspiraciones de metas contrapuestas coexisten lado a lado en lo inconciente sin mover a necesidad alguna de compensarlas. O bien no se influyen para nada entre sí, o, si ello ocurre, no se produce ninguna decisión, sino un compromiso que se vuelve disparatado por incluir juntos unos elementos inconciliables. Con esto se relaciona que los opuestos no se separen, sino que sean tratados como idénticos, de suerte que en el sueño manifiesto cada elemento puede significar también su contrario. Algunos lingüistas han discernido que en las lenguas más antiguas sucedía lo mismo, y opuestos como fuerte-débil, claro-oscuro, alto-profundo se expresaban originariamente por medio de una misma raíz, hasta que dos diversas modificaciones de la palabra primordial separaron entre sí ambos significados. Restos del doble sentido originario se conservarían en una lengua tan evolucionada como el latín, en el uso de «*altus*» («alto» y «profundo»), «*sacer*» («sagrado» e «impío»), etc.³

En vista de la complicación y la multivocidad {*Vieldeutigkeit*; «indicación múltiple»} de los vínculos entre el sueño manifiesto y el contenido latente, que tras aquel yace, es desde luego legítimo preguntar por el camino siguiendo el cual se consigue derivar lo uno de lo otro, y si para esto sólo dependemos de la suerte que tengamos en colegirlo, apoyándonos acaso en la traducción de los símbolos que aparecen en el sueño manifiesto. Se está autorizado a informar lo siguiente: En la gran mayoría de los casos esa tarea admite solución satisfactoria, pero ello sólo con ayuda de las asociaciones que el soñante mismo brinde para los elementos del contenido manifiesto. Cualquier otro procedimiento será arbitrario y no proporcionará seguridad alguna. Pues bien, las asociaciones del soñante traen a la luz los eslabones intermedios que insertamos en las lagunas entre ambos [el contenido manifiesto y el latente] y con cuyo auxilio restablecemos el contenido latente del sueño, podemos «interpretar» el sueño. No es asombroso que en ocasiones este trabajo de interpretación, contrapuesto al trabajo del sueño, no alcance la certeza plena.

Nos queda todavía por dar el esclarecimiento dinámico de la razón por la cual el yo durmiente asume la tarea del trabajo del sueño. Por suerte, es fácil descubrirlo. Todo sueño en tren de formación eleva al yo, con el auxilio de lo inconciente, una demanda de satisfacer una pulsión, si

³ [Cf. *Moisés y la religión monoteísta* (1939a), *supra*, pág. 117.]

proviene del ello; de solucionar un conflicto, cancelar una duda, establecer un designio, si proviene de un resto de actividad preconciente en la vida de vigilia. Ahora bien, el yo durmiente está acomodado para retener con firmeza el deseo de dormir, siente esa demanda como una perturbación y procura eliminarla. Y el yo lo consigue mediante un acto de aparente condescendencia, contraponiendo a la demanda, para cancelarla, un *cumplimiento de deseo* que es inofensivo bajo esas circunstancias. Esta sustitución de la demanda por un cumplimiento de deseo constituye la operación esencial del trabajo del sueño. Quizá no huelgue ilustrar esto con tres ejemplos simples: un sueño de hambre, uno de comodidad y uno de necesidad sexual. En el soñante, dormido, se anuncia una necesidad de comer, sueña con un soberbio banquete y sigue durmiendo. Desde luego, tenía la opción entre despertarse para comer o continuar su dormir. Se decidió por esto último y satisfizo su hambre mediante el sueño. Al menos por un rato; si el hambre persiste, no tendrá más remedio que despertar. El otro caso: el soñante {es médico y} debe despertar a fin de encontrarse en la clínica a cierta hora. Pero sigue durmiendo y sueña que ya está ahí, es verdad que como paciente, y entonces no necesita abandonar su lecho. O bien por la noche se mueve en él la añoranza de gozar de un objeto sexual prohibido, la esposa de un amigo. Sueña que mantiene comercio sexual, no con esa persona, ciertamente, pero sí con otra que lleva igual nombre, por más que esta le resulta indiferente. O su revuelta se exterioriza en permanecer la amada en total anonimato.

Desde luego que no todos los casos se presentan tan simples; en particular, en los sueños que parten de restos diurnos no tramitados y no han hecho sino procurarse en el estado del dormir un refuerzo inconciente, suele no ser fácil poner en descubierto la fuerza pulsional inconciente y su cumplimiento de deseo, pero es lícito suponer su presencia en todos los casos. La tesis de que el sueño es un cumplimiento de deseo será recibida con incredulidad si se recuerda cuántos sueños poseen un contenido directamente penoso o aun hacen que el soñante despierte presa de angustia, para no hablar de los tantísimos sueños que carecen de un tono de sentimiento definido. Pero la objeción del sueño de angustia no resiste al análisis. No se debe olvidar que el sueño es en todos los casos el resultado de un conflicto, una suerte de formación de compromiso. Lo que para el ello inconciente es una satisfacción puede ser para el yo, y por eso mismo, ocasión de angustia.

Según ande el trabajo del sueño, unas veces lo inconciente se habrá abierto paso mejor, y otras el yo se habrá defendido con más energía. Los sueños de angustia son casi siempre aquellos cuyo contenido ha experimentado la desfiguración mínima. Si la demanda de lo inconciente se vuelve demasiado grande, a punto tal que el yo durmiente ya no sea capaz de defenderse de ella con los medios de que dispone, este resignará el deseo de dormir y regresará a la vida despierta. Se dará razón de todas las experiencias diciendo que el sueño es siempre un *intento* de eliminar la perturbación del dormir por medio de un cumplimiento de deseo; que es, por tanto, el guardián del dormir. Ese intento puede lograrse de manera más o menos perfecta; también puede fracasar, y entonces el durmiente despierta, en apariencia por obra de ese mismo sueño. De igual modo, el valiente guardián nocturno cuya misión es velar por el reposo de la pequeña ciudad no tiene más remedio, en ciertas circunstancias, que armar alboroto y despertar a los ciudadanos que duermen.

Para concluir estas elucidaciones, asentemos la comunicación que justificará el habernos demorado tanto en el problema de la interpretación de los sueños. Ha resultado que los mecanismos inconcientes que hemos discernido merced al estudio del trabajo del sueño, y que nos explicaron la formación de este, permiten también inteligir las enigmáticas formaciones de síntoma en virtud de las cuales las neurosis y psicosis reclaman nuestro interés. Una coincidencia como esta no puede menos que despertar en nosotros grandes esperanzas.

Parte II. La tarea práctica

VI. La técnica psicoanalítica

El sueño es, pues, una psicosis, con todos los despropósitos, formaciones delirantes y espejismos sensoriales que ella supone. Por cierto que una psicosis de duración breve, inofensiva, hasta encargada de una función útil; es introducida con la aquiescencia de la persona, y un acto de su voluntad le pone término. Pero es, con todo, una psicosis, y de ella aprendemos que incluso una alteración tan profunda de la vida anímica puede ser deshecha, puede dejar sitio a la función normal. Así las cosas, ¿es osado esperar que haya de ser posible someter a nuestro influjo, y aportar curación, a las enfermedades espontáneas de la vida anímica, incluso las más temidas?

Sabemos ya mucho para preparar esta empresa. Según nuestra premisa, el yo tiene la tarea de obedecer a sus tres vasallajes —de la realidad objetiva, del ello y del superyó— y mantener pese a todo su organización, afirmar su autonomía. La condición de los estados patológicos mencionados sólo puede consistir en un debilitamiento relativo o absoluto del yo, que le imposibilita cumplir sus tareas. El más duro reclamo para el yo es probablemente sofrenar las exigencias pulsionales del ello, para lo cual tiene que solventar grandes gastos de contrainvestiduras. Ahora bien, también la exigencia del superyó puede volverse tan intensa e implacable que el yo se quede como paralizado frente a sus otras tareas. En los conflictos económicos que de ahí resultan vislumbramos que a menudo ello y superyó hacen causa común contra el oprimido yo, quien para conservar su norma quiere aferrarse a la realidad objetiva. Si los dos primeros devienen demasiado fuertes, consiguen menguar y alterar la organización del yo hasta el punto de perturbar, o aun cancelar, su vínculo correcto con la realidad objetiva. Lo hemos visto en el caso del sueño; cuando el yo se desase de la realidad del mundo exterior, cae en la psicosis bajo el influjo del mundo interior.

Sobre estas intelecciones fundamos nuestro plan terapéutico. El yo está debilitado por el conflicto interior, y nosotros tenemos que acudir en su ayuda. Es como una guerra

civil destinada a ser resuelta mediante el auxilio de un aliado de afuera. El médico analista y el yo debilitado del enfermo, apuntalados en el mundo exterior objetivo {*real*}, deben formar un bando contra los enemigos, las exigencias pulsionales del ello y las exigencias de conciencia moral del superyó. Celebramos un pacto {*Vertrag*; «contrato»}. El yo enfermo nos promete la más cabal sinceridad, o sea, la disposición sobre todo el material que su percepción de sí mismo le brinde, y nosotros le aseguramos la más estricta discreción y ponemos a su servicio nuestra experiencia en la interpretación del material influido por lo inconciente. Nuestro saber debe remediar su no saber, debe devolver al yo del paciente el imperio sobre jurisdicciones perdidas de la vida anímica. En este pacto consiste la situación analítica.

Enseguida de dar este paso nos espera ya la primera desilusión, el primer llamado a la modestia. Para que el yo del enfermo sea un aliado valioso en nuestro trabajo común tiene que conservar, desafiando toda la apretura a que lo someten los poderes enemigos de él, cierto grado de coherencia, alguna intelección para las demandas de la realidad efectiva. Pero no se puede esperar eso del yo del psicótico, incapaz de cumplir un pacto así, y apenas de concertarlo. Pronto habrá arrojado a nuestra persona y el auxilio que le ofrecemos a los sectores del mundo exterior que ya no significan nada para él. Discernimos, pues, que se nos impone la renuncia a ensayar nuestro plan curativo en el caso del psicótico. Y esa renuncia puede ser definitiva o sólo temporaria, hasta que hallemos otro plan más idóneo para él.

Existe, sin embargo, otra clase de enfermos psíquicos, evidentemente muy próximos a los psicóticos: el enorme número de los neuróticos de padecimiento grave. Las condiciones de la enfermedad, así como los mecanismos patógenos, por fuerza serán en ellos los mismos o, al menos, muy semejantes. Pero su yo ha mostrado ser capaz de mayor resistencia, se ha desorganizado menos. Muchos de ellos pudieron afianzarse en la vida real a despecho de todos sus achaques y de las insuficiencias por estos causadas. Acaso estos neuróticos se muestren prestos a aceptar nuestro auxilio. A ellos limitaremos nuestro interés, y probaremos hasta dónde, y por cuáles caminos, podemos «curarlos».

Con los neuróticos, entonces, concertamos aquel pacto: sinceridad cabal a cambio de una estricta discreción. Esto impresiona como si buscáramos la posición de un confesor profano. Pero la diferencia es grande, ya que no sólo que-

remos oír de él lo que sabe y esconde a los demás, sino que debe referirnos también lo que no sabe. Con este propósito, le damos una definición más precisa de lo que entendemos por sinceridad. Lo comprometemos a observar la *regla fundamental del psicoanálisis*, que en el futuro debe {*sollen*} gobernar su conducta hacia nosotros. No sólo debe comunicarnos lo que él diga adrede y de buen grado, lo que le traiga alivio, como en una confesión, sino también todo lo otro que se ofrezca a su observación de sí, todo cuanto le acuda a la mente, aunque sea *desagradable* decirlo, aunque le parezca *sin importancia* y hasta *sin sentido*. Si tras esta consigna consigue desarraigar su autocrítica, nos ofrecerá una multitud de material, pensamientos, ocurrencias, recuerdos, que están ya bajo el influjo de lo inconciente, a menudo son sus directos retoños, y así nos permiten colegir lo inconciente reprimido en él y, por medio de nuestra comunicación, ensanchar la noticia que su yo tiene sobre su inconciente.

Pero el papel de su yo no se limita a brindarnos, en obediencia pasiva, el material pedido y a dar crédito a nuestra traducción de este. Nada de eso. Muchas otras cosas suceden; de ellas, algunas que podíamos prever y otras que por fuerza nos sorprenden. Lo más asombroso es que el paciente no se reduce a considerar al analista, a la luz de la realidad objetiva, como el auxiliador y consejero a quien además se retribuye por su tarea, y que de buena gana se conformaría con el papel, por ejemplo, de guía para una difícil excursión por la montaña; no, sino que ve en él un retorno —reencarnación— de una persona importante de su infancia, de su pasado, y por eso trasfiere sobre él sentimientos y reacciones que sin duda se referían a ese arquetipo. Este hecho de la transferencia pronto demuestra ser un factor de insospechada significatividad: por un lado, un recurso auxiliar de valor insustituible; por el otro, una fuente de serios peligros. Esta transferencia es *ambivalente*, incluye actitudes positivas, tiernas, así como negativas, hostiles, hacia el analista, quien por lo general es puesto en el lugar de un miembro de la pareja parental, el padre o la madre. Mientras es positiva nos presenta los mejores servicios. Altera la situación analítica entera, relega el propósito, acorde a la *ratio*, de sanar y librarse del padecimiento. En su lugar, entra en escena el propósito de agradar al analista, ganar su aprobación, su amor. Se convierte en el genuino resorte que pulsiona la colaboración del paciente; el yo endeble deviene fuerte, bajo el influjo de ese propósito obtiene logros que de otro modo le habrían sido

imposibles, suspende sus síntomas, se pone sano en apariencia; sólo por amor al analista. Y este habrá de confesarse, abochornado, que inició una difícil empresa sin vislumbrar siquiera los extraordinarios y potentes recursos de que dispondría.

La relación trasferencial conlleva, además, otras dos ventajas. Si el paciente pone al analista en el lugar de su padre (o de su madre), le otorga también el poder que su superyó ejerce sobre su yo, puesto que estos progenitores han sido el origen del superyó. Y entonces el nuevo superyó tiene oportunidad para una suerte de *poseducación* del neurótico, puede corregir desaciertos en que incurrieran los padres en su educación. Es verdad que cabe aquí la advertencia de no abusar del nuevo influjo. Por tentador que pueda resultarle al analista convertirse en maestro, arquetipo e ideal de otros, crear seres humanos a su imagen y semejanza, no tiene permitido olvidar que no es esta su tarea en la relación analítica, e incluso sería infiel a ella si se dejara arrastrar por su inclinación. No haría entonces sino repetir un error de los padres, que con su influjo ahogaron la independencia del niño, y sustituir aquel temprano vasallaje por uno nuevo. Es que el analista debe, no obstante sus empeños por mejorar y educar, respetar la peculiaridad del paciente. La medida de influencia que haya de considerar legítima estará determinada por el grado de inhibición del desarrollo que halle en el paciente. Algunos neuróticos han permanecido tan infantiles que aun en el análisis sólo pueden ser tratados como unos niños.

Otra ventaja de la transferencia es que en ella el paciente escenifica ante nosotros, con plástica nitidez, un fragmento importante de su biografía, sobre el cual es probable que en otro caso nos hubiera dado insuficiente noticia. Por así decir, actúa *{agieren}* ante nosotros, en lugar de informarnos.

Pasemos ahora al otro lado de la relación. Puesto que la transferencia reproduce el vínculo con los padres, asume también su ambivalencia. Difícilmente se pueda evitar que la actitud positiva hacia el analista se trueque de golpe un día en la negativa, hostil. También esta es de ordinario una repetición del pasado. La obediencia al padre (si de este se trataba), el cortejamiento de su favor, arraigaba en un deseo erótico dirigido a su persona. En algún momento esa demanda esfuerza también para salir a la luz dentro de la transferencia y reclama satisfacción. En la situación analítica sólo puede tropezar con una denegación. Vínculos sexuales reales entre paciente y analista están excluidos, y aun las modalidades más finas de la satisfacción, como

la preferencia, la intimidad, etc., son consentidas por el analista sólo mezquinamente. Tal desaire es tomado como ocasión para aquella trasmutación; probablemente así ocurriera en la infancia del enfermo.

Los resultados curativos producidos bajo el imperio de la trasferencia positiva están bajo sospecha de ser de naturaleza *suggestiva*. Si la trasferencia negativa llega a prevalecer, serán removidos como briznas por el viento. Uno repara, espantado, en que fueron vanos todo el empeño y el trabajo anteriores. Y aun lo que se tenía derecho a considerar una ganancia duradera para el paciente, su inteligencia del psicoanálisis, su fe en la eficacia de este, han desaparecido de pronto. Se comporta como el niño que no posee juicio propio y cree a ciegas a quien cuenta con su amor, nunca al extraño. Es evidente que el peligro de este estado trasferencial consiste en que el paciente desconozca su naturaleza y lo considere como unas nuevas vivencias objetivas, en vez de espejamientos del pasado. Si él (o ella) registra la fuerte necesidad erótica que se esconde tras la trasferencia positiva, creará haberse enamorado con pasión; si la trasferencia sufre un súbito vuelco, se considerará afrentado y desdeñado, odiará al analista como a su enemigo y estará pronto a resignar el análisis. En ambos casos extremos habrá olvidado el pacto que aceptó al comienzo del tratamiento, se habrá vuelto inepto para proseguir el trabajo en común. El analista tiene la tarea de arrancar al paciente en cada caso de esa peligrosa ilusión, de mostrarle una y otra vez que es un espejismo del pasado lo que él considera una nueva vida real-objetiva. Y a fin de que no caiga en un estado que lo vuelva inaccesible a todo medio de prueba, uno procura que ni el enamoramiento ni la hostilidad alcancen una altura extrema. Se lo consigue si desde temprano se lo prepara para tales posibilidades y no se dejan pasar sus primeros indicios. Este cuidado en el manejo de la trasferencia suele ser ricamente recompensado. Y si se logra, como las más de las veces ocurre, adoctrinar al paciente sobre la real y efectiva naturaleza de los fenómenos trasferenciales, se habrá despojado a su resistencia de un arma poderosa y mudado peligros en ganancias, pues el paciente no olvida más lo que ha vivenciado dentro de las formas de la trasferencia, y tiene para él una fuerza de convencimiento mayor que todo lo adquirido de otra manera.

Es muy indeseable para nosotros que el paciente, fuera de la trasferencia, *actúe* en lugar de recordar; la conducta ideal para nuestros fines sería que fuera del tratamiento él se comportara de la manera más normal posible y exte-

riorizara sus reacciones anormales sólo dentro de la transferencia.

Nuestro camino para fortalecer al yo debilitado parte de la ampliación de su conocimiento de sí mismo. Sabemos que esto no es todo, pero es el primer paso. La pérdida de ese saber importa para el yo menoscabos de poder y de influjo, es el más palpable indicio de que está constreñido y estorbado por los reclamos del ello y del superyó. De tal suerte, la primera pieza de nuestro auxilio terapéutico es un trabajo intelectual y una exhortación al paciente para que colabore en él. Sabemos que esta primera actividad debe facilitarnos el camino hacia otra tarea, más difícil. Ni siquiera durante la introducción debemos perder de vista la parte dinámica de esta última. En cuanto al material para nuestro trabajo, lo obtenemos de fuentes diversas: lo que sus comunicaciones y asociaciones libres nos significan, lo que nos muestra en sus transferencias, lo que extraemos de la interpretación de sus sueños, lo que él deja traslucir por sus *operaciones fallidas*. Todo ello nos ayuda a establecer unas construcciones sobre lo que le ha sucedido en el pasado y olvidó, así como sobre lo que ahora sucede en su interior y él no comprende. Y en esto, nunca omitimos mantener una diferenciación estricta entre nuestro saber y su saber. Evitamos comunicarle enseguida lo que hemos colegido a menudo desde muy temprano, o comunicarle todo cuanto creemos haber colegido. Meditamos con cuidado la elección del momento en que hemos de hacerlo consabedor de una de nuestras construcciones; aguardamos hasta que nos parezca oportuno hacerlo, lo cual no siempre es fácil decidirlo. Como regla, posponemos el comunicar una construcción, dar el esclarecimiento, hasta que él mismo se haya aproximado tanto a este que sólo le reste un paso, aunque este paso es en verdad la síntesis decisiva. Si procediéramos de otro modo, si lo asaltáramos con nuestras interpretaciones antes que él estuviera preparado, la comunicación sería infecunda o bien provocaría un violento estallido de *resistencia*, que estorbaría la continuación del trabajo o aun la haría peligrar. En cambio, si lo hemos preparado todo de manera correcta, a menudo conseguimos que el paciente corrobore inmediatamente nuestra construcción y él mismo recuerde el hecho íntimo o externo olvidado. Y mientras más coincida la construcción con los detalles de lo olvidado, tanto más fácil será la aquiescencia del paciente. En tal caso, nuestro saber sobre esta pieza ha devenido también su saber.

Con la mención de la resistencia hemos llegado a la se-

gunda parte, la más importante, de nuestra labor. Tenemos ya sabido que el yo se protege mediante unas contrainvestiduras de la intrusión de elementos indeseados oriundos del ello inconciente y reprimido; que estas contrainvestiduras permanezcan intactas es una condición para la función normal del yo. Ahora bien, mientras más constreñido se sienta el yo, más convulsivamente se aferrará, por así decir intimidado, a esas contrainvestiduras a fin de proteger lo que le resta frente a ulteriores asaltos. Sucede que esa tendencia defensiva en modo alguno armoniza con los propósitos de nuestro tratamiento. Nosotros, al contrario, queremos que el yo, tras cobrar osadía por la seguridad de nuestra ayuda, arriesgue el ataque para reconquistar lo perdido. Y en este empeño registramos la intensidad de esas contrainvestiduras como unas *resistencias* a nuestro trabajo. El yo se amilana ante tales empresas, que parecen peligrosas y amenazan con un displacer, y es preciso alentarle y calmarlo de continuo para que no se nos rehúse. A esta resistencia, que persiste durante todo el tratamiento y se renueva a cada nuevo tramo del trabajo, la llamamos, no del todo correctamente, *resistencia de represión*. Como luego averiguaremos, no es la única que nos aguarda. Es interesante que, en esta situación, la formación de los bandos en cierta medida se invierta: el yo se revuelve contra nuestra incitación, mientras que lo inconciente, de ordinario nuestro enemigo, nos presta auxilio, pues tiene una natural «pulsión emergente» {«*Auftrieb*»}, nada le es más caro que adelantarse al interior del yo y hasta la conciencia cruzando las fronteras que le son puestas. La lucha que se traba si alcanzamos nuestro propósito y podemos mover al yo para que venza sus resistencias se consume bajo nuestra guía y con nuestro auxilio. Su desenlace es indiferente: ya sea que el yo acepte tras nuevo examen una exigencia pulsional hasta entonces rechazada, o que vuelva a desestimarla {*verwerfen*}, esta vez de manera definitiva, en cualquiera de ambos casos queda eliminado un peligro duradero, ampliada la extensión del yo, y en lo sucesivo se torna innecesario un costoso gasto.

Vencer las resistencias es la parte de nuestro trabajo que demanda el mayor tiempo y la máxima pena. Pero también es recompensada, pues produce una ventajosa alteración del yo, que se conserva independientemente del resultado de la trasferencia y se afirma en la vida. Y simultáneamente hemos trabajado para eliminar aquella alteración del yo que se había producido bajo el influjo de lo inconciente, pues toda vez que pudimos pesquisar dentro del yo

los retoños de aquello, señalamos su origen ilegítimo e incitamos al yo a desestimarlos. Recordemos que una precondición para nuestra operación terapéutica contractual era que esa alteración del yo debida a la intrusión de elementos inconcientes no hubiera superado cierta medida.

Mientras más progrese nuestro trabajo y a mayor profundidad se plasme nuestra intelección de la vida anímica del neurótico, con nitidez tanto mayor se impondrán a nuestro saber otros dos factores que reclaman la máxima atención como fuentes de la resistencia. El enfermo los desconoce por completo a ambos, y no pudieron ser tomados en cuenta cuando concertamos nuestro pacto; además, tampoco tienen por punto de partida el yo del paciente. Se los puede reunir bajo el nombre común de «necesidad de estar enfermo o de padecer», pero son de origen diverso, si bien de naturaleza afín en lo demás. El primero de estos dos factores es el sentimiento de culpa o conciencia de culpa, como se lo llama, pese a que el enfermo no lo registra ni lo discierne. Es, evidentemente, la contribución que presta a la resistencia un superyó que ha devenido muy duro y cruel. El individuo no debe sanar, sino permanecer enfermo, pues no merece nada mejor. Es cierto que esta resistencia no perturba nuestro trabajo intelectual, pero sí lo vuelve ineficaz, y aun suele consentir que nosotros cancelemos una forma del padecer neurótico pero está pronta a sustituirla enseguida por otra; llegado el caso, por una enfermedad somática. Por otra parte, esta conciencia de culpa explica también la curación o mejoría de neurosis graves en virtud de infortunios reales, que en ocasiones se ha observado; en efecto, sólo importa que uno se sienta miserable, no interesa de qué modo. Es muy asombrosa, pero también delatora, la resignación sin quejas con que tales personas suelen sobrellevar su duro destino. Para defendernos de esta resistencia, estamos limitados a hacerla conciente y al intento de desmontar poco a poco ese superyó hostil.

Menos fácil es demostrar la existencia de la otra, para combatir la cual nos vemos con una particular deficiencia. Entre los neuróticos hay personas en quienes, a juzgar por todas sus reacciones, la pulsión de autoconservación ha experimentado ni más ni menos que un tras-torno (*Verkehrung*). Parecen no perseguir otra cosa que dañarse y destruirse a sí mismos. Quizá pertenezcan también a este grupo las personas que al fin perpetrar realmente el suicidio. Suponemos que en ellas han sobrevenido vastas desmezclas de pulsión a consecuencia de las cuales se han liberado

cantidades hipertróficas de la pulsión de destrucción vuelta hacia adentro. Tales pacientes no pueden tolerar ser restablecidos por nuestro tratamiento, lo contrarían por todos los medios. Pero, lo confesamos, este es un caso que todavía no se ha conseguido esclarecer del todo.

Volvamos a echar ahora una ojeada panorámica sobre la situación en que hemos entrado con nuestro intento de aportar auxilio al yo neurótico. Este yo no puede ya cumplir las tareas que el mundo exterior, incluida la sociedad humana, le impone. No es dueño de todas sus experiencias, buena parte de su tesoro mnémico le es escamoteado. Su actividad está inhibida por unas rigurosas prohibiciones del superyó, su energía se consume en vanos intentos por defenderse de las exigencias del ello. Además, por las continuas invasiones del ello, está dañado en su organización, escindido en el interior de sí; no produce ya ninguna síntesis en regla, está desgarrado por aspiraciones que se contrarían unas a otras, por conflictos no tramitados, dudas no resueltas. Al comienzo hacemos participar a este yo debilitado del paciente en un trabajo de interpretación puramente intelectual, que aspira a un llenado provisional de las lagunas dentro de sus dominios anímicos; hacemos que se nos transfiera la autoridad de su superyó, lo alentamos a aceptar la lucha en torno de cada exigencia del ello y a vencer las resistencias que así se producen. Y al mismo tiempo restablecemos el orden dentro de su yo pesquisando contenidos y aspiraciones que penetran desde lo inconciente, y despejando el terreno para la crítica por reconducción a su origen. En diversas funciones servimos al paciente como autoridad y sustituto de los progenitores, como maestro y educador, y habremos hecho lo mejor para él si, como analistas, elevamos los procesos psíquicos dentro de su yo al nivel normal, mudamos en preconciente lo devenido inconciente y lo reprimido, y, de ese modo, reintegramos al yo lo que le es propio. Por el lado del paciente, actúan con eficacia en favor nuestro algunos factores ajustados a la *ratio*, como la necesidad de curarse motivada en su padecer y el interés intelectual que hemos podido despertarle hacia las doctrinas y revelaciones del psicoanálisis, pero, con fuerzas mucho más potentes, la transferencia positiva con que nos solicita. Por otra parte, pugnan contra nosotros la transferencia negativa, la resistencia de represión del yo (vale decir, su displacer de exponerse al difícil trabajo que se le propone), el sentimiento de culpa oriundo de la relación con el superyó y la necesidad de estar enfermo anclada en unas profundas alteraciones de su economía pulsional. De la par-

ticipación de estos dos últimos factores depende que tilde-mos de leve o grave a nuestro caso. Independientes de estos, se pueden discernir algunos otros factores que intervienen en sentido favorable o desfavorable. Una cierta inercia psíquica, una cierta pesantez en el movimiento de la libido, que no quiere abandonar sus fijaciones, no puede resultar-nos bienvenida; la aptitud de la persona para la sublimación pulsional desempeña un gran papel, lo mismo que su capacidad para elevarse sobre la vida pulsional grosera, y el poder relativo de sus funciones intelectuales.

No nos desilusiona, sino que lo hallamos de todo punto concebible, arribar a la conclusión de que el desenlace final de la lucha que hemos emprendido depende de relaciones cuantitativas, del monto de energía que en el paciente podamos movilizar en favor nuestro, comparado con la suma de energías de los poderes que ejercen su acción eficaz en contra. También aquí Dios está de parte de los batallones más fuertes; es verdad que no siempre triunfamos, pero al menos podemos discernir, la mayoría de las veces, por qué se nos negó la victoria. Quien haya seguido nuestras puntualizaciones sólo por interés terapéutico acaso nos dé la espalda con menosprecio tras esta confesión nuestra. Pero la terapia nos ocupa aquí únicamente en la medida en que ella trabaja con medios psicológicos; por el momento no tenemos otros. Quizás el futuro nos enseñe a influir en forma directa, por medio de sustancias químicas específicas, sobre los volúmenes de energía y sus distribuciones dentro del aparato anímico. Puede que se abran para la terapia otras insospechadas posibilidades; por ahora no poseemos nada mejor que la técnica psicoanalítica, razón por la cual no se debería despreciarla a pesar de sus limitaciones.

VII. Una muestra de trabajo psicoanalítico

Nos hemos procurado una noticia general sobre el aparato psíquico, sobre las partes, órganos, instancias de que está compuesto, sobre las fuerzas eficaces en su interior, las funciones de que sus partes están encargadas. Las neurosis y psicosis son los estados en que se procuran expresión las perturbaciones funcionales del aparato. Escogimos las neurosis como nuestro objeto de estudio porque sólo ellas parecen asequibles a los métodos psicológicos de nuestra intervención. Mientras nos empeñamos en influir sobre ellas, recogemos las observaciones que nos proporcionan una imagen de su proceso y de las modalidades de su génesis.

Encabecemos la exposición con uno de nuestros principales resultados. Las neurosis no tienen (a diferencia, por ejemplo, de las enfermedades infecciosas) causas patógenas específicas. Sería ocioso buscar en ellas unos excitadores de la enfermedad. Mediante transiciones fluidas se conectan con la llamada «norma», y, por otra parte, es difícil que exista un estado reconocido como normal en que no se pudieran rastrear indicios de rasgos neuróticos. Los neuróticos conllevan más o menos las mismas disposiciones {constitucionales} que los otros seres humanos, vivencian lo mismo, las tareas que deben tramitar no son diversas. ¿Por qué, entonces, su vida es tanto peor y más difícil, y en ella sufren más sensaciones displacenteras, angustia y dolores?

No necesitamos quedar debiendo la respuesta a estas preguntas. A unas *disarmonías* cuantitativas hay que imputar la insuficiencia y el padecer de los neuróticos. En efecto, la causación de todas las plasmaciones de la vida humana ha de buscarse en la acción recíproca entre predisposiciones congénitas * y vivencias accidentales. Y bien; cierta pulsión puede ser constitucionalmente demasiado fuerte o demasiado débil, cierta aptitud estar atrofiada o no haberse plasmado en la vida de manera suficiente; y, por otra parte, las impresiones y vivencias externas pueden plantear a los se-

* {«*mitgebrachten Dispositionen*»; véase nuestra nota al pie de la página 94.}

res humanos individuales demandas de diversa intensidad, y lo que la constitución de uno es capaz de dominar puede ser todavía para otro una tarea demasiado pesada. Estas diferencias cuantitativas condicionarán la diversidad del desenlace.

Enseguida hemos de decirnos, sin embargo, que esta explicación no es satisfactoria. Es excesivamente general, explica demasiado. La indicada etiología vale para todos los casos de pena, miseria y parálisis anímicas, pero no todos esos estados pueden llamarse neuróticos. Las neurosis tienen caracteres específicos, son una miseria de índole particular. Así, por fuerza esperaremos hallar para ellas unas causas específicas, o bien podemos formarnos la representación de que entre las tareas que la vida anímica debe dominar hay algunas en las que es fácil fracasar, de suerte que de esto derivaría la particularidad de los a menudo muy asombrosos fenómenos neuróticos, sin que nos viéramos precisados a retractarnos de nuestras aseveraciones anteriores. Si es correcto que las neurosis no se distancian de la norma en nada esencial, su estudio promete brindarnos unos valiosos aportes para el conocimiento de esa norma. De tal modo, quizá descubramos los «puntos débiles» de toda organización normal.

La conjetura que acabamos de formular se confirma. Las experiencias analíticas nos enseñan que real y efectivamente existe una exigencia pulsional cuyo dominio en principio fracasa o se logra sólo de manera incompleta, y una época de la vida que cuenta de manera exclusiva o prevaleciente para la génesis de una neurosis. Estos dos factores, naturaleza pulsional y época de la vida, demandan ser abordados por separado, aunque tienen bastante que ver entre sí.

Acerca del papel de la época de la vida podemos manifestarnos con bastante certidumbre. Al parecer, únicamente en la niñez temprana (hasta el sexto año) pueden adquirirse neurosis, si bien es posible que sus síntomas sólo mucho más tarde salgan a la luz. La neurosis de la infancia puede devenir manifiesta por breve lapso o aun pasar inadvertida. La posterior contracción de neurosis se anuda en todos los casos a aquel prelude infantil. Quizá la neurosis llamada «traumática» (por terror hiperintenso, graves conmociones somáticas debidas a choques ferroviarios, enterramiento por derrumbe, etc.) constituya una excepción en este punto; sus nexos con la condición infantil se han susstraído a la indagación hasta hoy. La prioridad etiológica de la primera infancia es fácil de fundamentar. Las neurosis son, como sabemos, unas afecciones del yo, y no es asom-

broso que el yo, mientras todavía es endeble, inacabado e incapaz de resistencia, fracase en el dominio {*Bewältigung*} de tareas que más tarde podría tramitar jugando. (Las exigencias pulsionales de adentro, así como las excitaciones del mundo exterior, ejercen en tal caso el efecto de unos «traumas», en particular si son solicitadas por ciertas predisposiciones.) El yo desvalido se defiende de ellas mediante unos intentos de huida (*represiones* {esfuerzos de desalajo}) que más tarde resultan desacordes al fin y significan unas limitaciones duraderas para el desarrollo ulterior. Los deterioros del yo por sus primeras vivencias nos aparecen desproporcionadamente grandes, pero no hay más que recurrir a esta analogía: considérese, como en los experimentos de Roux,¹ la diferencia del efecto si se dirige un alfilerazo sobre un conjunto de células germinales en proceso de división, en lugar de hacerlo sobre el animal acabado que se desarrolló desde ellas. A ningún individuo humano le son ahorradas tales vivencias traumáticas, ninguno se libra de las represiones por estas incitadas. Estas cuestionables reacciones del yo quizá sean indispensables para el logro de otra meta fijada a esa misma época de la vida. El pequeño primitivo debe devenir en pocos años una criatura civilizada, recorrer, en abreviación casi ominosa, un tramo enormemente largo del desarrollo de la cultura. Si bien esto es facilitado por una predisposición hereditaria {*hereditäre Disposition*}, casi nunca puede prescindir del auxilio de la educación, del influjo de los progenitores, el cual, como precursor del superyó, limita la actividad del yo mediante prohibiciones y castigos, y promueve que se emprendan represiones u obliga a esto. Por eso no es lícito olvidar la inclusión del influjo cultural entre las condiciones de la neurosis. Discernimos que al bárbaro le resulta fácil ser sano; para el hombre de cultura, es una tarea dura. Puede parecernos concebible la añoranza de un yo fuerte, desinhibido; pero (la época presente nos lo enseña) ella es enemiga de la cultura en el más profundo sentido. Y como las exigencias de la cultura están subrogadas por la educación dentro de la familia, nos vemos precisados a incluir también en la etiología de las neurosis este carácter biológico de la especie humana: el largo período de dependencia infantil.

Por lo que atañe al otro punto, el factor pulsional específico, descubrimos aquí una interesante disonancia entre teoría y experiencia. En lo teórico, no hay objeción alguna

¹ [Wilhelm Roux (1850-1924), uno de los fundadores de la embriología experimental.]

contra el supuesto de que cualquier clase de exigencia pulsional pueda dar ocasión a las mismas represiones con sus consecuencias. Sin embargo, nuestra observación nos muestra de manera regular, hasta donde podemos apreciarlo, que las excitaciones a que corresponde ese papel patógeno proceden de pulsiones parciales de la vida sexual. Los síntomas de las neurosis son de cabo a rabo, se diría, una satisfacción sustitutiva de algún querer-alcanzar sexual o bien unas medidas para estorbarlas, por lo general unos compromisos entre ambas cosas, como los que se producen entre opuestos siguiendo las leyes que rigen para lo inconciente. Esa laguna dentro de nuestra teoría no se puede llenar por el momento; la decisión se dificulta porque la mayoría de las aspiraciones de la vida sexual no son de naturaleza puramente erótica, sino que surgen de unas aleaciones de partes eróticas con partes de la pulsión de destrucción. Comoquiera que sea, no puede haber ninguna duda de que las pulsiones que se dan a conocer fisiológicamente como sexualidad desempeñan un papel sobresaliente e inesperadamente grande en la causación de las neurosis; queda sin resolver si ese papel es exclusivo. Es preciso ponderar también que ninguna otra función ha experimentado como la sexual, justamente, un rechazo tan enérgico y tan vasto en el curso del desarrollo cultural. La teoría tendrá que conformarse con algunas referencias que denuncian un nexo más profundo: que el período de la primera infancia, en el trascurso del cual el yo empieza a diferenciarse del ello, es también la época del temprano florecimiento sexual al que pone término el período de latencia; que difícilmente se deba al azar que esa prehistoria significativa caiga luego bajo la amnesia infantil; y, por último, que unas alteraciones biológicas dentro de la vida sexual como lo son la acometida de la función en dos tiempos, la pérdida del carácter de la periodicidad en la excitación sexual y la mudanza en la relación entre la menstruación femenina y la excitación masculina, que estas innovaciones dentro de la sexualidad, decíamos, no pueden menos que haber sido muy significativas para el desarrollo del animal al ser humano. Queda reservado a la ciencia del futuro componer en una nueva unidad los datos que hoy siguen aislados. No es la psicología, sino la biología, la que muestra aquí una laguna. Quizá no andemos errados si decimos que el punto débil en la organización del yo se situaría en su conducta frente a la función sexual, como si la oposición biológica entre conservación de sí y conservación de la especie se hubiera procurado en este punto una expresión psicológica.

Si la experiencia analítica nos ha convencido sobre el pleno acierto de la tesis, a menudo formulada, según la cual el niño es psicológicamente el padre del adulto, y las vivencias de sus primeros años poseen una significación inigualada para toda su vida posterior, presentará para nosotros un interés particular que exista algo que sea lícito designar la vivencia central de este período de la infancia. Nuestra atención es atraída en primer lugar por los efectos de ciertos influjos que no alcanzan a todos los niños, aunque se presentan con bastante frecuencia, como el abuso sexual contra ellos cometido por adultos, su seducción por otros niños poco mayores (hermanos y hermanas) y, cosa bastante inesperada, su conmoción al ser partícipes de testimonios auditivos y visuales de procesos sexuales entre adultos (los padres), las más de las veces en una época en que no se les atribuye interés ni inteligencia para tales impresiones, ni la capacidad de recordarlas más tarde. Es fácil comprobar en cuán grande extensión la sensibilidad sexual del niño es despertada por tales vivencias, y es esforzado su querer-alcanzar sexual por unas vías que ya no podrá abandonar. Dado que estas impresiones caen bajo la represión enseguida, o bien tan pronto quieren retornar como recuerdo, establecen la condición para la compulsión neurótica que más tarde imposibilitará al yo gobernar la función sexual y probablemente lo mueva a extrañarse de ella de manera permanente. Esta última reacción tendrá por consecuencia una neurosis; si falta, se desarrollarán múltiples perversiones o una rebeldía total de esta función, cuya importancia es incommensurable no sólo para la reproducción, sino para la configuración de la vida en su totalidad.

Por instructivos que sean estos casos, merece nuestro interés en grado todavía más alto el influjo de una situación por la que todos los niños están destinados a pasar y que deriva de manera necesaria del factor de la crianza prolongada y de la convivencia con los progenitores. Me refiero al *complejo de Edipo*, así llamado porque su contenido esencial retorna en la saga griega del rey Edipo, cuya figuración por un gran dramaturgo afortunadamente ha llegado a nosotros. El héroe griego mata a su padre y toma por esposa a su madre. Que lo haga sin saberlo, pues no los reconoce como sus padres, es una desviación respecto del estado de cosas en el análisis, una desviación que comprendemos bien y aun reconocemos como forzosa.

Aquí tenemos que describir por separado el desarrollo de varoncito y niña —hombre y mujer—, pues ahora la diferencia entre los sexos alcanza su primera expresión psicoló-

gica. El hecho de la dualidad de los sexos se levanta ante nosotros a modo de un gran enigma, una ultimidad para nuestro conocimiento, que desafía ser reconducida a algo otro. El psicoanálisis no ha aportado nada para aclarar este problema, que, manifiestamente, pertenece por entero a la biología. En la vida anímica sólo hallamos reflejos de aquella gran oposición, interpretar la cual se vuelve difícil por el hecho, vislumbrado de antiguo, de que ningún individuo se limita a los modos de reacción de un solo sexo, sino que de continuo deja cierto sitio a los del contrapuesto, tal como su cuerpo conlleva, junto a los órganos desarrollados de uno de los sexos, también los mutilados rudimentos del otro, a menudo devenidos inútiles. Para distinguir lo masculino de lo femenino en la vida anímica nos sirve una ecuación convencional y empírica, a todas luces insuficiente. Llamamos «masculino» a todo cuanto es fuerte y activo, y «femenino» a lo débil y pasivo. Este hecho de la bisexualidad, también psicológica, entorpece todas nuestras averiguaciones y dificulta su descripción.

El primer objeto erótico del niño es el pecho materno nutricio; el amor se engendra apuntalado en la necesidad de nutrición satisfecha. Por cierto que al comienzo el pecho no es distinguido del cuerpo propio, y cuando tiene que ser divorciado del cuerpo, trasladado hacia «afuera» por la frecuencia con que el niño lo echa de menos, toma consigo, como «objeto», una parte de la investidura libidinal originariamente narcisista. Este primer objeto se completa luego en la persona de la madre, quien no sólo nutre, sino también cuida, y provoca en el niño tantas otras sensaciones corporales, así placenteras como displacenteras. En el cuidado del cuerpo, ella deviene la primera seductora del niño. En estas dos relaciones arraiga la significatividad única de la madre, que es incomparable y se fija inmutable para toda la vida, como el primero y más intenso objeto de amor... en ambos sexos. Y en este punto el fundamento filogenético prevalece tanto sobre el vivenciar personal accidental que no importa diferencia alguna que el niño mame efectivamente del pecho o se lo alimente con mamadera, y así nunca haya podido gozar de la ternura del cuidado materno. Su desarrollo sigue en ambos casos el mismo camino, y quizás en el segundo la posterior añoranza crezca tanto más. Y en la medida en que en efecto haya sido amamantado en el pecho materno, tras el destete siempre abrigará la convicción de que aquello fue demasiado breve y escaso.

Esta introducción no es superflua: puede aguzar nuestra

inteligencia de la intensidad del complejo de Edipo. Cuando el varoncito (a partir de los dos o los tres años) ha entrado en la fase fálica de su desarrollo libidinal, ha recibido sensaciones placenteras de su miembro sexual y ha aprendido a procurárselas a voluntad mediante estimulación manual, deviene el amante de la madre. Desea poseerla corporalmente en las formas que ha colegido por sus observaciones y vislumbres de la vida sexual, y procura seducirla mostrándole su miembro viril, de cuya posesión está orgulloso. En suma, su masculinidad de temprano despertar busca sustituir junto a ella al padre, quien hasta entonces ha sido su envidiado arquetipo por la fuerza corporal que en él percibe y la autoridad con que lo encuentra revestido. Ahora el padre es su rival, le estorba el camino y le gustaría quitárselo de en medio. Si durante una ausencia del padre le es permitido compartir el lecho de la madre, de donde es de nuevo proscrito tras el regreso de aquel, la satisfacción al desaparecer el padre y el desengaño cuando reaparece le significan unas vivencias que calan en lo hondo. Este es el contenido del complejo de Edipo, que la saga griega ha traducido del mundo de la fantasía del niño a una presunta realidad objetiva. En nuestras constelaciones culturales, por regla general se le depara un final terrorífico.

La madre ha comprendido muy bien que la excitación sexual del varoncito se dirige a su propia persona. En algún momento medita entre sí que no es correcto consentirla. Cree hacer lo justo si le prohíbe el quehacer manual con su miembro. La prohibición logra poco, a lo sumo produce una modificación en la manera de la autosatisfacción. Por fin, la madre echa mano del recurso más tajante: amenaza quitarle la cosa con la cual él la desafía. Por lo común, cede al padre la ejecución de la amenaza, para hacerla más terrorífica y creíble: se lo dirá al padre y él le cortará el miembro. Asombrosamente, esta amenaza sólo produce efectos si antes o después se cumple otra condición. En sí, al muchacho le parece demasiado inconcebible que pueda suceder algo semejante. Pero si a raíz de esa amenaza puede recordar la visión de unos genitales femeninos o poco después le ocurre verlos, unos genitales a los que les falta esa pieza apreciada por encima de todo, entonces cree en la seriedad de lo que ha oído y vivencia, al caer bajo el influjo del *complejo de castración*, el trauma más intenso de su joven vida.²

² La castración tampoco falta en la saga de Edipo, pues la ceguera que Edipo se inflige como castigo tras descubrir su crimen es, según el testimonio de los sueños, un sustituto simbólico de aquella. No se puede desechar la conjetura de que la responsabilidad por el efecto

Los efectos de la amenaza de castración son múltiples e incalculables; atañen a todos los vínculos del muchacho con padre y madre, y luego con hombre y mujer en general. Las más de las veces, la masculinidad del niño no resiste esta primera conmoción. Para salvar su miembro sexual, renuncia de manera más o menos completa a la posesión de la madre, y a menudo su vida sexual permanece aquejada para siempre por esa prohibición. Si está presente en él un fuerte componente femenino, según lo hemos expresado, este cobra mayor intensidad por obra del amedrentamiento de la masculinidad. El muchacho cae en una actitud pasiva hacia el padre, como la que atribuye a la madre. Es cierto que a consecuencia de la amenaza resignó la masturbación, pero no la actividad fantaseadora que la acompaña. Al contrario, esta, siendo la única forma de satisfacción sexual que le ha quedado, es cultivada más que antes y en tales fantasías él sin duda se identificará todavía con el padre, pero también al mismo tiempo, y quizá de manera predominante, con la madre. Retoños y productos de trasmudación de estas fantasías onanistas tempranas suelen procurarse el ingreso en su yo posterior y consiguen tomar parte en la formación de su carácter. Independientes de tal promoción de su feminidad, la angustia ante el padre y el odio contra él experimentarán un gran acrecentamiento. La masculinidad del muchacho se retira, por así decir, a una postura de desafío al padre, que habrá de gobernar compulsivamente su posterior conducta en la comunidad humana. Como resto de la fijación erótica a la madre suele establecerse una hipertrófica dependencia de ella, que se prolongará más tarde como servidumbre hacia la mujer.³ Ya no osa amar a la madre, pero no puede arriesgar no ser amado por ella, pues así correría el peligro de ser denunciado por ella al padre y quedar expuesto a la castración. La vivencia íntegra, con todas sus condiciones previas y sus consecuencias, de la

extraordinariamente terrorífico de la amenaza sea compartida por una huella mnémica filogenética de la prehistoria de la familia humana, pues el padre celoso realmente despojaba al hijo varón de sus genitales si lo importunaba como rival con la mujer. La antiquísima costumbre de la circuncisión, otro sustituto simbólico de la castración, sólo se puede comprender como expresión del sometimiento a la voluntad del padre. (Cf. los ritos de pubertad entre los primitivos.) No se ha estudiado aún cómo se plasma este decurso, por nosotros descrito, en los pueblos y culturas que no sofocan la masturbación infantil.

³ [Cf. «Análisis terminable e interminable» (1937c), *infra*, pág. 254n.]

cual nuestra exposición sólo pudo ofrecer una selección, cae bajo una represión de extremada energía y, como lo permiten las leyes del ello inconciente, todas las mociones de sentimiento y todas las reacciones en recíproco antagonismo, en aquel tiempo activadas, se conservan en lo inconciente y están prontas a perturbar el posterior desarrollo y oico tras la pubertad. Cuando el proceso somático de la maduración sexual reanima las viejas fijaciones libidinales en apariencia superadas, la vida sexual se revelará inhibida, desunida, y se fragmentará en aspiraciones antagónicas entre sí.

Por cierto que la injerencia de la amenaza de castración dentro de la vida sexual germinal del varoncito no siempre tiene esas temibles consecuencias. También aquí dependerá de unas relaciones cuantitativas la medida del daño que se produzca o se ahorre. Todo el episodio —en el que es lícito ver la vivencia central de la infancia, el máximo problema de la edad temprana y la fuente más poderosa de una posterior deficiencia— es olvidado de una manera tan radical que su reconstrucción dentro del trabajo analítico choca con la más decidida incredulidad del adulto. Más aún: el extrañamiento llega hasta acallar toda mención del asunto prohibido y hasta desconocer, con un raro engegucimiento intelectual, las más evidentes recordaciones de él. Así, se ha podido oír la objeción de que la saga del rey Edipo en verdad no tiene nada que ver con la construcción del análisis: ella sería un caso por entero diverso, pues Edipo no sabía que era su padre aquel a quien daba muerte y su madre aquella a quien desposaba. Pero con ello se descuida que semejante desfiguración es indispensable si se intenta una plasmación poética del material, y que esta no introduce nada ajeno, sino que se limita a valorizar con destreza los factores dados en el tema. La condición de no sapiencia {*Unwissenheit*} de Edipo es la legítima figuración de la condición de inconciente {*Unbewusstheit*} en que toda la vivencia se ha hundido para el adulto, y la compulsión del oráculo, que libra de culpa al héroe o está destinada a quitársela, es el reconocimiento de lo inevitable del destino que ha condenado a los hijos varones a vivir todo el complejo de Edipo. Cuando en otra ocasión se hizo notar desde el campo del psicoanálisis qué fácil solución hallaba el enigma de otro héroe de la creación literaria, el irresoluto Hamlet pintado por Shakespeare, refiriéndolo al complejo de Edipo —pues el príncipe fracasa en la tarea de castigar en otro lo que coincide con el contenido de sus propios deseos edípicos—, la universal incomprensión del mundo literario

mostró cuán pronta estaba la masa de los hombres a retener sus represiones infantiles.⁴

Y, no obstante, más de un siglo antes de la emergencia del psicoanálisis, el francés Diderot había dado testimonio sobre la significación del complejo de Edipo expresando el distinguo entre prehistoria y cultura en estos términos: «*Si le petit sauvage était abandonné à lui-même, qu'il conservât toute son imbécillité, et qu'il réunit au peu de raison de l'enfant au berceau la violence des passions de l'homme de trente ans, il tordrait le col à son père et coucherait avec sa mère*».*⁵ Me atrevo a decir que si el psicoanálisis no pudiera gloriarse de otro logro que haber descubierto el complejo de Edipo reprimido, esto solo sería mérito suficiente para que se lo clasificara entre las nuevas adquisiciones valiosas de la humanidad.

Los efectos del complejo de castración son más uniformes en la niña pequeña, y no menos profundos. Desde luego, ella no tiene que temer la pérdida del pene, pero no puede menos que reaccionar por no haberlo recibido. Desde el comienzo envidia al varoncito por su posesión; se puede decir que todo su desarrollo se consume bajo el signo de la envidia del pene. Al principio emprende vanas tentativas por equipararse al muchacho y, más tarde, con mejor éxito, unos empeños por resarcirse de su defecto, empeños que, en de-

⁴ El nombre «William Shakespeare» probablemente sea un seudónimo tras el cual se oculta un gran desconocido. Un hombre en quien se cree discernir al autor de las poesías shakespearianas, Edward de Vere, conde de Oxford, había perdido, niño aún, a un padre amado y admirado, y renegó de su madre, que contrajo nuevo matrimonio apenas muerto su esposo. [La primera mención de este punto de vista de Freud se halla en una oración agregada por él en 1930 a *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 4, pág. 274, n. 27. Se explayó acerca del asunto en su alocución en la casa de Goethe (1930e), AE, 21, pág. 211, así como en una nota agregada en 1935 a su *Presentación autobiográfica* (1925d), AE, 20, págs. 59-60. Por último, volvió a hacer referencia a esto en *Moisés y la religión mono-teísta* (1939a), *supra*, pág. 63n. En una carta que escribió a J. S. H. Branson el 25 de marzo de 1934 expuso una larga argumentación en favor de sus opiniones; dicha carta fue publicada en el «Apéndice A» (nº 27) del tercer volumen de la biografía de Ernest Jones (1957, págs. 487-8).]

* {«Si el pequeño salvaje fuera abandonado a sí mismo, conservara toda su imbecilidad y sumara a la escasa razón del niño en la cuna la violencia de las pasiones del hombre de treinta años, retorcería el cuello a su padre y se acostaría con su madre».}

⁵ [De *Le neveu de Rameau*. Freud ya había citado este mismo pasaje en otras dos oportunidades: en la 21ª de sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), AE, 16, pág. 308, y en «El dictamen de la facultad en el proceso Halsmann» (1931d), AE, 21, pág. 249.]

finitiva, pueden conducir a la actitud femenina normal. Si en la fase fálica intenta conseguir placer como el muchacho, por estimulación manual de los genitales, suele no conseguir una satisfacción suficiente y extiende el juicio de la inferioridad de su mutilado pene a su persona total. Por regla general, abandona pronto la masturbación, porque no quiere acordarse de la superioridad de su hermano varón o su compañerito de juegos, y se extraña por completo de la sexualidad.

Si la niña pequeña persevera en su primer deseo de convertirse en un «varón», en el caso extremo terminará como una homosexual manifiesta; de lo contrario, expresará en su posterior conducta de vida unos acusados rasgos masculinos, escogerá una profesión masculina, etc. El otro camino pasa por el desasimiento de la madre amada, a quien la hija, bajo el influjo de la envidia del pene, no puede perdonar que la haya echado al mundo tan defectuosamente dotada. En la inquina por ello, resigna a la madre y la sustituye por otra persona como objeto de amor: el padre. Cuando uno ha perdido un objeto de amor, la reacción inmediata es identificarse con él, sustituirlo mediante una identificación desde adentro, por así decir. Este mecanismo acude aquí en socorro de la niña pequeña. La identificación-madre puede relevar ahora a la ligazón-madre. La hijita se pone en el lugar de la madre, tal como siempre lo ha hecho en sus juegos; quiere sustituirla al lado del padre, y ahora odia a la madre antes amada, con una motivación doble: por celos y por mortificación a causa del pene denegado. Su nueva relación con el padre puede tener al principio por contenido el deseo de disponer de su pene, pero culmina en otro deseo: recibir el regalo de un hijo de él. Así, el deseo del hijo ha remplazado al deseo del pene o, al menos, se ha escindido de este.

Es interesante que en la mujer la relación entre complejo de Edipo y complejo de castración se plasme de manera tan diversa, y aun contrapuesta, que en el varón. En este, según hemos averiguado, la amenaza de castración pone fin al complejo de Edipo; y en el caso de la mujer nos enteramos de que ella, al contrario, es esforzada hacia su complejo de Edipo por el efecto de la falta de pene. Para la mujer conlleva mínimos daños permanecer en su postura edípica femenina (se ha propuesto, para designarla, el nombre de «complejo de Electra»)⁶. Escogerá a su marido por cuali-

⁶ [Parece haber sido Jung (1913, pág. 370) quien primero utilizó esta expresión. Freud, en «Sobre la sexualidad femenina» (1931b), *AE*, 21, págs. 230-1, sostuvo la inconveniencia de introducirla.]

dades paternas y estará dispuesta a reconocer su autoridad. Su añoranza de poseer un pene, añoranza en verdad insaciable, puede llegar a satisfacerse si ella consigue totalizar (*vervollständigen*) el amor por el órgano como amor por el portador de este, como en su tiempo aconteció con el progreso del pecho materno a la persona de la madre.

Si se demanda al analista que diga, guiándose por su experiencia, qué formaciones psíquicas de sus pacientes se han demostrado menos asequibles al influjo, la respuesta será: En la mujer, el deseo del pene; en el varón, la actitud femenina hacia el sexo propio, que tiene por premisa la pérdida del pene.⁷

⁷ [Esto fue examinado con mucho más detalle en «Análisis terminable e interminable» (1937c), *infra*, págs. 251 y sigs.]

Parte III. La ganancia teórica

VIII. El aparato psíquico y el mundo exterior

Todas las intelecciones y premisas generales que hemos expuesto en nuestro primer capítulo se obtuvieron, desde luego, por medio de un laborioso y paciente trabajo de detalle, del cual hemos dado una muestra en el capítulo precedente. Acaso nos tiene ahora examinar qué enriquecimiento para nuestro saber hemos adquirido mediante ese trabajo y qué caminos para un ulterior progreso se nos han abierto. Es lógico que nos sorprenda el hecho de que tan a menudo nos viéramos precisados a aventurarnos más allá de las fronteras de la ciencia psicológica. Los fenómenos que nosotros elaborábamos no pertenecen sólo a la psicología: tienen también un lado orgánico-biológico, y, en consonancia con ello, en nuestros empeños en torno de la edificación del psicoanálisis hemos hecho también sustantivos hallazgos biológicos y no pudimos evitar nuevos supuestos en esa materia.

Pero permanezcamos, en principio, en la psicología: Hemos discernido que el deslinde de la norma psíquica respecto de la anormalidad no se puede trazar científicamente, de suerte que a ese distinguo debe adjudicársele sólo un valor convencional, a despecho de su importancia práctica. Con ello hemos fundado el derecho a comprender la vida anímica normal desde sus perturbaciones, lo cual no sería lícito si esos estados patológicos, neurosis y psicosis, tuvieran causas específicas que obraran al modo de unos cuerpos extraños.

El estudio de una perturbación del alma que sobreviene mientras se duerme, pasajera, inofensiva, y que aun responde a una función útil, nos proporcionó la clave para entender las enfermedades anímicas permanentes y dañinas para la vida. Y ahora, osemos aseverarlo: la psicología de la conciencia no era más idónea para entender la función anímica normal que para comprender el sueño. Los datos de la percepción conciente de sí, los únicos de que ella disponía, se han revelado dondequiera insuficientes para penetrar la plenitud y la maraña de los procesos anímicos, poner de manifiesto sus nexos y, así, discernir las condiciones bajo las cuales son perturbados.

Nuestro supuesto de un aparato psíquico extendido en el espacio, compuesto con arreglo a fines, desarrollado en virtud de las necesidades de la vida, aparato que sólo en un lugar preciso y bajo ciertas condiciones da origen al fenómeno de la conciencia, nos ha habilitado para erigir la psicología sobre parecidas bases que cualquier otra ciencia natural, por ejemplo la física. Aquí como allí, la tarea consiste en descubrir, tras las propiedades del objeto investigado que le son dadas directamente a nuestra percepción (las cualidades), otras que son independientes de la receptividad particular de nuestros órganos sensoriales y están más próximas al estado de cosas objetivo conjeturado. Pero a este mismo no esperamos poder alcanzarlo, pues vemos que a todo lo nuevo por nosotros deducido estamos precisados a traducirlo, a su turno, al lenguaje de nuestras percepciones, del que nunca podemos liberarnos. Ahora bien: esos son, justamente, la naturaleza y el carácter limitado de nuestra ciencia. Como diríamos en física: si tuviéramos una vista aguzadísima hallaríamos que los cuerpos en apariencia sólidos consisten en partículas de tal y cual figura, magnitud y situación recíproca. Entretanto, ensayamos acrecentar al máximo la capacidad de operación de nuestros órganos sensoriales mediante unos recursos auxiliares artificiales, pero es lícita la expectativa de que al fin tales empeños no harán variar la situación. Lo real-objetivo permanecerá siempre «no discernible». La ganancia que el trabajo científico produce respecto de nuestras percepciones sensoriales primarias consiste en la intelección de nexos y relaciones de dependencia que están presentes en el mundo exterior, que en el mundo interior de nuestro pensar pueden ser reproducidos o espejados de alguna manera confiable, y cuya noticia nos habilita para «comprender» algo en el mundo exterior, preverlo y, si es posible, modificarlo. De manera en un todo semejante procedemos en el psicoanálisis. Hemos hallado el recurso técnico para llenar las lagunas de nuestros fenómenos de conciencia, y de él nos valemos como los físicos de la experimentación. Por este camino inferimos cierto número de procesos que en sí y por sí son «no discernibles», los interpolamos dentro de los que nos son concientes y cuando decimos, por ejemplo: «Aquí ha intervenido un recuerdo inconciente», esto quiere decir: «Aquí ha ocurrido algo por completo inaprehensible para nosotros, pero que si nos hubiera llegado a la conciencia sólo habríamos podido describirlo así y así».

Desde luego que en cada caso singular queda sujeto a la crítica averiguar con qué derecho y con qué grado de certeza

emprendemos tales inferencias e interpolaciones, y no se puede desconocer que la decisión ofrece a menudo grandes dificultades, que se expresan en la falta de acuerdo entre los analistas. Ha de hacerse responsable de ello a la novedad de la tarea, también a la falta de capacitación, pero además a un factor particular inherente al asunto mismo, a saber: que en la psicología no siempre se trata, como en la física, de cosas del mundo que podrían despertar sólo un frío interés científico. Así, uno no se asombrará demasiado si una analista que no está suficientemente convencida sobre su propio deseo del pene no aprecia como es debido este factor en sus pacientes. Sin embargo, tales fuentes de error, que provienen de la ecuación personal, no habrán de significar mucho en definitiva. Si uno lee viejos manuales de microscopismo, se enterará con sorpresa de los requerimientos extraordinarios que en aquel tiempo se hacían a la personalidad de quien observara por ese instrumento, cuando esa técnica era todavía joven, mientras que hoy ni se habla de nada de eso.

No podemos proponernos la tarea de esbozar aquí un cuadro completo del aparato psíquico y sus operaciones; nos lo estorbaría también la circunstancia de que el psicoanálisis no ha tenido tiempo aún de estudiar en igual medida todas las funciones. Por eso nos conformaremos con repetir en detalle ciertos señalamientos de nuestro capítulo introductorio.

El núcleo de nuestro ser está constituido, pues, por el oscuro *ello*, que no comercia directamente con el mundo exterior y, además, sólo es asequible a nuestra noticia por la mediación de otra instancia. Dentro del *ello* ejercen su acción eficiente las *pulsiones* orgánicas, ellas mismas compuestas de mezclas de dos fuerzas primordiales (Eros y destrucción) en variables proporciones, y diferenciadas entre sí por su referencia a órganos y sistemas de órgano. Lo único que estas pulsiones quieren alcanzar es la satisfacción, que se espera de precisas alteraciones en los órganos con auxilio de objetos del mundo exterior. Pero una satisfacción pulsional instantánea y sin miramiento alguno, tal como el *ello* la exige, con harta frecuencia llevaría a conflictos peligrosos con el mundo exterior y al aniquilamiento. El *ello* no conoce prevención alguna por la seguridad de la pervivencia, ninguna angustia; o quizá sería más acertado decir que puede desarrollar, sí, los elementos de sensación de la angustia, pero no valorizarlos. Los procesos que son posibles en los elementos psíquicos supuestos en el interior del *ello* y entre estos (*proceso primario*) se distinguen en vasta medida de aquellos que nos son consabidos por una percep-

ción conciente dentro de nuestra vida intelectual y de sentimientos; por otra parte, no valen para ellos las limitaciones críticas de la lógica, que desestima y quiere anular {des-hacer} por inadmisibles una parte de estos procesos.

El ello, cortado del mundo exterior, tiene su propio mundo de percepción. Registra con extraordinaria agudeza ciertas alteraciones sobrevenidas en su interior —en particular, las oscilaciones en la tensión de necesidad de sus pulsiones—, las que devienen concientes como sensaciones de la serie placer-displacer. Desde luego que es difícil indicar los caminos por los cuales se producen estas percepciones en los órganos terminales sensibles con cuyo auxilio ocurren. Pero queda en pie que las percepciones de sí mismo —sentimientos generales y sensaciones de placer-displacer— gobiernan, con despótico imperio, los decursos en el interior del ello. El ello obedece al intransigente principio de placer. Pero no el ello solamente. Parece que tampoco la actividad de las otras instancias psíquicas es capaz de cancelar el principio de placer, sino sólo de modificarlo, y sigue siendo una cuestión de la más alta importancia teórica, que en el presente no se puede responder, averiguar cuándo y cómo se logra en general vencer al principio de placer. La reflexión de que el principio de placer demanda un rebajamiento, quizás en el fondo una extinción, de las tensiones de necesidad (*Nirvana*), lleva a unas vinculaciones no apreciadas todavía del principio de placer con las dos fuerzas primordiales: Eros y pulsión de muerte.

La otra instancia psíquica que creemos conocer mejor y en la cual nos discernimos por excelencia a nosotros mismos, el llamado *yo*, se ha desarrollado a partir del estrato cortical del ello, que por su dispositivo para recibir estímulos y apartarlos permanece en contacto directo con el mundo exterior (la *realidad objetiva*). Partiendo de la percepción conciente, ha sometido a su influjo distritos cada vez más amplios, y estratos más profundos, del ello; y el vasallaje en que se mantiene respecto del mundo exterior muestra el sello imborrable de su origen (como si fuera su «*made in Germany*»). Su operación psicológica consiste en elevar los decursos del ello a un nivel dinámico más alto (p. ej., en mudar energía libremente móvil en energía ligada, como corresponde al estado preconciente); y su operación constructiva, en interpolar entre exigencia pulsional y acción satisfaciente la actividad del pensar, que trata de colegir el éxito de las empresas intentadas mediante unas acciones tentativas, tras orientarse en el presente y valorizar experiencias anteriores. De esta manera, el yo decide si el intento

desembocará en la satisfacción o debe ser desplazado, o si la exigencia de la pulsión no tiene que ser sofocada por completo como peligrosa (*principio de realidad*). Así como el ello se agota con exclusividad en la ganancia de placer, el yo está gobernado por el miramiento de la seguridad. El yo se ha propuesto la tarea de la autoconservación, que el ello parece desdenar. Se vale de las sensaciones de angustia como de una señal que indica los peligros amenazadores para su integridad. Puesto que unas huellas mnémicas pueden devenir concientes lo mismo que unas percepciones, en particular por su asociación con restos de lenguaje, surge aquí la posibilidad de una confusión que llevaría a equivocarse la realidad objetiva. El yo se protege contra esa confusión mediante el dispositivo del *examen de realidad*, que puede estar ausente en el sueño en virtud de las condiciones del estado del dormir. Al yo, que quiere afirmarse en un medio circundante de poderes mecánicos hiperpotentes, le amenazan peligros, ante todo desde la realidad objetiva, pero no sólo desde ahí. El ello propio es una fuente de parecidos peligros, y con dos diversos fundamentos. En primer lugar, intensidades pulsionales hipertróficas pueden dañar al yo de manera semejante que los «estímulos» hipertróficos del mundo exterior. Es verdad que no son capaces de aniquilarlo, pero sí de destruir la organización dinámica que le es propia, de mudar de nuevo al yo en una parte del ello. En segundo lugar, la experiencia puede haber enseñado al yo que satisfacer una exigencia pulsional no intolerable en sí misma conllevaría peligros en el mundo exterior, de suerte que esa modalidad de exigencia pulsional deviene ella misma un peligro. Así, el yo combate en dos frentes: tiene que defender su existencia contra un mundo exterior que amenaza aniquilarlo, así como contra un mundo interior demasiado exigente. Y contra ambos aplica los mismos métodos defensivos, pero la defensa contra el enemigo interior es deficiente de una manera particular. A consecuencia de la originaria identidad y de la posterior íntima convivencia, es difícil escapar de los peligros interiores. Ellos perduran como unas amenazas, aunque temporariamente puedan ser sofrenados.

Tenemos sabido que el yo endeble e inacabado de la primera infancia recibe unos daños permanentes por los esfuerzos que se le imponen para defenderse de los peligros propios de este período de la vida. De los peligros con que amenaza el mundo exterior, el niño es protegido por la providencia de los progenitores: expía esta seguridad con la angustia ante la *pérdida de amor*, que lo dejaría expuesto

inirme a tales peligros. Este factor exterioriza su influjo decisivo sobre el desenlace del conflicto cuando el varoncito cae en la situación del complejo de Edipo, dentro de la cual se apodera de él la amenaza a su narcisismo por la castración, una amenaza reforzada desde el tiempo primordial. Debido a la acción conjugada de ambos influjos, el peligro objetivo actual y el peligro recordado de fundamento filogenético, el niño se ve constreñido a emprender sus intentos defensivos —represiones {esfuerzos de desalojo y suplantación}—, que, si bien son acordes al fin para ese momento, se revelan psicológicamente insuficientes cuando la posterior reanimación de la vida sexual refuerza las exigencias pulsionales en aquel tiempo rechazadas. El abordaje biológico no puede sino declarar, entonces, que el yo fracasa en la tarea de dominar las excitaciones de la etapa sexual temprana, en una época en que su inacabamiento lo inhabilita para lograrlo. En este retraso del desarrollo yoico respecto del desarrollo libidinal discernimos la condición esencial de la neurosis, y no podemos eludir la conclusión de que esta última se evitaría si al yo infantil se lo dispensase de esa tarea, vale decir, se consintiese libremente la vida sexual infantil, como acontece entre muchos primitivos. Muy posiblemente, la etiología de la contracción de neurosis sea más compleja de lo que hemos consignado aquí, pero al menos extrajimos una pieza esencial del anudamiento etiológico. No podemos olvidar tampoco los influjos filogenéticos, que de algún modo están subrogados en el interior del ello en unas formas todavía no asibles para nosotros, y que sin duda serán más eficaces sobre el yo en aquella época temprana que luego. Y, por otro lado, vislumbramos la intelección de que un intento tan temprano de endicar la pulsión sexual, una toma de partido tan decidida del yo joven en favor del mundo exterior por oposición al mundo interior, como la que se produce por la prohibición de la sexualidad infantil, no puede dejar de ejercer efecto sobre el posterior apronte del individuo para la cultura.¹ Las exigencias pulsionales, esforzadas a apartarse de una satisfacción directa, son constreñidas a internarse por nuevas vías que llevan a la satisfacción sustitutiva, y en el curso de estos rodeos pueden ser desexualizadas y aflojada su conexión con sus metas pulsionales originarias. Con ello anti-

¹ [El concepto, muy semejante, de «aptitud para la cultura» había sido analizado con cierta extensión en «De guerra y muerte» (1915b), *AE*, 14, pág. 284, y fue mencionado también en *El porvenir de una ilusión* (1927c), *AE*, 21, pág. 38. — Freud no establecía un distinguo en su uso de las palabras «cultura» y «civilización».]

cipamos la tesis de que buena parte de nuestro tan estimado patrimonio cultural fue adquirido a expensas de la sexualidad, por limitación de unas fuerzas pulsionales sexuales.

Si hasta aquí tuvimos que insistir una y otra vez en que el yo debe su génesis, así como los más importantes de sus caracteres adquiridos, al vínculo con el mundo exterior real, estamos ya preparados para el supuesto de que los estados patológicos del yo, en los que él vuelve a acercarse en grado máximo al ello, se fundan en una cancelación o en un aflojamiento de este vínculo con el mundo exterior. Con esto armoniza muy bien lo que la experiencia clínica nos enseña: la ocasión para el estallido de una psicosis es que la realidad objetiva se haya vuelto insoportablemente dolorosa, o bien que las pulsiones hayan cobrado un refuerzo extraordinario, lo cual, a raíz de las demandas rivales del ello y el mundo exterior, no puede menos que producir el mismo efecto en el yo. El problema de la psicosis sería sencillo y transparente si el desasimiento del yo respecto de la realidad objetiva pudiera consumarse sin dejar rastros. Pero, al parecer, esto sólo ocurre rara vez, quizá nunca. Aun en el caso de estados que se han distanciado tanto de la realidad efectiva del mundo exterior como ocurre en una confusión alucinatoria (*amentia*), uno se entera, por la comunicación de los enfermos tras su restablecimiento, de que en un rincón de su alma, según su propia expresión, se escondía en aquel tiempo una persona normal, la cual, como un observador no participante, dejaba pasearse frente a sí al espectro de la enfermedad. No sé si sería lícito suponer que es así en general, pero puedo informar algo semejante sobre otras psicosis de trayectoria menos tormentosa. Me viene a la memoria un caso de paranoia crónica en el que, tras cada ataque de celos, un sueño anoticiaba al analista sobre su ocasión, figurándola de una manera correcta y por entero exenta de delirio.² Así resultaba una interesante oposición: si de ordinario colegimos a partir de los sueños del neurótico los celos ajenos a su vida de vigilia, aquí, en el psicótico, el delirio que lo gobernaba durante el día era rectificado mediante el sueño. Probablemente tengamos derecho a conjeturar, con universal validez, que lo sucedido en tales casos es una *escisión* psíquica. Se forman dos posturas psíquicas en vez de una postura única: la que toma en cuenta la realidad objetiva, la normal, y otra que bajo el influjo de lo pulsional desase

² [Se informa con bastante amplitud acerca de este caso en «Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad» (1922b), *AE*, 18, págs. 220-1.]

al yo de la realidad. Las dos coexisten una junto a la otra. El desenlace depende de la fuerza relativa de ambas. Si la segunda es o deviene la más poderosa, está dada la condición de la psicosis. Si la proporción se invierte, el resultado es una curación aparente de la enfermedad delirante. Pero en la realidad efectiva ella sólo se ha retirado a lo inconciente, así como de numerosas observaciones no se puede menos que inferir que el delirio estaba formado y listo desde largo tiempo atrás, antes de advenir a la irrupción manifiesta.

El punto de vista que postula en todas las psicosis una *escisión del yo* no tendría títulos para reclamar tanta consideración si no demostrara su acierto en otros estados más semejantes a las neurosis y, en definitiva, en estas mismas. Me he convencido de ello sobre todo en casos de *fetichismo*. Esta anormalidad, que es lícito incluir entre las perversiones, tiene su fundamento, como es notorio, en que el paciente (masculino casi siempre) no reconoce la falta de pene de la mujer, que, como prueba de la posibilidad de su propia castración, le resulta en extremo indeseada. Por eso desmiente la percepción sensorial genuina que le ha mostrado la falta de pene en los genitales femeninos, y se atiene a la convicción contraria. Pero la percepción desmentida no ha dejado de ejercer influjo, pues él no tiene la osadía de aseverar que vio efectivamente un pene. Antes bien, recurre a algo otro, una parte del cuerpo o una cosa, y le confiere el papel del pene que no quiere echar de menos. Las más de las veces es algo que en efecto ha visto en aquel momento, cuando vio los genitales femeninos, o algo que se presta como sustituto simbólico del pene. Ahora bien, sería desacertado llamar «escisión del yo» a lo que sobreviene a raíz de la formación del fetiche; es una formación de compromiso con ayuda de un desplazamiento {descentramiento}, según se nos ha vuelto notorio por el sueño. Y nuestras observaciones nos muestran algo más todavía. La creación del fetiche ha obedecido al propósito de destruir la prueba de la posibilidad de la castración, de suerte que uno pudiera escapar a la angustia de castración. Si la mujer posee un pene como otros seres vivos, no hace falta qué uno tiemble por la posesión permanente del pene propio. Sin embargo, encontramos fetichistas que han desarrollado la misma angustia de castración que los no fetichistas, y reaccionaron frente a ella de igual manera. Por tanto, en su comportamiento se expresan al mismo tiempo dos premisas contrapuestas. Por un lado, desmienten el hecho de su percepción, a saber, que en los genitales fe-

meninos no han visto pene alguno; por el otro, reconocen la falta de pene de la mujer y de ahí extraen las conclusiones correctas. Las dos actitudes subsisten una junto a la otra durante toda la vida sin influirse recíprocamente. Es lo que se tiene derecho a llamar una *escisión del yo*. Este estado de cosas nos permite comprender también que con tanta frecuencia el fetichismo alcance sólo una plasmación parcial. No gobierna la elección de objeto de una manera excluyente, sino que deja espacio para una extensión mayor o menor de conducta sexual normal, y aun muchas veces se retira a un papel modesto o a la condición de mero indicio. Por tanto, los fetichistas nunca han logrado el completo desasimiento del yo respecto de la realidad objetiva del mundo exterior.

No se crea que el fetichismo constituiría una excepción con respecto a la escisión del yo; no es más que un objeto particularmente favorable para el estudio de esta. Recurramos a nuestro anterior señalamiento: que el yo infantil, bajo el imperio del mundo real-objetivo, tramita unas exigencias pulsionales desagradables mediante las llamadas represiones. Y completémoslo ahora mediante esta otra comprobación: que el yo, en ese mismo período de la vida, con harta frecuencia da en la situación de defenderse de una admonición del mundo exterior sentida como penosa, lo cual acontece mediante la *desmentida* de las percepciones que anotan de ese reclamo de la realidad objetiva. Tales desmentidas sobrevienen asaz a menudo, no sólo en fetichistas; y toda vez que tenemos oportunidad de estudiarlas se revelan como unas medidas que se tomaron a medias, unos intentos incompletos de desasirse de la realidad objetiva. La desautorización es complementada en todos los casos por un reconocimiento; se establecen siempre dos posturas opuestas, independientes entre sí, que arrojan por resultado la situación de una escisión del yo. También aquí, el desenlace dependerá de cuál de las dos pueda arrastrar hacia sí la intensidad más grande. [Cf. pág. 166, n. 1.]

Los hechos de la escisión del yo que hemos descrito son tan nuevos ni tan extraños como a primera vista pudiera parecer. Que con respecto a una determinada conducta subsistan en la vida anímica de la persona dos posturas diversas, contrapuestas una a la otra e independientes entre sí, he ahí un rasgo universal de las neurosis; sólo que en este caso una pertenece al yo, y la contrapuesta, como reprimida, al ello. El distinguo entre ambos casos es, en lo esencial, tópico o estructural, y no siempre resulta fácil decidir frente a cuál de esas dos posibilidades se está. Ahora

bien, lo importante que ambas tienen en común reside en lo siguiente: No interesa qué emprenda el yo en su afán defensivo, sea que quiera desmentir un fragmento del mundo exterior real y efectivo o rechazar una exigencia pulsional del mundo interior, el resultado nunca es perfecto, sin residuo, sino que siempre se siguen de allí dos posturas opuestas, de las cuales también la subyacente, la más débil, conduce a ulterioridades psíquicas. Para concluir, sólo se requiere señalar cuán poco de todos estos procesos nos deviene consabido por percepción conciente.³

³ [Las elucidaciones sobre el fetichismo en este capítulo derivan principalmente del trabajo que Freud dedicara al tema (1927e), en donde se hallará también una temprana referencia a la escisión del yo. (Cf. mi «Nota introductoria» a ese trabajo, *AE*, **21**, pág. 145.) Ambas cuestiones habían sido abordadas en «La escisión del yo en el proceso defensivo» (1940e), *infra*, págs. 271 y sigs., principiado por Freud pocos meses antes de redactar el presente trabajo, y que quedó inconcluso. Consúltese también mi «Nota introductoria» a dicho artículo, *infra*, págs. 273-4.]

IX. El mundo interior

Para dar noticia de una coexistencia compleja no tenemos otro camino que describirla en sucesión, y por eso todas nuestras exposiciones pecan al comienzo de simplificación unilateral y esperan ser completadas, que se corone su edificio y, así, se las rectifique.

La representación de un yo que media entre ello y mundo exterior, que asume las exigencias pulsionales de aquel para conducirlas a su satisfacción y lleva a cabo percepciones en este, valorizándolas como recuerdos; que, preocupado por su autoconservación, se pone en guardia frente a exhortaciones hipertroficadas de ambos lados, al tiempo que es guiado, en todas sus decisiones, por las indicaciones de un principio de placer modificado: esta representación, digo, en verdad sólo es válida para el yo hasta el final del primer período de la infancia (cerca de los cinco años). Hacia esa época se ha consumado una importante alteración. Un fragmento del mundo exterior ha sido resignado como objeto, al menos parcialmente, y a cambio (por identificación) fue acogido en el interior del yo, o sea, ha devenido un ingrediente del mundo interior. Esta nueva instancia psíquica prosigue las funciones que habían ejercido aquellas personas [los objetos abandonados] del mundo exterior; observa al yo, le da órdenes, lo juzga y lo amenaza con castigos, en un todo como los progenitores, cuyo lugar ha ocupado. Llamamos *superyó* a esa instancia, y la sentimos, en sus funciones de juez, como nuestra *conciencia moral*. Algo notable: el superyó a menudo despliega una severidad para la que los progenitores reales no han dado el modelo. Y es notable, también, que no pida cuentas al yo sólo a causa de sus acciones, sino de sus pensamientos y propósitos incumplidos, que parecen serle consabidos. Esto nos trae a la memoria que también el héroe de la saga de Edipo se siente culpable a causa de sus acciones, y se somete a un autocastigo, cuando la compulsión del oráculo debiera proclamarlo libre de culpa tanto a juicio nuestro como a juicio de él. De hecho, el superyó es el heredero del complejo de Edipo y sólo se impone {*einsetzen*} tras la tra-

mitación de este. Por eso su hiperseveridad no responde a un arquetipo objetivo, sino que corresponde a la intensidad de la defensa gastada contra la tentación del complejo de Edipo. Una vislumbre de esta relación de cosas yace sin duda en el fondo {zu Grunde} de lo que aseveran filósofos y creyentes, a saber, que el sentido moral no es instilado al hombre por la educación, ni lo adquirieron por la vida comunitaria, sino que les ha sido implantado desde un lugar más elevado.

Mientras el yo trabaja en pleno acuerdo con el superyó, no es fácil distinguir las exteriorizaciones de ambos, pero las tensiones y enajenaciones entre ellos se hacen notar con mucha nitidez. El martirio de los reproches de la conciencia moral responde exactamente a la angustia del niño por la pérdida de amor, angustia que fue sustituida en él por la instancia moral. Por otro lado, cuando el yo ha sustituido con éxito una tentación de hacer algo que sería chocante para el superyó, se siente elevado en su sentimiento de sí y reafirmado en su orgullo, como si hubiera logrado una valiosa conquista. De tal manera, el superyó sigue cumpliendo para el yo el papel de un mundo exterior, aunque haya devenido una pieza del mundo interior. Para todas las posteriores épocas de la vida subroga el influjo de la infancia del individuo, el cuidado del niño, la educación y la dependencia de los progenitores —de esa infancia que en el ser humano se prolonga tanto por la convivencia dentro de familias—. Y, con ello, no sólo adquieren vigencia las cualidades personales de esos progenitores, sino también todo cuanto haya ejercido efectos de comando sobre ellos mismos, las inclinaciones y requerimientos del estado social en que viven, las disposiciones y tradiciones de la raza de la cual descienden. Si uno es afecto a las comprobaciones generales y las separaciones tajantes, puede decir que el mundo exterior, donde el individuo se hallará ex-puesto {aussetzen} tras su desasimiento de los padres, representa {repräsentieren} el poder del presente; su ello, con sus tendencias heredadas, el pasado orgánico, y el superyó, que viene a sumarse más tarde, el pasado cultural ante todo, que el niño debe por así decir revivenciar en los pocos años de su edad temprana. No es fácil que tales generalidades sean universalmente correctas. Una parte de las conquistas culturales sin duda ha dejado como secuela su precipitado dentro del ello, mucho de lo que el superyó trae despertará un eco en el ello, y no poco de lo que el niño vivencia como nuevo experimentará un refuerzo porque repite un ancestral vivenciar filogenético. («Lo que has heredado de tus

padres, adquiérello para poseerlo».)¹ De este modo, el superyó ocupa una suerte de posición media entre ello y mundo exterior, reúne en sí los influjos del presente y el pasado. En la institución del superyó uno vivencia, digamos así, un ejemplo del modo en que el presente es traspuesto en pasado. (...)

¹ [Goethe, *Fausto*, parte I, escena 1. Estos versos habían sido citados en *Tótem y tabú* (1912-13), *AE*, **13**, pág. 159.]

Análisis terminable
e interminable*
(1937)

Nota introductoria

«Die endliche und die unendliche Analyse»

Ediciones en alemán

- 1937 *Int. Z. Psychoanal.*, **23**, n° 2, págs. 209-40.
1950 *GW*, **16**, págs. 59-99.
1975 *SA*, «Ergänzungsband» {Volumen complementario}, págs. 351-92.

*Traducciones en castellano **

- 1946 «Análisis terminable e interminable». *RP*, **4**, n° 2, págs. 224-57. Traducción de Ludovico Rosenthal.
1955 Igual título. *SR*, **21**, págs. 315-51. El mismo traductor.
1968 Igual título. *BN* (3 vols.), **3**, págs. 540-72.
1975 Igual título. *BN* (9 vols.), **9**, págs. 3339-64.

Los ocho párrafos finales de la sección VI del original alemán, y un fragmento del párrafo inmediatamente anterior (*infra*, págs. 244-8), se reimprimieron en el otoño de 1937 en *Almanach der Psychoanalyse 1938*, págs. 44-50.

Este trabajo fue escrito a comienzos de 1937 y publicado en junio de ese año. Junto con el que le sigue en este volumen, «Construcciones en el análisis» (1937*d*), constituyen los últimos artículos estrictamente psicoanalíticos de Freud que vieron la luz durante su vida. Casi veinte años habían transcurrido desde que diera a publicidad una obra dedicada puramente a la técnica del psicoanálisis —«Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica» (1919*a*)—, si bien en otros trabajos suyos se había ocupado, por supuesto, de los problemas que esta plantea.

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y n. 6.}

Su primera reseña del modo en que opera la terapia psicoanalítica se encuentra en la 27ª y la 28ª de sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17). Volvió sobre el tema, en forma mucho más sucinta, en la 34ª de las *Nuevas conferencias* (1933a), *AE*, 22, págs. 140-5. Los lectores de estos textos se han mostrado a veces sorprendidos por las diferencias que el presente trabajo parece tener con respecto a aquellos. Estas aparentes divergencias requieren ser examinadas.

En su conjunto, el artículo deja una impresión de pesimismo en relación con la eficacia terapéutica del psicoanálisis. Destaca de continuo sus limitaciones e insiste en las dificultades del procedimiento y los obstáculos que se levantan en su camino. Tal es, de hecho, su tema principal. No obstante, no hay en esto nada totalmente novedoso. Freud siempre fue muy conciente de las barreras que se oponían al éxito del análisis y estuvo dispuesto a investigarlas. Por otra parte, jamás dejó de subrayar la importancia de las aplicaciones no terapéuticas del psicoanálisis —dirección en la cual se inclinaban sus preferencias personales, sobre todo en los últimos años de su vida—. Se recordará que en esos breves párrafos sobre técnica de las *Nuevas conferencias* escribió: «Nunca fui un entusiasta de la terapia» (*AE*, 22, pág. 140). No hay, entonces, nada imprevisto en la frialdad que muestra en este artículo hacia las ambiciones terapéuticas del psicoanálisis ni en la enumeración de los escollos que enfrenta. Lo que tal vez provoca mayor sorpresa son ciertas características del examen a que somete la naturaleza y causas subyacentes de tales escollos.

Es digno de nota, en primer lugar, que los factores sobre los que hace principal hincapié son de índole fisiológica y biológica, y por consiguiente insusceptibles, en lo fundamental, de influencia psicológica; tales, por ejemplo, la relativa intensidad «constitucional» de las pulsiones (págs. 227 y sigs.) y la debilidad relativa del yo por procesos fisiológicos como la pubertad, la menopausia y la enfermedad física (págs. 228-9). Pero el estorbo más poderoso y el que se halla fuera de toda posibilidad de control es la pulsión de muerte, a la que dedica un largo pasaje (págs. 244 y sigs.). Freud nos sugiere aquí que ella no sólo es responsable de gran parte de la resistencia que se encuentra en el análisis (como ya lo había apuntado en escritos anteriores), sino que es en verdad la causa última del conflicto anímico (pág. 246). Empero, tampoco en esto hay nada revolucionario. Cierto es que Freud insiste más que lo

habitual en los factores constitucionales al hablar de los impedimentos que traban el psicoanálisis, pero siempre había reconocido su sustantividad.

Ni siquiera son nuevos los tres elementos que escoge aquí como «decisivos» para el éxito de la terapia (pág. 227): el pronóstico más favorable en los casos de origen «traumático» que en los de origen «constitucional», la importancia de las consideraciones «cuantitativas» y el problema de la «alteración del yo». En este tercer punto, el artículo arroja mucha luz nueva. En sus descripciones previas del proceso terapéutico, Freud siempre había adjudicado un papel esencial a una alteración en el yo que el analista debía provocar como paso previo a la cancelación de las represiones del paciente. (Véase, por ejemplo, la 28ª de las *Conferencias de introducción* (1916-17), *AE*, 16, pág. 414.) Pero poco se sabía acerca de la índole de esa alteración y la manera como podía efectuársela. Sus recientes progresos en el análisis del yo permitieron a Freud ahondar en esta indagación. Ahora concebía más bien la alteración terapéutica del yo como la cancelación de alteraciones ya existentes por obra del proceso defensivo. Y merece señalarse que el hecho de que los procesos defensivos produzcan alteraciones del yo había sido mencionado por Freud en fecha muy temprana. El concepto aparece en su examen de los delirios en «Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa» (1896*b*), *AE*, 3, pág. 184, así como en varios pasajes de su Manuscrito K, del 1º de enero de 1896 (1950*a*), *AE*, 1, págs. 260, 262 y 267. A partir de entonces, es como si la idea se hubiera mantenido en estado latente; el nexo entre las contrainvestiduras, la formación reactiva y las alteraciones del yo sólo se postula expresamente por primera vez en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*), *AE*, 20, págs. 147-9 y 153. Resurge en las *Nuevas conferencias* (1933*a*), *AE*, 22, págs. 83-4, y, luego del prolongado examen del tema en el presente artículo, en *Moisés y la religión monoteísta* (1939*a*), *supra*, pág. 74, y en el *Esquema del psicoanálisis* (1940*a*), *supra*, págs. 179-80.

Empero, hay un aspecto en el cual las opiniones expresadas en esta obra parecen discrepar con lo anterior o aun contradecirlo: el escepticismo con que juzga la eficacia *profiláctica* del psicoanálisis. Duda de la posibilidad de impedir no sólo que se produzca una neurosis nueva y diferente, sino aun que retorne una neurosis ya tratada. Este cambio se hace evidente si recordamos un pasaje de la 27ª de las *Conferencias de introducción*: «El hombre que en la relación con el médico ha pasado a ser normal y libre del efecto

de unas mociones pulsionales reprimidas, sigue siéndolo en su vida propia, cuando el médico se ha hecho a un lado» (AE, 16, pág. 404). Y en la 28ª conferencia, al comparar los efectos de la sugestión hipnótica y del psicoanálisis, decía: «La cura analítica impone a médico y enfermo un difícil trabajo que es preciso realizar para cancelar unas resistencias internas. Mediante la superación de estas, la vida anímica del enfermo se modifica duraderamente, se eleva a un estadio más alto del desarrollo y permanece protegida frente a nuevas posibilidades de enfermar» (*ibid.*, págs. 410-1). Análogamente, al final de la 31ª de las *Nuevas conferencias* sostenía que el propósito del psicoanálisis «es fortalecer al yo, hacerlo más independiente del superyó, ensanchar su campo de percepción y ampliar su organización de manera que pueda apropiarse de nuevos fragmentos del ello. Donde Ello era, Yo debo devenir» (AE, 22, pág. 74). Todos estos pasajes parecen descansar en una misma teoría, que a su vez difiere en aspectos importantes, se diría, de la que está implícita en la presente obra.¹

Creemos que este mayor escepticismo de Freud se basa en su convicción de que es imposible abordar un conflicto que no sea «actual», y en las graves objeciones que se levantan contra la conversión de un conflicto «latente» en uno «actual». Esta postura implicaría una diversa concepción no sólo del proceso terapéutico sino, en términos más generales, del acaecer psíquico. Freud parece considerar aquí al conflicto «actual» como si estuviera aislado en un compartimento estanco, por así decir. Aunque se ayude al yo a enfrentar *este* conflicto, no por ello se habrá afectado su capacidad para vérselas con *otro*. De igual manera, parece concebir aisladas las mociones pulsionales: el haber reducido su esfuerzo en el conflicto actual no esclarece su comportamiento futuro. Por el contrario, de sus ideas anteriores podía inferirse que el proceso analítico es capaz de alterar al yo de un modo más *general*, persistiendo esa alteración al término del análisis, y que las mociones pulsionales extraían su fuerza de un reservorio *indiferenciado* de energía. Así, en la medida en que el análisis hubiera tenido éxito, toda nueva incursión de las mociones pulsionales se habría visto reducida en su fuerza por aquel, que habría vuelto más idóneo al yo para enfrentarlas. No existiría, entonces, una segregación absoluta del conflicto «actual» res-

¹ Debe añadirse que en otra de las *Nuevas conferencias*, la 34ª, Freud insiste en las limitaciones de la terapia psicoanalítica (*ibid.*, págs. 142-3).

pecto de los «latentes», y la eficacia profiláctica de un análisis (así como su resultado inmediato) dependería de consideraciones cuantitativas —vinculadas al relativo aumento que él hubiera generado en la robustez del yo y su relativo rebajamiento de la intensidad de las pulsiones—.

Más o menos un año después del presente artículo, en el *Esquema del psicoanálisis* (1940a), la exposición que hizo Freud de los efectos terapéuticos del análisis fue en general muy similar; empero, sobre el particular problema que estamos tratando retornó, quizás, a su opinión anterior. Verbigracia, luego de comentar allí «el tiempo y la pena» que lleva el vencimiento de las resistencias, agregaba que eso es recompensado, «pues produce una ventajosa alteración del yo, que se conserva independientemente del resultado de la transferencia y se afirma en la vida» (*supra*, pág. 179). Esto sugeriría una alteración de carácter *general*.

Es interesante notar que desde los albores de su vida profesional inquietaron a Freud problemas muy semejantes a estos, que por lo tanto estuvieron presentes, puede decirse, en la íntegra extensión de sus estudios analíticos. He aquí el fragmento de una carta que escribió a Wilhelm Fliess el 16 de abril de 1900 (Freud, 1950a, Carta 133) y que versa sobre uno de sus pacientes, el señor E., quien había estado en tratamiento con él probablemente desde 1895 (lo estuvo con certeza desde 1897) y a los altibajos de cuyo caso hay repetidas referencias en el epistolario: «E. concluyó, por fin, su carrera como paciente mío con una invitación a cenar en mi casa. Su enigma está *casi* totalmente resuelto; se siente perfectamente bien y su manera de ser ha cambiado por completo; de los síntomas subsiste todavía un resto. Comienzo a comprender que el carácter en apariencia interminable {*Endlosigkeit*} de la cura es algo acorde a ley y depende de la transferencia. Espero que ese resto no menoscabe el éxito práctico. En mis manos estaba continuar la cura, pero vislumbré que ese es un compromiso entre salud y enfermedad, compromiso que los propios enfermos desean, y por eso mismo el médico no debe entrar en él. La conclusión asintótica de la cura a mí me resulta en esencia indiferente; decepciona más bien a los profanos. En todo caso, mantendré un ojo vigilante sobre este hombre. . . ».

James Strachey

I

La experiencia nos ha enseñado que la terapia psicoanalítica, o sea, el librar a un ser humano de sus síntomas neuróticos, de sus inhibiciones y anormalidades de carácter, es un trabajo largo. Por eso desde el comienzo mismo se emprendieron intentos de abreviar la duración de los análisis. Tales empeños no necesitaban ser justificados; podían invocar los móviles más razonables y acordes al fin. Pero es probable que obrara en ellos todavía un resto de aquel impaciente menosprecio con que en un período anterior de la medicina se abordaban las neurosis, como unos resultados ociosos de daños invisibles. Y si ahora uno estaba obligado a considerarlas, trataba de acabar con ellas lo más pronto posible.

Un intento particularmente enérgico en esta dirección fue el que hizo Otto Rank basándose en su libro *El trauma del nacimiento* (1924). Supuso que el acto del nacimiento era la genuina fuente de la neurosis, pues conllevaba la posibilidad de que la «fijación primordial» a la madre no se superara y prosiguiera como «represión primordial». Mediante el trámite analítico, emprendido con posterioridad, de ese trauma primordial, Rank esperaba eliminar la neurosis íntegra, de suerte que una piccinita de trabajo analítico ahorrara todo el resto. Unos pocos meses bastarían para esa operación. Uno no duda de que la ilación de pensamiento de Rank fue audaz y conceptuosa; pero no resistió a un examen crítico. Por lo demás, el intento de Rank era hijo de su época: fue concebido bajo el influjo de la oposición entre la miseria europea de posguerra y la «prosperity» norteamericana, y estaba destinado a acompasar el *tempo* de la terapia analítica a la prisa de la vida norteamericana. No se ha sabido mucho de lo conseguido con la ejecución

* {(Corresponde a la llamada que aparece en el título, *supra*, pág. 211.) Téngase presente que el título admitiría esta otra versión: «El análisis finito y el análisis infinito»}.

del plan de Rank para casos patológicos. No más, probablemente, de lo que conseguiría el cuerpo de bomberos si para apagar el incendio de una casa, provocado por el vuelco de una lámpara de petróleo, se conformara con retirar esta de la habitación donde nació el incendio. Es cierto que de tal manera se alcanzaría una abreviación considerable del procedimiento de extinción. Hoy, la teoría y la práctica del intento de Rank pertenecen al pasado... no menos que la propia «*prosperity*» norteamericana.¹

Aun antes de la guerra, yo mismo ensayé otro camino para apresurar el decurso de una cura analítica. En esa época emprendí el tratamiento de un joven ruso, quien, malcriado por la riqueza, había llegado a Viena en un estado de total desvalimiento, acompañado por su médico personal y un *valet*.² En el curso de algunos años se logró devolverle gran parte de su autonomía, despertar su interés por la vida, poner en orden sus vínculos con las personas más importantes para él. Pero ahí se atascó el progreso; no avanzaba el esclarecimiento de la neurosis infantil sobre la cual sin duda se fundaba la afección posterior, y se discernía con toda nitidez que el paciente sentía asaz cómodo el estado en que se encontraba y no quería dar paso alguno que lo acercase a la terminación del tratamiento. Era un caso de autoinhibición de la cura; corría esta el riesgo de fracasar a causa de su propio éxito —parcial—. En esta situación, recurrí al medio heroico de fijarle un plazo.³ Al comienzo de una nueva temporada de trabajo, revelé al paciente que ese año sería el último del tratamiento, sin que importase lo que él consiguiera en el tiempo que así se le concedía. Primero no me dio crédito alguno, pero luego que se hubo convencido de la seriedad absoluta de mi propósito, le sobrevino el cambio deseado. Sus resistencias se quebraron, y en esos últimos meses pudo reproducir todos los recuerdos y hallar todos los nexos que parecían necesarios para entender su neurosis temprana y dominar su neurosis presente. Cuando se despidió de mí en pleno verano de 1914, sin sospecha alguna, como todos nosotros, de los sucesos

¹ [Esto fue escrito poco tiempo después de la gran crisis financiera en Estados Unidos. En *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), Freud había hecho una ponderada crítica de la teoría de Rank; véase, en particular, *AE*, 20, págs. 128-9 y 141-3.]

² Véase mi escrito «De la historia de una neurosis infantil» (1918b), publicado con anuencia del paciente. La posterior afección de este joven no se expone allí con detalle; sólo se la roza donde lo exige perentoriamente la conexión con la neurosis de la infancia.

³ [Cf. *AE*, 17, págs. 12-3.]

tan inminentes que habrían de sobrevenir, yo lo consideré curado radical y duraderamente.

En una nota agregada al historial clínico en 1923 informé ya que estaba en un error.⁴ Hacia el final de la guerra regresó a Viena como fugitivo sin recursos; debí prestarle entonces auxilio para dominar una pieza no tramitada de la transferencia; se lo consiguió en algunos meses, y pude concluir aquel agregado comunicando que «el paciente, a quien la guerra privó de su patria, de su fortuna y de todos sus vínculos familiares, se sintió normal y tuvo un comportamiento intachable». Si los quince años que siguieron no aportaron un mentís a ese juicio, hicieron necesarias empero ciertas salvedades. El paciente ha permanecido en Viena, conservando cierta posición social, aunque modesta. Pero en ese lapso su bienestar fue interrumpido varias veces por unos episodios patológicos que sólo podían ser aprehendidos como unos vástagos de su vieja neurosis. La habilidad de una de mis discípulas, la doctora Ruth Mack Brunswick, puso término a esos estados, uno por uno, tras breve tratamiento; espero que ella habrá de informar pronto sobre estas experiencias.⁵ Algunos de esos ataques estaban referidos todavía a restos transferenciales; mostraron con nitidez, a pesar de su fugacidad, un carácter paranoico. En otros, sin embargo, el material patógeno consistía en fragmentos de su historia infantil que en su análisis conmigo no habían salido a la luz y ahora eran repelidos con efecto retardado {*nachträglich*} —no puede uno evitar la comparación— como unos hilos tras una operación o unos fragmentos óseos necróticos. Encontré el historial de curación de este paciente casi tan interesante como su historial clínico.

Después, en otros casos, he utilizado la fijación de un plazo, y también he tenido noticias de las experiencias de otros analistas. No puede dudarse del valor de esta medida coactiva. Ella es eficaz, bajo la premisa de que se la adopte en el momento justo, pero no puede dar ninguna garantía de la tramitación completa de la tarea. Al contrario, se puede estar seguro de que mientras una parte del material se vuelve asequible bajo la compulsión de la amenaza, otra parte permanece retenida y en cierto modo enterrada; así, se pierde para el empeño terapéutico. En efecto, no es lí-

⁴ [*Ibid.*, pág. 110.]

⁵ [En realidad, su informe había aparecido en inglés varios años atrás (Brunswick, 1928a). El curso posterior del caso puede seguirse en la nota al pie que agregué al final del historial (*AE*, 17, pág. 111). En fecha reciente aparecieron varios capítulos autobiográficos del paciente editados por Muriel Gardiner (1971).]

cito extender el plazo una vez que se lo fijó; de lo contrario, el paciente no prestaría crédito alguno a la continuación. El expediente inmediato sería proseguir la cura con otro analista; pero bien se sabe que semejante cambio de vía implica una nueva pérdida de tiempo y una renuncia al rédito del trabajo gastado. Por otra parte, no se puede indicar con carácter de validez universal el momento justo para la introducción de este violento recurso técnico; queda librado al tacto. Un yerro será irreparable. No se debe olvidar el aforismo de que el león salta una vez sola.

II

Las elucidaciones sobre el problema técnico del modo en que se podría apresurar el lento decurso de un análisis nos llevan ahora a otra cuestión de más profundo interés, a saber: si existe un término natural para cada análisis, si en general es posible llevar un análisis a un término tal. El uso lingüístico de los analistas parece propiciar ese supuesto, pues a menudo se oye manifestar, a modo de lamento o de disculpa, sobre una criatura humana cuya imperfección se discierne: «Su análisis no fue terminado», o «No fue analizado hasta el final».

Primero hay que ponerse de acuerdo sobre lo que se mienta con el multívoco giro «final o término de un análisis». En la práctica es fácil decirlo. El análisis ha terminado cuando analista y paciente ya no se encuentran en la sesión de trabajo analítico. Y esto ocurrirá cuando estén aproximadamente cumplidas dos condiciones: la primera, que el paciente ya no padezca a causa de sus síntomas y haya superado sus angustias así como sus inhibiciones, y la segunda, que el analista juzgue haber hecho conciente en el enfermo tanto de lo reprimido, esclarecido tanto de lo incomprensible, eliminado tanto de la resistencia interior, que ya no quepa temer que se repitan los procesos patológicos en cuestión. Y si se está impedido de alcanzar esta meta por dificultades externas, mejor se hablará de un análisis imperfecto {*unvollständig*} que de uno no terminado {*unvollendet*}.

El otro significado de «término» de un análisis es mucho más ambicioso. En nombre de él se inquiera si se ha promovido el influjo sobre el paciente hasta un punto en que la continuación del análisis no prometería ninguna ulterior alteración. Vale decir, la pregunta es si mediante el

análisis se podría alcanzar un nivel de normalidad psíquica absoluta, al cual pudiera atribuirse además la capacidad para mantenerse estable —p. ej., si se hubiera logrado resolver todas las represiones sobrevenidas y llenar todas las lagunas del recuerdo—. Primero examinaremos la experiencia para ver si tal cosa ocurre, y luego la teoría, para saber si ello es en general posible.

Todo analista habrá tratado algunos casos con tan feliz desenlace. Se ha conseguido eliminar la perturbación neurótica preexistente, y ella no ha retornado ni ha sido sustituida por ninguna otra. Por lo demás, no se carece de una intelección sobre las condiciones de tales éxitos. El yo de los pacientes no estaba alterado⁶ de una manera notable, y la etiología de la perturbación era esencialmente traumática. Es que la etiología de todas las perturbaciones neuróticas es mixta; o se trata de pulsiones hiperintensas, esto es, refractarias a su domeñamiento [cf. pág. 227 y n. 8] por el yo, o del efecto de unos traumas tempranos, prematuros, de los que un yo inmaduro no pudo enseñorearse. Por regla general, hay una acción conjugada de ambos factores, el constitucional y el accidental. Mientras más intenso sea el primero, tanto más un trauma llevará a la fijación y dejará como secuela una perturbación del desarrollo; y cuanto más intenso el trauma, tanto más seguramente exteriorizará su perjuicio, aun bajo constelaciones pulsionales normales. No hay ninguna duda de que la etiología traumática ofrece al análisis, con mucho, la oportunidad más favorable. Sólo en el caso con predominio traumático conseguirá el análisis aquello de que es magistralmente capaz: merced al fortalecimiento del yo, sustituir la decisión deficiente que viene de la edad temprana por una tramitación correcta. Sólo en un caso así se puede hablar de un análisis terminado definitivamente. Aquí el análisis ha hecho su menester y no necesita ser continuado. Si el paciente así restablecido nunca vuelve a producir una perturbación que le hiciera necesitar del análisis, uno en verdad no sabe cuánto de esta inmunidad se debe al favor del destino, que quizá le ha ahorrado unas pruebas demasiado severas.

La intensidad constitucional de las pulsiones y la alteración perjudicial del yo, adquirida en la lucha defensiva, en el sentido de un desquicio y una limitación, son los factores desfavorables para el efecto del análisis y capaces de

⁶ [El concepto de «alteración del yo» es examinado extensamente *infra*, especialmente en la sección V. Cf. también mi «Nota introductoria», *supra*, pág. 215.]

prolongar su duración hasta lo inconcluible. Uno está tentado de responsabilizar a la primera —la intensidad pulsional— por la plasmación de la otra —la alteración del yo—, pero parece que esta última tiene su propia etiología, y en verdad hay que confesar que con estas constelaciones no estamos lo bastante familiarizados. Es que sólo ahora se han convertido en asunto del estudio analítico. Me parece que en este campo el interés de los analistas en modo alguno tiene el enfoque correcto. En vez de indagar cómo se produce la curación por el análisis, cosa que yo considero suficientemente esclarecida, el planteo del problema debería referirse a los impedimentos que obstan a la curación analítica.

En este contexto, me gustaría abordar dos problemas que brotan de manera directa de la práctica analítica, como habrán de mostrarlo los siguientes ejemplos. Un hombre que ha ejercido él mismo el análisis con gran éxito juzga que su relación con el hombre y con la mujer —con los hombres que son sus competidores y con la mujer a quien ama— no está, empero, exenta de estorbos neuróticos, y por eso se hace objeto analítico de otro a quien considera superior a él.⁷ Este alumbramiento crítico de su persona propia le trae pleno éxito. Desposa a la mujer amada y se convierte en el amigo y el maestro de los presuntos rivales. Así pasan varios años, en los que permanece también imperturbado el vínculo con su antiguo analista. Pero luego, sin ocasión externa registrable, sobreviene una perturbación. El analizado entra en oposición con el analista, le reprocha haber omitido brindarle un análisis integral *{vollständig}*. Es que habría debido saber, y debió tenerlo en cuenta, que un vínculo trasferencial nunca puede ser meramente positivo; tendría que haber hecho caso de la posibilidad de una transferencia negativa. El analista se disculpa diciendo que en la época del análisis no se notaba nada de una transferencia negativa. Pero aun suponiendo que hubiera descuidado unos levisimos indicios de esta última —lo cual no estaría excluido, dada la estrechez del horizonte en aquella temprana época del análisis—, seguiría siendo dudoso que tuviera el poder de activar por su mero señalamiento un tema o, como dice, un «complejo», mientras este no fuera actual en el paciente

⁷ [Según Ernest Jones, alude aquí a Ferenczi, quien fue analizado por Freud durante tres semanas en octubre de 1914 y por otras tres (a razón de dos sesiones diarias) en junio de 1916. Cf. Jones, 1957, pág. 158, y 1955, págs. 195 y 213. Véase también la nota necrológica que escribió Freud (1933c) en ocasión de la muerte de Ferenczi (*AE*, 22, pág. 227).]

mismo. Para ello, sin duda habría necesitado **emprender** alguna acción contra el paciente, una acción inamistosa en el sentido objetivo. Y además, no toda buena relación entre analista y analizado, en el curso del análisis y después de él, ha de ser estimada como una trasferencia. Existen también —siguió diciendo el analista— vínculos amistosos de fundamento objetivo y que demuestran ser viables.

Agrego enseguida el segundo ejemplo, que plantea el mismo problema. Una señorita mayor está desde su pubertad aquejada de una incapacidad para caminar a consecuencia de unos fuertes dolores en las piernas, lo cual la ha apartado de la vida corriente. El estado, de evidente naturaleza histérica, ha desafiado a muchos tratamientos; una cura analítica de tres trimestres lo elimina y devuelve a esta persona capaz y valiosa sus derechos a participar de la vida. Los años que siguen a la curación no aportan nada bueno: hay catástrofes en la familia, pérdida de la fortuna, y, con lo avanzado de la edad, se esfuma toda perspectiva de dicha amorosa y casamiento. Pero la ex enferma todo lo soporta con valentía y en tiempos difíciles obra como un sostén para los suyos. Ya no sé si doce o catorce años después de terminado el tratamiento, unas profusas hemorragias hicieron necesario el examen ginecológico. Se halló un mioma, que justificaba la extirpación total del útero. Desde esta operación la señorita volvió a enfermar. Se enamoró del cirujano; se regodeaba en fantasías masoquistas sobre las terribles alteraciones producidas en su interior, con las cuales escondía su novela de amor; probó ser inasequible para un nuevo intento analítico y hasta el final de su vida ya no volvió a ser normal. Aquel exitoso tratamiento es tan remoto que no es lícito hacerle grandes demandas: corresponde a los primeros años de mi actividad analítica. Comoquiera que sea, es posible que la segunda contracción de enfermedad brotara de la misma raíz que la primera, felizmente superada; que fuera una expresión alterada de las mismas mociones reprimidas que en el análisis sólo habían hallado una tramitación imperfecta {*unvollkommen*}. Pero yo me inclino a creer que sin el nuevo trauma no se habría llegado al estallido más reciente de la neurosis.

Estos dos casos, que he escogido adrede entre muchos otros semejantes, han de bastar para iniciar la discusión sobre nuestros temas. Escépticos, optimistas, ambiciosos, los valorarán de manera por entero diversa. Los primeros dirán que así quedó probado: ni siquiera 'un tratamiento analítico exitoso protege a la persona por el momento cu-

rada de contraer luego otra neurosis, y hasta una neurosis de la misma raíz pulsional, vale decir, en verdad, un retorno del antiguo padecer. Los otros no darán por aportada esa prueba. Objetarán que ambas experiencias provenían de las épocas tempranas del análisis, veinte y treinta años atrás. Desde entonces —argüirán— nuestras intenciones se han profundizado y ensanchado, y nuestra técnica se ha alterado en consonancia con las nuevas conquistas. Hoy sí sería lícito pedir y esperar que una curación analítica demostrara ser duradera o, al menos, que una afección más reciente no se revelara como reanimación de la perturbación pulsional anterior dentro de nuevas formas expresivas. La experiencia —concluirán— no nos constriñe a limitar de una manera tan sustancial los reclamos hechos a nuestra terapia.

Desde luego, he escogido aquellas dos observaciones por ser muy distantes en el tiempo. Bien se entiende que, mientras más reciente sea el éxito del tratamiento, menos se prestará para nuestras reflexiones, pues no tenemos medio alguno de prever el destino ulterior de una curación. Es manifiesto que las expectativas de los optimistas presuponen muchas cosas en modo alguno evidentes: en primer lugar, que es perfectamente posible tramitar de manera definitiva y para todo tiempo un conflicto pulsional (mejor: un conflicto del yo con una pulsión); en segundo lugar, que, mientras se trata a un hombre a raíz de un conflicto pulsional, es hacedero vacunarle, por así decir, contra todas las posibilidades de conflicto semejantes; y, en tercer lugar, que uno tiene el poder de despertar, con el fin de realizar un tratamiento profiláctico, un conflicto patógeno así, el cual por el momento no se denuncia en indicio alguno, y que es sabio obrar de ese modo. Yo formulo estas cuestiones sin pretender responderlas en el presente. Es que quizá nos resulte imposible dar por ahora una respuesta cierta.

Es probable que unas reflexiones teóricas nos permitan contribuir en algo para su apreciación. Pero otra cosa se nos ha vuelto clara desde ahora: el camino para cumplimentar esas demandas acrecentadas que se dirigen a la cura analítica no lleva al acortamiento de su duración o no pasa por este atajo.

III

Una experiencia analítica que ya tiene varias décadas y un cambio sobrevenido en la modalidad de mi quehacer me alientan a ensayar la respuesta a las preguntas planteadas. En épocas anteriores me veía frente a una mayoría de pacientes que, como es natural, esforzaban hacia una tramitación rápida; en los últimos años me dediqué de manera prevaleciente a los análisis didácticos, y un número proporcionalmente menor de enfermos graves siguió conmigo un tratamiento continuado, si bien interrumpido por pausas más o menos largas. En estos últimos, la meta terapéutica había devenido otra. No entraba en cuenta una abreviación de la cura; el propósito era producir un agotamiento radical de las posibilidades de enfermedad y una alteración profunda de la persona.

De los tres factores que hemos reconocido como decisivos para las posibilidades de la terapia analítica —influjo de traumas, intensidad constitucional de las pulsiones, alteración del yo— nos interesa aquí sólo el del medio, la intensidad de las pulsiones. La más somera reflexión nos sugiere la duda sobre si es indispensable la limitación que introduce el atributo «constitucional» (o «congénita»). Por decisivo que sea desde todo comienzo el factor constitucional, es empero concebible que un refuerzo pulsional sobrevenido más tarde en la vida exteriorice los mismos efectos. Habría, pues, que modificar la fórmula: intensidad pulsional «por el momento», en lugar de «constitucional». La primera de nuestras cuestiones rezaba: ¿Es posible tramitar de manera duradera y definitiva, mediante la terapia analítica, un conflicto de la pulsión con el yo o una demanda pulsional patógena dirigida al yo? Acaso no sea ocioso, para evitar malentendidos, puntualizar con más precisión lo que ha de entenderse por la frase «tramitación duradera de una exigencia pulsional». No es, por cierto, que se la haga desaparecer de suerte que nunca más dé noticias de ella. Esto es en general imposible, y tampoco sería deseable. No, queremos significar otra cosa, que en términos aproximados se puede designar como el «domeñamiento»⁸ de la pulsión: esto quiere decir que la pulsión es

⁸ [«*Bändigung*»]. Freud utilizó esta palabra, entre otros lugares, en «El problema económico del masoquismo» (1924c), *AE*, 19, pág. 170; allí lo hizo para enunciar que la mezcla de la libido con la pulsión de muerte torna inocua a esta última. Mucho antes, en el «Proyecto de psicología» de 1895 (Freud, 1950a), *AE*, 1, pág. 430,

admitida en su totalidad dentro de la armonía del yo, es asequible a toda clase de influjos por las otras aspiraciones que hay en el interior del yo, y ya no sigue más su camino propio hacia la satisfacción. Si se pregunta por qué derroteros y con qué medios acontece ello, no es fácil responder. Uno no puede menos que decirse: «Entonces es preciso que intervenga la bruja».⁹ La bruja metapsicología, quiere decir. Sin un especular y un teorizar metapsicológicos —a punto estuve de decir: fantasear— no se da aquí un solo paso adelante. Por desgracia, los informes de la bruja tampoco esta vez son muy claros ni muy detallados. Tenemos sólo un punto de apoyo —si bien inestimable—: la oposición entre proceso primario y secundario, y a este he de remitir aquí.

Si ahora regresamos a la primera pregunta, hallamos que nuestro nuevo punto de vista nos impone una precisa decisión. Aquella indagaba si es posible tramitar de manera duradera y definitiva cierto conflicto pulsional, o sea, «domeñar» de esa manera la exigencia pulsional. En este planteo del problema, la intensidad pulsional ni se menciona, pero justamente de ella depende el desenlace. Partamos de que el análisis no consigue en el neurótico más de lo que el sano lleva a cabo sin ese auxilio. Ahora bien, en el sano, como lo enseña la experiencia cotidiana, toda decisión de un conflicto pulsional vale sólo para una determinada intensidad de la pulsión; mejor dicho, sólo es válida dentro de una determinada relación entre robustez de la pulsión y robustez del yo.¹⁰ Si esta última se relaja, por enfermedad, agotamiento, etc., todas las pulsiones domeñadas con éxito hasta entonces volverán a presentar de nuevo sus títulos y pueden aspirar a sus satisfacciones sustitutivas por caminos anormales.¹¹ La prueba irrefutable de ello la pro-

la había empleado para designar el proceso por el cual los recuerdos penosos, a raíz de la intervención del yo, dejan de portar afecto.]

⁹ [Goethe, *Fausto*, parte I, escena 6.]

¹⁰ Rectificado por prurito de exactitud: para un cierto campo de esta relación.

¹¹ Sirva esto para justificar el valor etiológico de factores tan inespecíficos como el exceso de trabajo, el efecto de «choques», etc., que gozaron siempre de universal reconocimiento y que justamente el psicoanálisis debió empujar a un segundo plano. Es que la salud sólo se puede describir en términos metapsicológicos, por referencia a unas proporciones de fuerzas entre las instancias del aparato anímico por nosotros discernidas, o, si se prefiere, inferidas, conjeturadas. [Desde los primeros tiempos, Freud menospreció la importancia etiológica que tienen para las neurosis factores tales como el exceso de trabajo; véase el Manuscrito A (que probablemente date de 1892) en la correspondencia con Fliess (Freud, 1950a), AE, 1, pág. 216.]

porciona ya el sueño nocturno, que frente al acomodamiento del yo para dormir reacciona con el despertar de las exigencias pulsionales.

Tampoco da lugar a dudas el material del otro lado [la intensidad pulsional]. Por dos veces en el curso del desarrollo individual emergen refuerzos considerables de ciertas pulsiones: durante la pubertad y, en la mujer, cerca de la menopausia. En nada nos sorprende que personas que antes no eran neuróticas devengan tales hacia esas épocas. El domeñamiento de las pulsiones, que habían logrado cuando estas eran de menor intensidad, fracasa ahora con su refuerzo. Las represiones se comportan como unos diques contra el esfuerzo de asalto {*Andrang*} de las aguas. Lo mismo que producen aquellos dos refuerzos pulsionales puede sobrevenir de manera irregular en cualquier otra época de la vida por obra de influjos accidentales. Se llega a refuerzos pulsionales en virtud de nuevos traumas, frustraciones impuestas, influjos colaterales recíprocos de las pulsiones. El resultado es en todos los casos el mismo y confirma el poder incontrastable del factor cuantitativo en la causación de la enfermedad.

En este punto tengo la impresión de que debería avergonzarme por todas estas trabajosas elucidaciones, ya que lo que ellas dicen es algo hace mucho consabido y evidente. Y, en efecto, siempre nos hemos comportado como si lo supiéramos; sólo que en nuestras representaciones teóricas las más de las veces hemos omitido tomar en cuenta el punto de vista *económico* en la misma medida que el *dinámico* y el *tópico*. Mi disculpa es, pues, advertir así sobre esa omisión.¹²

Ahora bien, antes que nos decidamos por cierta respuesta a nuestra pregunta, hemos de atender a una objeción cuya fuerza consiste en que probablemente nos tenga ganados de antemano. Ella dice que todos nuestros argumentos han sido derivados de los procesos espontáneos entre el yo y la pulsión, y presuponen que la terapia analítica no puede hacer nada que no acontecería por sí solo en condiciones normales, favorables. Pero, ¿es efectivamente así? ¿Acaso nuestra teoría no reclama para sí el título de producir un estado que nunca preexistió de manera espontánea en el interior del yo, y cuya neo-creación constituye la diferencia esencial entre el hombre analizado y el no ana-

¹² [Esta misma argumentación fue desarrollada con particular claridad, y con un lenguaje menos técnico, en *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (1926e), *AE*, 20, págs. 226-7.]

lizado? Veamos en qué se basa ese título. Todas las represiones acontecen en la primera infancia; son unas medidas de defensa primitivas del yo inmaduro, endeble. En años posteriores no se consuman represiones nuevas, pero son conservadas las antiguas, y el yo recurre en vasta medida a sus servicios para gobernar las pulsiones. En nuestra terminología, los conflictos nuevos son tramitados por una «pos-represión» {«*Nachverdrängung*»}.¹³ Acerca de las represiones infantiles, acaso valga lo que hemos sostenido con carácter universal, a saber: que dependen enteramente de la proporción relativa entre las fuerzas y no son capaces de sostenerse frente a un acrecentamiento de la intensidad de las pulsiones. Y bien, el análisis hace que el yo madurado y fortalecido emprenda una revisión de estas antiguas represiones; algunas serán liquidadas y otras reconocidas, pero a estas se las edificará de nuevo sobre un material más sólido. Estos nuevos diques tienen una consistencia por entero diversa que los anteriores; es lícito confiar en que no cederán tan fácil a la pleamar del acrecentamiento de las pulsiones. La rectificación, con posterioridad {*nachträglich*}, del proceso represivo originario, la cual pone término al hiperpoder del factor cuantitativo, sería entonces la operación genuina de la terapia analítica.

Hasta ahí nuestra teoría, a la que no podemos renunciar si no media una compulsión irrecusable. ¿Y qué dice la experiencia sobre esto? Quizá no sea todavía lo bastante abarcadora para pronunciar una decisión segura. Asaz a menudo corrobora nuestras expectativas, pero no siempre. Uno tiene la impresión de que no habría derecho a sorprenderse si, al cabo, resultara que el distingo entre el no analizado y la conducta ulterior del analizado no es tan radical como lo ambicionamos, esperamos y afirmamos. Según eso, el análisis lograría, sí, muchas veces, desconectar el influjo del refuerzo pulsional, pero no lo conseguiría de manera regular. O bien su efecto se limitaría a elevar la fuerza de resistencia de las inhibiciones, de suerte que tras el análisis ellas estarían a la altura de unos reclamos mucho más intensos que antes de él o sin él. Realmente no me atrevo a formular aquí decisión alguna, y tampoco sé si ella es posible por el momento.

Pero hay otro ángulo desde el cual aproximarse al entendimiento de este efecto inconstante del análisis. Sabe-

¹³ [Cf. «La represión» (1915d), *AE*, 14, pág. 143, donde el término empleado (como en otras obras de Freud en ese período) es, empero, «*Nachdrängen*» {«esfuerzo de dar caza»}.]

mos que el primer paso hacia el dominio intelectual del mundo circundante en que vivimos es hallar universalidades, reglas, leyes, que pongan orden en el caos. Mediante ese trabajo simplificamos el mundo de los fenómenos, pero no podemos evitar el falsearlo también, en particular cuando se trata de procesos de desarrollo y trasmutación. Nos interesa asir un cambio cualitativo, y para hacerlo solemos descuidar, al menos en un principio, un factor cuantitativo. En la realidad objetiva, las transiciones y las etapas intermedias son mucho más frecuentes que los estados opuestos por separaciones tajantes. En el caso de desarrollos y mudanzas, nuestra atención se dirige sólo al resultado; tendemos a omitir que tales procesos de ordinario se consuman de manera más o menos imperfecta, o sea que en el fondo son propiamente unas alteraciones sólo parciales. El agudo satírico del viejo imperio austríaco, Johann Nestroy, manifestó cierta vez: «Todo progreso nunca es sino la mitad de grande de lo que al comienzo se esperaba».¹⁴ Uno estaría tentado de atribuir validez universal a esta maliciosa sentencia. Casi siempre hay fenómenos residuales, un retraso parcial. Si el dadivoso mecenas nos sorprende con un rasgo aislado de mezquindad, si el hiperbueno se deja llevar de pronto a una acción hostil, he ahí unos «fenómenos residuales» inapreciables para la investigación genética. Nos muestran que aquellas loables y valiosas cualidades descansan sobre una compensación y sobrecompensación, que, como era de suponer, no han cuajado por entero, no han cuajado en la plenitud de su monto. En nuestra primera descripción del desarrollo libidinal dijimos que una fase oral originaria deja sitio a la fase sádico-anal, y esta a la fálico-genital; la investigación ulterior no lo ha contradicho, pero ha agregado, a modo de enmienda, que estas sustituciones no se producen de manera repentina, sino poco a poco, de suerte que en cada momento unos fragmentos de la organización anterior persisten junto a la más reciente, y aun en el caso del desarrollo normal la trasmutación nunca acontece de modo integral *{vollständig}*; por eso, en la plasmación definitiva pueden conservarse unos restos de las fijaciones libidinales anteriores. Vemos lo mismo en ámbitos totalmente diversos. De las supuestamente superadas supersticiones y creencias erróneas de la humanidad, no hay ninguna de la que no pervivan restos hoy entre nosotros, en los estratos más bajos de los pueblos civilizados o aun

¹⁴ [Esta misma observación de Nestroy había sido citada en *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (1926e), *AE*, 20, pág. 181.]

en los estamentos superiores de la sociedad culta. Una vez que algo ha nacido a la vida, sabe afirmarse con tenacidad. Uno a menudo dudaría de que los dragones del tiempo primordial se hayan extinguido realmente.

Apliquemos lo dicho a nuestro caso; opino que la respuesta a la pregunta sobre cómo se explica la inconstancia de nuestra terapia analítica bien podría ser esta: No hemos alcanzado siempre en toda su extensión, o sea, no lo bastante a fondo, nuestro propósito de sustituir las represiones permeables por unos dominios *{Bewältigung}* confiables y acordes al yo. La trasmudación se consigue, pero a menudo sólo parcialmente; sectores del mecanismo antiguo permanecen intocados por el trabajo analítico. Es difícil probar que en efecto sea así; para apreciarlo no poseemos otro camino que el resultado mismo que es preciso explicar. Ahora bien, las impresiones que uno recibe en el curso del trabajo analítico no contradicen nuestro supuesto; por el contrario, parecen corroborarlo. Sólo que no debe tomarse la claridad de nuestra propia intelección como medida del convencimiento que despertamos en el analizado. Acaso le falte «profundidad», podemos decir; se trata siempre del factor cuantitativo, que tanto se descuida. Si esta es la solución, cabe afirmar que el título reivindicado por el análisis, de que él cura las neurosis asegurando el gobierno sobre lo pulsional, es siempre justo en la teoría, pero no siempre lo es en la práctica. Y ello porque no siempre consigue asegurar en medida suficiente las bases para el gobierno sobre lo pulsional. Es fácil descubrir la razón de este fracaso parcial. El factor cuantitativo de la intensidad pulsional se había contrapuesto en su momento a los empeños defensivos del yo; por eso debimos recurrir al trabajo analítico, y ahora aquel mismo factor pone un límite a la eficacia de este nuevo empeño. Dada una intensidad pulsional hipertrófica, el yo madurado y sustentado por el análisis fracasa en la tarea de manera semejante a lo que antes le ocurriera al yo desvalido; el gobierno sobre lo pulsional mejora, pero sigue incompleto, porque la trasmudación del mecanismo de defensa ha sido imperfecta. Nada hay de asombroso en ello, pues el análisis no trabaja con recursos ilimitados, sino restringidos, y el resultado final depende siempre de la proporción relativa entre las fuerzas de las instancias en recíproca lucha.

Es sin duda deseable abreviar la duración de una cura analítica, pero el camino para el logro de nuestro propósito terapéutico sólo pasa por el robustecimiento del auxilio que pretendemos aportar con el análisis al yo. El influjo hipnó-

tico parecía ser un destacado medio para nuestro fin; es bien conocida la razón por la cual debemos renunciar a él. Hasta ahora no se ha hallado un sustituto de la hipnosis. Desde este punto de vista uno comprende los empeños terapéuticos, vanos por desdicha, a que un maestro del análisis como Ferenczi consagró los últimos años de su vida.

IV

Las dos cuestiones subsiguientes —si durante el tratamiento de un conflicto pulsional uno puede proteger al paciente de conflictos futuros, y si es realizable y acorde al fin despertar con fines profilácticos un conflicto pulsional no manifiesto por el momento— deben tratarse juntas, pues es evidente que la primera tarea sólo se puede solucionar si se resuelve la segunda, vale decir, si uno muda en conflicto actual, y somete a su influjo, el conflicto posible en el futuro. Este nuevo planteo del problema no es en el fondo sino continuación del anterior. Si antes se trataba de prevenir el retorno del *mismo* conflicto, ahora se trata de su posible sustitución por otro. Lo que así se emprende suena muy ambicioso, pero uno sólo quiere tener en claro los límites con que tropieza la capacidad de operación de una terapia analítica.

Por atractivo que resulte para la ambición terapéutica plantearse semejantes tareas, la experiencia nos ha preparado un rotundo rechazo. Si un conflicto pulsional no es actual, no se exterioriza, es imposible influir sobre él mediante el análisis. La advertencia de no despertar a los perros dormidos, que tan a menudo se opone a nuestros empeños por explorar el mundo psíquico subterráneo, es particularmente ociosa respecto de las constelaciones de la vida anímica. En efecto, si las pulsiones crean perturbaciones, eso es prueba de que los perros no están dormidos; y si en efecto parecen dormir, no está en nuestro poder despertarlos. Esta última afirmación, sin embargo, no parece del todo acertada; reclama un examen más detallado. Reflexionemos sobre los medios que poseemos para volver actual un conflicto pulsional latente por el momento. Es evidente que sólo dos cosas podemos hacer: producir situaciones donde devenga actual, o conformarse con hablar de él en el análisis, señalar su posibilidad. El primer propósito puede ser alcanzado por dos diversos caminos: primero, dentro de la realidad objetiva, y segundo, dentro de la trasfere-

cia, exponiendo al paciente en ambos casos a cierta medida de padecer objetivo mediante frustración y estasis libidinal. Ahora bien, es cierto que ya en el ejercicio corriente del análisis nos servimos de una técnica así. Si no, ¿cuál sería el sentido del precepto según el cual el análisis tiene que ejecutarse «en la frustración» {*Versagung*, «denegación»}?¹⁵ Pero esa es una técnica para el tratamiento de un conflicto ya actual. Buscamos agudizar ese conflicto, llevarlo a su plasmación más neta para acrecentar la fuerza pulsional que habrá de solucionarlo. La experiencia analítica nos ha mostrado que lo mejor es enemigo de lo bueno, que en cada fase del restablecimiento tenemos que luchar con la inercia del paciente, quien está pronto a conformarse con una tramitación imperfecta.

Pero si procuramos un tratamiento profiláctico de conflictos pulsionales no actuales, sino meramente posibles, no bastará regular un padecer presente e inevitable; habrá que resolverse a llamar a la vida un padecer nuevo, cosa que hasta hoy acertadamente se dejó librada al destino. De todas partes le advertirían a uno contra la temeridad de entrar en competencia con el destino mediante unos experimentos tan crueles con las pobres criaturas humanas. ¿Y de qué índole serían tales intentos? ¿Puede uno, al servicio de la profilaxis, hacerse responsable por destruir un matrimonio satisfactorio, o por imponer la renuncia a un empleo del que obtiene el analizado la seguridad de su sustento? Por suerte, nunca se llega a la situación de reflexionar siquiera sobre la legitimidad de tales intervenciones en la vida real; es que en modo alguno está uno facultado a efectuarlas, y el individuo que es objeto de ese experimento terapéutico ciertamente no lo aceptaría. Así pues, semejante cosa está poco menos que excluida en la práctica; por su parte, la teoría tiene otras objeciones que hacerle. En efecto, el trabajo analítico se cumple de manera óptima cuando las vivencias patógenas pertenecen al pasado, de suerte que el yo pudo ganar distancia de ellas. En estados de crisis aguda, el análisis es poco menos que inutilizable. En tal caso, todo interés del yo será reclamado por la dolorosa realidad objetiva y se rehusará al análisis, que pretende penetrar tras esa superficie y poner en descubierto los influjos del pasado. Así, crear un conflicto fresco no haría más que prolongar y dificultar el trabajo analítico.

¹⁵ [Cf. «Puntualizaciones sobre el amor de transferencia» (1915a), *AE*, **12**, pág. 168, y «Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica» (1919a), *AE*, **17**, págs. 158 y sigs.]

Se objetará que estas elucidaciones son de todo punto ociosas. Nadie piensa en crear la posibilidad de tratar el conflicto pulsional latente convocando, de manera deliberada, una nueva situación de padecer. Y no sería ese, por lo demás, un glorioso logro profiláctico. También se dirá, por ejemplo, que si bien una escarlatina deja inmunidad para el retorno de esa misma enfermedad, no por eso se les ocurre a los internistas infectar con escarlatina a un sano, que tiene la posibilidad de padecerla, a fin de obtener aquella garantía. A la acción protectora no le está permitido producir idéntica situación de peligro que la enfermedad misma, sino sólo una de peligro mucho menor, tal como se la consigue con la vacunación antivariólica y muchos otros procedimientos. Por tanto, en una profilaxis de los conflictos pulsionales sólo entrarían en cuenta los otros dos métodos: la producción artificial de conflictos nuevos dentro de la transferencia, a los que les faltará el carácter de la realidad objetiva, y el despertar tales conflictos en la representación del analizado hablando de ellos y familiarizándolo con su posibilidad.

Yo no sé si es lícito aseverar que el primero de estos dos procedimientos más benignos sería totalmente inaplicable en el análisis. Faltan para ello indagaciones especiales. Lo cierto es que al punto emergen dificultades que no hacen aparecer muy promisoría la empresa. En primer lugar, que se está muy limitado en la selección de tales situaciones para la transferencia. El analizado mismo no puede colocar todos sus conflictos dentro de la transferencia; y tampoco el analista puede, desde la situación transferencial, despertar todos los conflictos pulsionales posibles del paciente. Tal vez, por ejemplo, le dé celos o le haga vivenciar desencantos de amor, mas para ello no hace falta ningún propósito técnico. Tales cosas sobrevienen de todos modos, espontáneamente, en la mayoría de los análisis. En segundo lugar, no se olvide que todas esas escenificaciones necesitan de unas acciones inamistosas hacia el analizado, y mediante ellas uno daña la actitud tierna hacia el analista, la transferencia positiva, que es el motivo más poderoso para la participación del analizado en el trabajo analítico en común. Por tanto, no sería lícito esperar demasiado de este procedimiento.

Sólo resta, entonces, aquel camino que es probable que haya sido el único originariamente considerado. Uno le cuenta al paciente sobre las posibilidades de otros conflictos pulsionales y despierta su expectativa de que tales cosas podrían suceder también en él. Ahora bien, uno espera que

tal comunicación y advertencia tendrá por resultado activar en el paciente uno de los conflictos indicados, en una medida moderada, aunque suficiente para el tratamiento. Pero esta vez la experiencia da una respuesta unívoca. El resultado que se esperaba no comparece. El paciente escucha, sí, la nueva, pero no hay eco alguno. Acaso piense entre sí: «Esto es muy interesante, pero no registro nada de eso». Uno ha aumentado el saber del paciente, sin alterar nada más en él. El caso es más o menos el mismo que el de la lectura de escritos psicoanalíticos. El lector sólo se «emocionará» con aquellos pasajes en los que se sienta tocado, vale decir, que afecten los conflictos eficaces en su interior por el momento. Todo lo demás lo dejará frío. Opino que es posible hacer experiencias análogas si se dan esclarecimientos sexuales a niños. Lejos estoy de afirmar que sea este un proceder dañino o superfluo, pero es evidente que se ha sobrestimado en mucho el efecto profiláctico de estas liberales prevenciones. Los niños saben ahora algo que antes ignoraban, pero no atinan a nada con las nuevas noticias que les regalaron. Uno se convence de que ni siquiera están prontos a sacrificar tan rápido aquellas teorías sexuales —uno diría: naturales— que ellos han formado en acuerdo con su organización libidinal imperfecta y en dependencia de esta: el papel de la cigüeña, la naturaleza del comercio sexual, la manera en que los niños vienen al mundo. Todavía largo tiempo después de haber recibido el esclarecimiento sexual se comportan como los primitivos a quienes se les ha impuesto el cristianismo y siguen venerando en secreto a sus viejos ídolos.¹⁶

V

Comenzamos averiguando cómo se podría abreviar la duración fatigosamente larga de un tratamiento analítico, y luego, guiados siempre por nuestro interés en las relaciones de tiempo, hemos pasado a preguntarnos si se puede alcanzar una curación duradera y si mediante un tratamiento profiláctico es posible prevenir enfermedades futuras. Así llegamos a discernir como decisivos para el éxito de nuestro empeño terapéutico los influjos de la etiología traumática,

¹⁶ [Compárense estas reflexiones con las más espontáneas contenidas en un trabajo anterior, «El esclarecimiento sexual del niño» (1907c).]

la intensidad relativa de las pulsiones que es preciso gobernar, y algo que llamamos alteración del yo. [Cf. pág. 227.] Sólo consideramos en detalle el segundo de esos factores, y al hacerlo tuvimos ocasión de reconocer la sobresaliente importancia del factor cuantitativo y de insistir en los títulos con que cuenta el abordaje metapsicológico para cualquier intento de explicación.

Acerca del tercer factor, la alteración del yo, no hemos manifestado nada todavía. Si nos volvemos hacia él, recibimos como primera impresión que hay aquí mucho por preguntar y por responder, y lo que tenemos para decir demostrará ser asaz insuficiente. Esta primera impresión se sostiene aun luego de habernos ocupado más del problema. Como es sabido, la situación analítica consiste en aliarnos nosotros con el yo de la persona objeto a fin de someter sectores no gobernados de su ello, o sea, de integrarlos en la síntesis del yo. El hecho de que una cooperación así fracase comúnmente con el psicótico ofrece un punto firme para nuestro juicio. El yo, para que podamos concertar con él un pacto así, tiene que ser un yo normal. Pero ese yo normal, como la normalidad en general, es una ficción ideal. El yo *anormal*, inutilizable para nuestros propósitos, no es por desdicha una ficción. Cada persona normal lo es sólo en promedio, su yo se aproxima al del psicótico en esta o aquella pieza, en grado mayor o menor, y el monto del distanciamiento respecto de un extremo de la serie y de la aproximación al otro nos servirá provisionalmente como una medida de aquello que se ha designado, de manera tan imprecisa, «alteración del yo».

Si preguntamos de dónde provienen las modalidades y los grados, tan diversos, de la alteración del yo, he aquí la inevitable alternativa que se presenta: son originarios o adquiridos. El segundo caso será más fácil de tratar. Si se los ha adquirido, fue sin duda en el curso del desarrollo desde las primeras épocas de la vida. Desde el comienzo mismo, en efecto, el yo tiene que procurar el cumplimiento de su tarea, mediar entre su ello y el mundo exterior al servicio del principio de placer, precaver al ello de los peligros del mundo exterior. Si en el curso de este empeño aprende a adoptar una actitud defensiva también frente al ello propio, y a tratar sus exigencias pulsionales como peligros externos, esto acontece, al menos en parte, porque comprende que la satisfacción pulsional llevaría a conflictos con el mundo exterior. El yo se acostumbra entonces, bajo el influjo de la educación, a trasladar el escenario de la lucha de afuera hacia adentro, a dominar el peligro *interior* antes que

haya devenido un peligro *exterior*, y es probable que las más de las veces obre bien haciéndolo. Durante esta lucha en dos frentes —más tarde se agregará un tercer frente—,¹⁷ el yo se vale de diversos procedimientos para cumplir su tarea, que, dicho en términos generales, consiste en evitar el peligro, la angustia, el displacer. Llamamos «*mecanismos de defensa*» a estos procedimientos. No nos resultan todavía consabidos de manera exhaustiva. Un trabajo publicado por Anna Freud (1936) nos ha permitido echar una primera mirada a su diversidad y su multilateral intencionalidad {*Bedeutung*}.

De uno de esos mecanismos, la represión {esfuerzo de desalojo y suplantación}, ha partido el estudio de los procesos neuróticos en general. Nunca se dudó de que la represión no es el único procedimiento de que dispone el yo para sus propósitos. Empero, es algo particularísimo, separado de los otros mecanismos de manera más tajante que estos entre sí. Querría patentizar su relación con ellos por medio de una comparación, pero bien sé que en estos campos las comparaciones no nos llevan muy lejos. Piénsese, pues, en los posibles destinos de un libro en la época en que todavía no se hacían ediciones impresas, sino que se los copiaba uno por uno; y que uno de estos libros contuviera referencias que en épocas posteriores se consideraron indeseadas —tal como, según Robert Eisler (1929), los escritos de Flavio Josefo debieron de contener pasajes sobre Jesucristo chocantes para la posterior cristiandad—. La censura oficial de nuestros días no emplearía otro mecanismo de defensa que la confiscación y destrucción de cada ejemplar de la edición entera. En aquella época se utilizaban métodos diversos para volver inocuo el libro. O bien los pasajes chocantes se tachaban con un trazo grueso, de suerte que se volvían ilegibles, y, si después no se los reescribía, el siguiente copista del libro brindaba un texto irreprochable, pero lagunoso en algunos pasajes y quizás ininteligible ahí. O bien, no conformes con ello, querían evitar también el indicio de la mutilación del texto; procedíase entonces a desfigurar {dislocar} el texto. Se omitían algunas palabras o se las sustituía por otras, se interpolaban frases nuevas; lo mejor era suprimir todo el pasaje e insertar en su lugar otro, que quería decir exactamente lo contrario. El copista siguiente del libro podía producir entonces un texto insospechable, pero que estaba falsificado; ya no contenía lo que el autor había querido comunicar, y muy probable-

¹⁷ [Referencia indirecta al superyó.]

mente las correcciones introducidas no se orientaban en el sentido de la verdad.

Si no se establece la comparación en términos demasiado estrictos, se puede decir que la represión es a los otros métodos de defensa como la omisión a la desfiguración del texto, y en las diversas formas de esta falsificación puede uno hallar analogías para las múltiples variedades de la alteración del yo. Alguien podría objetar que esta comparación falla en un punto esencial, pues la desfiguración del texto es obra de una censura tendenciosa, de la que el desarrollo yoico no muestra ningún correspondiente; pero no hay tal, pues esa tendencia está subrogada en vasta medida por la compulsión del principio de placer. El aparato psíquico no tolera el displacer, tiene que defenderse de él a cualquier precio, y si la percepción de la realidad objetiva trae displacer, ella —o sea, la percepción— tiene que ser sacrificada. Contra el peligro exterior, uno puede encontrar socorro durante un tiempo en la huida y la evitación de la situación peligrosa, hasta adquirir fortaleza bastante para cancelar la amenaza mediante una alteración activa de la realidad objetiva. Pero de sí mismo uno no puede huir; contra el peligro interior no vale huida alguna, y por eso los mecanismos de defensa del yo están condenados a falsificar la percepción interna y a posibilitarnos sólo una noticia deficiente y desfigurada de nuestro ello. El yo queda entonces, en sus relaciones con el ello, paralizado por sus limitaciones o enceguecido por sus errores, y el resultado en el acontecer psíquico será por fuerza el mismo que si un peregrino no conociera la comarca por la que anda y no tuviera vigor para la marcha.

Los mecanismos de defensa sirven al propósito de apartar peligros. Es incuestionable que lo consiguen; es dudoso que el yo, durante su desarrollo, pueda renunciar por completo a ellos, pero es también seguro que ellos mismos pueden convertirse en peligros. Muchas veces el resultado es que el yo ha pagado un precio demasiado alto por los servicios que ellos le prestan. El gasto dinámico que se requiere para solventarlos, así como las limitaciones del yo que conllevan casi regularmente, demuestran ser unos pesados lastres para la economía psíquica. Y, por otra parte, estos mecanismos no son resignados después que socorrieron al yo en los años difíciles de su desarrollo. Desde luego que cada persona no emplea todos los mecanismos de defensa posibles, sino sólo cierta selección de ellos, pero estos se fijan en el interior del yo, devienen unos modos regulares de reacción del carácter, que durante toda la vida se repiten

tan pronto como retorna una situación parecida a la originaria. Así pasan a ser infantilismos, comparten el destino de tantas instituciones que se afanan en conservarse cuando ha pasado la época de su idoneidad. «La razón para en locura, la obra de bien en azote», según la queja del poeta.¹⁸ El yo fortalecido del adulto sigue defendiéndose de unos peligros que ya no existen en la realidad objetiva, y aun se ve esforzado a rebuscar aquellas situaciones de la realidad que puedan servir como sustitutos aproximados del peligro originario, a fin de justificar su aferramiento a los modos habituales de reacción. Bien se entiende, pues, que los mecanismos de defensa, mediante una enajenación respecto del mundo exterior, que gana más y más terreno, y mediante un debilitamiento permanente del yo, preparen y favorezcan el estallido de la neurosis.

Pero en este momento nuestro interés no se dirige al papel patógeno de los mecanismos de defensa; queremos indagar cómo influye sobre nuestro empeño terapéutico la alteración del yo que les corresponde. El ya citado libro de Anna Freud proporciona el material para responder esta pregunta. Lo esencial respecto de esto es que el analizado repite tales modos de reacción aun durante el trabajo analítico, los muestra a nuestros ojos, por así decir; en verdad, sólo por esa vía tomamos noticia de ellos. No queremos decir con esto que imposibiliten el análisis. Más bien, conforman una mitad de nuestra tarea analítica. La otra, la que el análisis abordó primero en su historia temprana, es el descubrimiento de lo escondido en el ello. Durante el tratamiento, nuestro empeño terapéutico oscila en continuo péndulo entre un pequeño fragmento de análisis del ello y otro de análisis del yo. En un caso queremos hacer consciente algo del ello; en el otro, corregir algo en el yo. Y el hecho decisivo es que los mecanismos de defensa frente a antiguos peligros retornan en la cura como *resistencias* al restablecimiento. Se desemboca en esto: que la curación misma es tratada por el yo como un peligro nuevo.

El efecto terapéutico se liga con el hacer consciente lo reprimido —en el sentido más lato— en el interior del ello; preparamos el camino a este hacer consciente mediante interpretaciones y construcciones,¹⁹ pero habremos interpretado sólo para nosotros, no para el analizado, mientras el yo se aferre al defender anterior, mientras no resigne las resistencias. Ahora bien, estas resistencias, aunque pertene-

¹⁸ [Goethe, *Fausto*, parte I, escena 4.]

¹⁹ [Cf. «Construcciones en el análisis» (1937d), *infra*, pág. 255.]

cientes al yo, son empero inconcientes y en cierto sentido están segregadas dentro del yo. El analista las discierne más fácilmente que a lo escondido en el ello; debería bastar que se las tratase como partes del ello y, haciéndolas concientes, se las vinculase con el yo restante. Por este camino habría que tramitar una mitad de la tarea analítica; no cabría contar con una resistencia al descubrimiento de resistencias. No obstante, sucede lo siguiente. Durante el trabajo con las resistencias, el yo se sale —más o menos seriamente— del pacto en que reposa la situación analítica. El yo deja de compartir nuestro empeño por poner en descubierto al ello, lo contraría, no observa la regla analítica fundamental, no deja que afloren otros retoños de lo reprimido. No se puede esperar del paciente una convicción sólida sobre el poder curativo del análisis; acaso ya traía alguna confianza en el analista, confianza que se refuerza y se torna productiva en virtud de los factores, que es preciso despertar, de la transferencia positiva. Bajo el influjo de las mociones de displacer, que se registran ahora por la reescenificación de los conflictos defensivos, pueden cobrar preeminencia unas transferencias negativas y cancelar por completo la situación analítica. El analista es ahora sólo un hombre extraño que le dirige al paciente desagradables propuestas, y este se comporta frente a aquel en un todo como el niño a quien el extraño no le gusta, y no le cree nada. Si el analista intenta demostrar al paciente una de las desfiguraciones emprendidas en la defensa y corregírsela, lo halla irrazonable e inaccesible para los buenos argumentos. Así pues, existe realmente una resistencia a la puesta en descubierto de las resistencias, y los mecanismos de defensa merecen realmente el nombre con que se los designó al comienzo, antes de ser investigados con precisión; son resistencias no sólo contra el hacer-concientes los contenidos-ello, sino también contra el análisis en general y, por ende, contra la curación.

Al efecto que en el interior del yo tiene el defender podemos designarlo «alteración del yo», siempre que por tal comprendamos la divergencia respecto de un yo normal ficticio que aseguraría al trabajo psicoanalítico una alianza de fidelidad incommovible. Ahora es fácil creer lo que la experiencia cotidiana enseña: tratándose del desenlace de una cura analítica, este depende en lo esencial de la intensidad y la profundidad de arraigo de estas resistencias de la alteración del yo. De nuevo nos sale al paso aquí la significatividad del factor cuantitativo, de nuevo somos advertidos de que el análisis puede costear sólo unos volúmenes determinados y limitados de energías, que han de medirse con

las fuerzas hostiles. Y es como si efectivamente el triunfo fuera, las más de las veces, para los batallones más fuertes.

VI

El próximo interrogante es si toda alteración del yo —en el sentido en que nosotros la entendemos— es adquirida durante las luchas defensivas de la edad temprana. La respuesta es inequívoca. No hay razón alguna para impugnar la existencia y significatividad de diversidades originarias, congénitas, del yo. Un hecho es decisivo: cada persona selecciona siempre sólo algunos de los mecanismos de defensa posibles, y los emplea luego de continuo [págs. 239-40]. Esto señala que el yo singular está dotado desde el comienzo de predisposiciones y tendencias individuales, sólo que nosotros no somos capaces de indicar su índole ni su condicionamiento. Además, sabemos que no es lícito extremar el distingo entre propiedades heredadas y adquiridas hasta convertirlo en una oposición; entre lo heredado, lo adquirido por los antepasados constituye sin duda un sector importante. Cuando hablamos de «herencia arcaica»,²⁰ solemos pensar únicamente en el ello y al parecer suponemos que un yo no está todavía presente al comienzo de la vida singular. Pero no descuidemos que ello y yo originariamente son uno, y no significa ninguna sobrestimación mística de la herencia considerar verosímil que el yo todavía no existente tenga ya establecidas las orientaciones del desarrollo, las tendencias y reacciones que sacará a la luz más tarde. Las particularidades psicológicas de familias, razas y naciones, incluso en su conducta frente al análisis, no admiten ninguna otra explicación. Más aún: la experiencia analítica nos ha impuesto la convicción de que incluso ciertos contenidos psíquicos como el simbolismo no poseen otra fuente que la trasferencia heredada, y diversas indagaciones de la psicología de los pueblos nos sugieren presuponer en la herencia arcaica todavía otros precipitados, igualmente especializados, del desarrollo de la humanidad temprana.

Con la intelección de que las propiedades del yo que registramos como resistencia pueden ser tanto de condicionamiento hereditario cuanto adquiridas en las luchas defensi-

²⁰ [Véase una nota mía a pie de página en *Moisés y la religión monoteísta* (1939a), *supra*, págs. 98-9.]

vas, el distingo tópico entre yo y ello ha perdido mucho de su valor para nuestra indagación. Un paso ulterior en nuestra experiencia analítica nos lleva a resistencias de otra índole, que ya no podemos localizar y que parecen proceder de constelaciones fundamentales dentro del aparato anímico. Sólo puedo ofrecer algunas muestras de ese género, pues todo este campo es todavía ajeno y enmarañado, no está bien explorado. Por ejemplo, uno encuentra personas a quienes atribuiría una particular «viscosidad de la libido».²¹ Los procesos que la cura inicia en ellas trascurren mucho más lentamente que en otras, porque, según parece, no pueden decidirse a desasir investiduras libidinales de un objeto y desplazarlas a uno nuevo, aunque no se encuentren particulares razones para tal fidelidad a las investiduras. También uno se topa con el tipo contrapuesto, en que la libido aparece dotada de una especial movilidad, entra con rapidez en las investiduras nuevas propuestas por el análisis y resigna a cambio las anteriores. Es un distingo como el que podría registrar el artista plástico según trabaje con piedra dura o con blanda arcilla. Por desdicha, los resultados analíticos en este segundo tipo suelen ser muy lábiles: las investiduras nuevas se abandonan muy pronto, y uno recibe la impresión, no de haber trabajado con arcilla, sino de haber escrito en el agua. Vale aquí la admonición: «Lo que pronto se gana, más rápido se pierde».

En otro grupo de casos, uno es sorprendido por una conducta que no puede referir sino a un agotamiento de la plasticidad, de la capacidad para variar y para seguir desarrollándose, que de ordinario se espera. Sin duda que en el análisis estamos preparados para hallar cierto grado de inercia psíquica; cuando el trabajo analítico ha abierto caminos nuevos a la moción pulsional, se observa casi siempre que no se los emprende sin una nítida vacilación. A esta conducta la hemos designado, de manera quizá no del todo correcta, «resistencia del ello».²² Pero en los casos que ahora consideramos, todos los decursos, vínculos y distribuciones de fuerza prueban ser inmutables, fijos, petrificados. En gente de edad muy avanzada, a esto uno lo halla expli-

²¹ [Esta frase aparece en la 22ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, 16, pág. 317. Esta característica y la más generalizada «inercia psíquica» que a continuación se examina no siempre son tratadas por separado en los escritos previos de Freud. Doy una lista de pasajes en que se tocan estos temas en «Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica» (1915f), *AE*, 14, pág. 272n.]

²² [Cf. el «Apéndice A» de *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), *AE*, 20, pág. 150.]

cable por la llamada «fuerza de la costumbre», el agotamiento de la capacidad receptiva —una suerte de entropía psíquica—;²³ pero aquí se trata de individuos todavía jóvenes. Nuestra preparación teórica parece insuficiente para concebir correctamente los tipos que responden a esa descripción; tal vez intervengan unos caracteres temporales, variaciones, dentro de la vida psíquica, de un ritmo de desarrollo que todavía no ha sido apreciado.

Acaso provengan de una base diversa, más honda aún, las diferencias yoicas a las cuales, en un grupo más amplio de casos, cabe inculpar como fuentes de la resistencia a la cura analítica e impedimentos del éxito terapéutico. Aquí entra en juego lo último que la exploración psicológica es capaz de discernir: la conducta de las dos pulsiones primordiales, su distribución, mezcla y desmezcla, cosas estas que no se deben representar limitadas a una sola provincia del aparato anímico (ello, yo o superyó). Durante el trabajo analítico no hay impresión más fuerte de las resistencias que la de una fuerza que se defiende por todos los medios contra la curación y a toda costa quiere aferrarse a la enfermedad y el padecimiento. A una parte de esa fuerza la hemos individualizado, con acierto sin duda, como conciencia de culpa y necesidad de castigo, y la hemos localizado en la relación del yo con el superyó. Pero se trata sólo de aquella parte que ha sido, por así decir, psíquicamente ligada por el superyó, en virtud de lo cual se tienen noticias de ella; ahora bien: de esa misma fuerza pueden estar operando otros montos, no se sabe dónde, en forma ligada o libre. Si uno se representa en su totalidad el cuadro que componen los fenómenos del masoquismo inmanente de tantas personas, la reacción terapéutica negativa y la conciencia de culpa de los neuróticos, no podrá ya sustentar la creencia de que el acontecer anímico es gobernado exclusivamente por el afán de placer. Estos fenómenos apuntan de manera inequívoca a la presencia en la vida anímica de un poder que, por sus metas, llamamos *pulsión de agresión o destrucción* y derivamos de la pulsión de muerte originaria, propia de la materia animada. No cuenta aquí una oposición entre teoría optimista y pesimista de la vida; sólo la acción eficaz conjugada y contraria²⁴ de las dos pulsio-

²³ [Al mismo símil se acude en un pasaje del historial clínico del «Hombre de los Lobos» (1918b), donde se considera este mismo rasgo psicológico (AE, 17, págs. 105-6).]

²⁴ [Era esta una de las frases favoritas de Freud. Se la hallará, verbigracia, en el primer párrafo de *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 4, pág. 29. Tal predilección refleja su fidelidad a una

nes primordiales, Eros y pulsión de muerte, explica la variedad de los fenómenos vitales, nunca una sola de ellas.

De qué manera sectores de las dos variedades pulsionales se conjugan entre sí para la ejecución de las diversas funciones vitales; bajo qué condiciones tales reuniones se aminoran o descomponen; qué perturbaciones corresponden a esas alteraciones, y con qué sensaciones responde a ellas la escala perceptiva del principio de placer: poner en claro todo ello sería la tarea más lucrativa de la investigación psicológica. Provisionalmente nos inclinamos frente al hiperpoder de las potencias ante las cuales vemos naufragar nuestros empeños. Ya conseguir influjo psíquico sobre el masoquismo simple pone a dura prueba nuestro poder.

En el estudio de los fenómenos que prueban el quehacer de la pulsión de destrucción no estamos limitados a observaciones de material patológico. Numerosos hechos de la vida anímica normal exigen una explicación así, y cuanto más se aguce nuestra mirada, tanto más abundantes habrán de parecerse. Es un tema demasiado nuevo e importante como para tratarlo en esta elucidación de pasada; me limitaré a espigar unas pocas muestras.

Valga lo siguiente como ejemplo. Es notorio que en todas las épocas existieron, y existen todavía, hombres que pueden tomar como objeto sexual a personas de su mismo sexo tanto como del otro. Los llamamos «bisexuales», señalamos su existencia sin asombrarnos mucho por ello. Pero hemos aprendido que todos los seres humanos son bisexuales en ese sentido; que distribuyen su libido, de manera manifiesta o latente, entre objetos de ambos sexos. Sólo que algo nos llama la atención sobre esto. Mientras que en el primer caso las dos orientaciones se han conciliado sin recíproco choque, en el otro y más frecuente caso se hallan en el estado de un conflicto no conciliado. La heterosexualidad de un varón no tolera ninguna homosexualidad, y lo mismo a la inversa. Si la primera es la más fuerte, consigue mantener latente a la segunda y la esfuerza a apartarse {*abdrängen*} de la satisfacción real; por otra parte, no hay mayor peligro para la función heterosexual de un varón que su perturbación por la homosexualidad latente. Se podría ensayar la explicación de que sólo se dispone de un monto preciso de libido, por el cual se ven obligadas a luchar las dos orientaciones que rivalizan entre sí; pero no se entiende por qué los rivales no se reparten el monto dis-

«intuición básica dualista», como la llama en *El yo y el ello* (1923b), *AE*, 19, pág. 47. Cf. también *infra*, págs. 247-8.]

ponible de libido según su fuerza relativa, como en muchos casos pueden hacerlo. Uno tiene toda la impresión de que la inclinación al conflicto es algo particular, algo nuevo que viene a sumarse a la situación, independientemente de la cantidad de libido. Y semejante inclinación al conflicto, que aparece de manera independiente, difícilmente se pueda reducir a otra cosa que a la injerencia de un fragmento de agresión libre.

Si el caso aquí elucidado se reconoce como una exteriorización de la pulsión de destrucción o de agresión, se plantea enseguida este problema: si no se debería extender esta misma concepción a otros ejemplos de conflicto, y, más aún, si todo nuestro saber sobre el conflicto psíquico en general no debería revisarse desde este nuevo punto de vista. Es que suponemos que en el camino de desarrollo desde el primitivo al hombre de cultura sobreviene una muy considerable interiorización, una vuelta hacia adentro de la agresión, y los conflictos internos serían sin duda el equivalente exacto de las luchas externas así suspendidas. Sé perfectamente bien que la teoría dualista que pretende poner una pulsión de muerte, de destrucción o de agresión como copartícipe con iguales derechos junto a Eros, que se da a conocer en la libido, ha hallado en general poco eco y en verdad no se ha abierto paso ni siquiera entre los psicoanalistas. Por ello mismo debía regocijarme el reencontrar nuestra teoría, no hace mucho tiempo, en uno de los grandes pensadores de la aurora griega. A esta corroboración sacrificial de buena gana el prestigio de la originalidad, tanto más cuanto que, dada la extensión de mis lecturas en años tempranos, nunca puedo estar seguro de que mi supuesta creación nueva no fuera una operación de la criptomnesia.²⁵

Empédocles de Acragas (Girgenti),* ²⁶ nacido hacia 495 a. C., aparece como una de las figuras más grandiosas y asombrosas de la historia de la cultura griega. Su multifacética personalidad se afirmó en las más diversas orientaciones; fue investigador y pensador, profeta y mago, político, filántropo y médico naturista; de él se cuenta que libró de la malaria a la ciudad de Selinonte, y sus contemporáneos lo veneraban como a un dios. Su espíritu parece haber reunido dentro de sí los más tajantes opuestos; exac-

²⁵ [Se hallarán algunas puntualizaciones sobre esto en «Josef Popper-Lynkeus y la teoría del sueño» (1923f), *AE*, 19, págs. 281 y 283n.]

* {Llamada Agrigento en la época moderna.}

²⁶ Para lo que sigue me he basado en una obra de Wilhelm Capelle (1935).

to y sobrio en sus investigaciones físicas y fisiológicas, no retrocede ante una oscura mística, y edifica una especulación cósmica de una osadía asombrosamente fantástica. Capelle lo compara con el doctor Fausto, «a quien tantos secretos fueron revelados».²⁷ Nacido en una época en que el reino del saber no se fragmentaba aún en tantas provincias, muchas de sus doctrinas no pueden sino sonarnos primitivas. Explicó la diversidad de las cosas por unas mezclas de los cuatro elementos: tierra, agua, fuego y aire; crevó en el carácter animado de la naturaleza entera, y en la transmigración de las almas; pero también entran en su edificio doctrinal ideas tan modernas como un desarrollo por etapas de los seres vivos, la supervivencia de los más aptos y el reconocimiento del papel del azar (τύχη) en ese desarrollo.

Pero aquí merece nuestro interés aquella doctrina de Empédocles tan próxima a la teoría psicoanalítica de las pulsiones que uno está tentado de afirmar que ambas serían idénticas, si no mediara el distingo de que la del griego es una fantasía cósmica, mientras que la nuestra se ciñe a pretender una validez biológica. Es cierto que sustrae a esta diferencia buena parte de su significado la circunstancia de que Empédocles atribuyera al universo el mismo carácter animado que al ser vivo singular.

El filósofo enseña, pues, que existen dos principios del acontecer así en la vida del mundo como en la del alma, dos principios que mantienen eterna lucha entre sí. Los llama φιλία (*amor*) y νεῖκος (*discordia*). Uno de estos poderes, que en el fondo son para él «unas fuerzas naturales de eficiencia pulsional, en modo alguno unas inteligencias concientes de fines»,²⁸ aspira a aglomerar en una unidad las partículas primordiales de los cuatro elementos; el otro, al contrario, quiere des-hacer todas esas mezclas y separar entre sí esas partículas primordiales. Empédocles concibe al proceso del mundo como una alternancia continuada, que nunca cesa, de períodos en que una u otra de las dos fuerzas fundamentales conquista la victoria, de suerte que una vez el amor y la vez siguiente la discordia imponen de manera plena su propósito y gobiernan al mundo, tras lo cual la otra parte, la derrotada, se recobra y a su turno vence al copartícipe.

Los dos principios básicos de Empédocles, φιλία y νεῖκος,

²⁷ [Tomado, con modificaciones, del primer parlamento de Fausto en la obra de Goethe (parte I, escena 1). {El párrafo reza así: «... me entregué a la magia pensando sí, por fuerza del espíritu o por su misma boca, algún secreto me fuera revelado»}]

²⁸ Capelle, 1935, pág. 186.

son, por su nombre y por su función, lo mismo que nuestras dos pulsiones primordiales, *Eros* y *destrucción*, empeñada la una en reunir lo existente en unidades más y más grandes, y la otra en disolver esas reuniones y en destruir los productos por ellas generados. Mas no ha de asombrarnos que esta teoría haya reaparecido alterada luego de dos mil quinientos años. Aun si prescindimos de la limitación a lo biopsíquico, que nos es impuesta, nuestras sustancias básicas ya no son los cuatro elementos de Empédocles; la vida se ha separado para nosotros tajantemente de lo inanimado, ya no pensamos en una mezcla y un divorcio de partículas de sustancia, sino en una soldadura y una desmezcla de *componentes pulsionales*. Por otra parte, en cierta medida hemos dado infraestructura biológica al principio de la «discordia» reconduciendo nuestra pulsión de destrucción a la pulsión de muerte, el esfuerzo de lo vivo por regresar a lo inerte. Esto no pone en entredicho que una pulsión análoga pueda haber existido ya antes, y desde luego no pretende afirmar que una pulsión así se ha engendrado sólo con la aparición de la vida. Y nadie puede prever bajo qué vestidura el núcleo de verdad de la doctrina de Empédocles habrá de mostrarse a una intelección posterior.²⁹

VII

Una conferencia de rico contenido, pronunciada por S. Ferenczi en 1927, «El problema de la terminación de los análisis»,³⁰ concluye con esta consoladora seguridad: «... el análisis no es un proceso sin término, sino que puede ser llevado a un cierre natural si el analista tiene la pericia y paciencia debidas». Opino que ese trabajo equivale más bien a una advertencia de no poner como meta del análisis su abreviación, sino su profundización. Ferenczi añade todavía la valiosa puntualización de que es igualmente decisivo para el éxito que el analista haya aprendido bastante de sus propios «yerros y errores», y cobrado imperio sobre los «puntos débiles de su propia personalidad». Esto pro-

²⁹ [Freud volvió a mencionar a Empédocles en una nota del *Esquema del psicoanálisis* (1940a), *supra*, pág. 147, n. 2. — Hizo algunas otras consideraciones sobre la pulsión de destrucción en una *carta escrita poco después de este trabajo a la princesa Marie Bonaparte*, de la cual reproduzco un fragmento en mi «Introducción» a *El malestar en la cultura* (1930a), *AE*, 21, pág. 63.]

³⁰ [En el Congreso Psicoanalítico de Innsbruck; fue publicada al año siguiente.]

porciona un importante complemento para nuestro tema. No sólo la complejidad y la riqueza del paciente: también la peculiaridad del analista demanda su lugar entre los factores que influyen sobre las perspectivas de la cura analítica y dificultan esta tal como lo hacen las resistencias.

Es indiscutible que los psicoanalistas no han alcanzado por entero en su propia personalidad la medida de normalidad psíquica en que pretenden educar a sus pacientes. Opositores del análisis suelen señalar en son de burla ese hecho y emplearlo como argumento para demostrar la inutilidad del empeño analítico. Uno podría rechazar esta crítica como reclamo ilegítimo. Los analistas son personas que han aprendido a ejercer un arte determinado y, junto a ello, tienen derecho a ser hombres como los demás. En otro orden, nadie afirma que un individuo es inepto como médico para enfermedades internas si sus propios órganos internos no están sanos; al contrario, se puede hallar cierta ventaja en que alguien amenazado de tuberculosis se especialice en el tratamiento de tuberculosos. Sin embargo, no son iguales los casos. Al médico enfermo de los pulmones o del corazón, siempre que haya conservado la capacidad de trabajar, su condición de enfermo no lo estorbará en el diagnóstico ni en la terapia de las afecciones internas, mientras que el analista, a consecuencia de las particulares condiciones del trabajo analítico, será efectivamente estorbado por sus propios defectos para aspirar de manera correcta las constelaciones del paciente y reaccionar ante ellas con arreglo a fines. Por tanto, tiene su buen sentido que al analista se le exija, como parte de su prueba de aptitud, una medida más alta de normalidad y de corrección anímica; y a esto se suma que necesita de alguna superioridad para servir al paciente como modelo en ciertas situaciones analíticas, y como maestro en otras. Por último, no se olvide que el vínculo analítico se funda en el amor por la verdad, es decir, en el reconocimiento de la realidad objetiva, y excluye toda ilusión y todo engaño.

Detengámonos un momento para asegurar al analista nuestra simpatía sincera por tener que cumplir él con tan difíciles requisitos en el ejercicio de su actividad. Y hasta pareciera que analizar sería la tercera de aquellas profesiones «imposibles» en que se puede dar anticipadamente por cierta la insuficiencia del resultado. Las otras dos, ya de antiguo consabidas, son el educar y el gobernar.³¹ No puede

³¹ [Hay un párrafo similar en el «Prólogo» a un libro de Aichhorn (Freud, 1925f), *AE*, 19, pág. 249.]

pedirse, es evidente, que el futuro analista sea un hombre perfecto antes de empeñarse en el análisis, esto es, que sólo abracen esa profesión personas de tan alto y tan raro acabamiento. Entonces, ¿dónde y cómo adquiriría el pobre diablo aquella aptitud ideal que le hace falta en su profesión? La respuesta rezará: en el análisis propio, con el que comienza su preparación para su actividad futura. Por razones prácticas, aquel sólo puede ser breve e incompleto; su fin principal es posibilitar que el didacta juzgue si se puede admitir al candidato para su ulterior formación. Cumple su cometido si instila en el aprendiz la firme convicción en la existencia de lo inconciente, le proporciona las de otro modo increíbles percepciones de sí a raíz de la emergencia de lo reprimido, y le enseña, en una primera muestra, la técnica únicamente acreditada en la actividad analítica. Esto por sí solo no bastaría como instrucción, pero se cuenta con que las incitaciones recibidas en el análisis propio no han de finalizar una vez cesado aquel, con que los procesos de la recomposición del yo continuarán de manera espontánea en el analizado y todas las ulteriores experiencias serán aprovechadas en el sentido que se acaba de adquirir. Ello en efecto acontece, y en la medida en que acontece otorga al analizado aptitud de analista.

Es lamentable que además de ello acontezca otra cosa todavía. Cuando quiere describirlo, uno sólo puede basarse en ciertas impresiones. Hostilidad por un lado, partidismo por el otro, crean una atmósfera que no es favorable a la exploración objetiva. Parece, pues, que numerosos analistas han aprendido a aplicar unos mecanismos de defensa que les permiten desviar de la persona propia ciertas consecuencias y exigencias del análisis, probablemente dirigiéndolas a otros, de suerte que ellos mismos siguen siendo como son y pueden sustraerse del influjo crítico y rectificador de aquel. Acaso este hecho da razón al poeta cuando nos advierte que, si a un hombre se le confiere poder, difícil le resultará no abusar de ese poder.³² Entretanto, a quien se empeña en entender esto se le impone la desagradable analogía con el efecto de los rayos X cuando se los maneja sin particulares precauciones. No sería asombroso que el hecho de ocuparse constantemente de todo lo reprimido que en el alma humana pugna por libertarse conmoviera y despertara también en el analista todas aquellas exigencias pulsionales que de ordinario él es capaz de mantener en la sofocación. También estos son «peligros del

³² Anatole France, *La révolte des anges*.

análisis», que por cierto no amenazan al copartícipe pasivo, sino al copartícipe activo de la situación analítica, y no se debería dejar de salirles al paso. En cuanto al modo, no pueden caber dudas. Todo analista debería hacerse de nuevo objeto de análisis periódicamente, quizá cada cinco años, sin avergonzarse por dar ese paso. Ello significaría, entonces, que el análisis propio también, y no sólo el análisis terapéutico de enfermos, se convertiría de una tarea terminable {finita} en una interminable {infinita}.

No obstante, es tiempo de aventar aquí un malentendido. No tengo el propósito de aseverar que el análisis como tal sea un trabajo sin conclusión. Comoquiera que uno se formule esta cuestión en la teoría, la terminación de un análisis es, opino yo, un asunto práctico. Todo analista experimentado podrá recordar una serie de casos en que se despidió del paciente para siempre «*rebus bene gestis*».* Mucho menos se distancia la práctica de la teoría en casos del llamado «análisis del carácter». Aquí no se podrá prever fácilmente un término natural, por más que uno evite expectativas exageradas y no pida del análisis unas tareas extremas. Uno no se propondrá como meta limitar todas las peculiaridades humanas en favor de una normalidad esquemática, ni demandará que los «analizados a fondo» no registren pasiones ni puedan desarrollar conflictos internos de ninguna índole. El análisis debe crear las condiciones psicológicas más favorables para las funciones del yo; con ello quedaría tramitada su tarea.

VIII

Tanto en los análisis terapéuticos como en los de carácter es llamativo el hecho de que dos temas se destaquen en particular y den guerra al analista en medida desacostumbrada. No pasa mucho tiempo sin que se reconozca lo acorde a ley que ahí se exterioriza. Los dos temas están ligados a la diferencia entre los sexos; uno es tan característico del hombre como lo es el otro de la mujer. A pesar de la diversidad de su contenido, son correspondientes manifiestos. Algo que es común a ambos sexos ha sido comprimido, en virtud de la diferencia entre los sexos, en una forma de expresión otra.

Esos dos temas en recíproca correspondencia son, para

* {«porque las cosas anduvieron bien».}

la mujer, la *envidia del pene* —el positivo querer-alcantar la posesión de un genital masculino—, y para el hombre, la revuelta contra su actitud pasiva o femenina hacia otro hombre. Eso común ha sido destacado muy temprano en la nomenclatura psicoanalítica como conducta frente al complejo de castración, y más tarde Alfred Adler ha impuesto el uso de la designación, enteramente acertada para el caso del hombre, de «protesta masculina»;³³ yo creo que «desautorización de la feminidad» habría sido desde el comienzo la descripción correcta de este fragmento tan asombroso de la vida anímica de los seres humanos.

En el intento de articularlo dentro de nuestro edificio doctrinal teórico, no se podría descuidar que este factor, por su naturaleza, no admite la misma colocación en ambos sexos. En el varón, la aspiración de masculinidad aparece desde el comienzo mismo y es por entero acorde con el yo; la actitud pasiva, puesto que presupone la castración, es enérgicamente reprimida, y muchas veces sólo unas sobrecompensaciones excesivas señalan su presencia. También en la mujer el querer-alcantar la masculinidad es acorde con el yo en cierta época, a saber, en la fase fálica, antes del desarrollo hacia la feminidad. Pero luego sucumbe a aquel sustantivo proceso de represión, de cuyo desenlace, como a menudo se ha expuesto, dependen los destinos de la feminidad.³⁴ Mucho importa, para estos, que se haya sustraído de la represión en bastante medida el complejo de masculinidad, influyendo de manera permanente sobre el carácter; grandes sectores del complejo son trasmudados de manera normal para contribuir a la edificación de la feminidad; del insaciable deseo del pene devendrán el deseo del hijo y del varón, portador del pene. Pero con insólita frecuencia hallaremos que el deseo de masculinidad se ha conservado en lo inconciente y despliega desde la represión sus efectos perturbadores.

Como se advierte por lo dicho, lo que en ambos casos cae bajo la represión es lo propio del sexo contrario. Ya he mencionado en otro lugar³⁵ que este punto de vista me fue expuesto en su tiempo por Wilhelm Fliess, quien se inclinaba a declarar que la oposición entre los sexos era la ocasión genuina y el motivo primordial de la represión. No hago más que repetir mi discrepancia de entonces si des-

³³ [Cf. Adler, 1910.]

³⁴ [Véase, por ejemplo, «Sobre la sexualidad femenina» (1931*b*), *AE*, **21**, págs. 231-2.]

³⁵ «“Pegan a un niño”» (1919*e*) [*AE*, **17**, págs. 196 y sigs. En verdad, a Fliess no se lo menciona por su nombre en ese trabajo.]

autorizo sexualizar la represión de esa manera, vale decir, fundarla en lo biológico en vez de hacerlo en términos puramente psicológicos.

La sobresaliente significatividad de ambos temas —el deseo del pene en la mujer y la revuelta contra la actitud pasiva en el varón— no ha escapado a la atención de Ferenczi. En su conferencia de 1927 plantea, para todo análisis exitoso, el requisito de haber dominado esos dos complejos.³⁶ Por experiencia propia yo agregaría que hallo a Ferenczi demasiado exigente en este punto. En ningún momento del trabajo analítico se padece más bajo el sentimiento opresivo de un empeño que se repite infructuosamente, bajo la sospecha de «predicar en el vacío», que cuando se quiere mover a las mujeres a resignar su deseo del pene por irrealizable, y cuando se pretende convencer a los hombres de que una actitud pasiva frente al varón no siempre tiene el significado de una castración y es indispensable en muchos vínculos de la vida. De la sobrecompensación desafiante del varón deriva una de las más fuertes resistencias trasferenciales. El hombre no quiere someterse a un sustituto del padre, no quiere estar obligado a agradecerle, y por eso no quiere aceptar del médico la curación. No puede establecerse una transferencia análoga desde el deseo del pene de la mujer; en cambio, de esa fuente provienen estallidos de depresión grave, por la certeza interior de que la cura analítica no servirá para nada y de que no es posible obtener remedio. No se le hará injusticia si se advierte que la esperanza de recibir, empero, el órgano masculino que echa de menos dolidamente fue el motivo más intenso que la esforzó a la cura.

Pero de ahí uno aprende que no es importante la forma en que se presenta la resistencia, si como transferencia o no. Lo decisivo es que la resistencia no permite que se produzca cambio alguno, que todo permanece como es. A menudo uno tiene la impresión de haber atravesado todos los estratos psicológicos y llegado, con el deseo del pene y la protesta masculina, a la «roca de base» y, de este modo, al término de su actividad. Y así tiene que ser, pues para lo psíquico lo biológico desempeña realmente el papel del basamento rocoso subyacente. En efecto, la desautorización

³⁶ «... todo paciente masculino tiene que alcanzar un sentimiento de ecuanimidad con el médico, como signo de que ha superado la angustia de castración; y todas las enfermas mujeres, para que su neurosis pueda considerarse íntegramente tramitada, tienen que liquidar su complejo de masculinidad y aceptar sin resentimiento las consecuencias del papel femenino». (Ferenczi, 1928, pág. 8.)

de la feminidad no puede ser más que un hecho biológico, una pieza de aquel gran enigma de la sexualidad.³⁷ Difícil es decir si en una cura analítica hemos logrado dominar este factor, y cuándo lo hemos logrado. Nos consolamos con la seguridad de haber ofrecido al analizado toda la incitación posible para reexaminar y variar su actitud frente a él.

³⁷ La designación «protesta masculina» no debe inducir al error de suponer que la desautorización del varón recaiga sobre la actitud pasiva, sobre el aspecto por así decir social de la feminidad. Lo contradice la observación, fácil de corroborar, de que tales hombres suelen exhibir una conducta masoquista hacia la mujer, una lisa y llana servidumbre. El hombre sólo se defiende de la pasividad frente al hombre, no de la pasividad en general. En otras palabras: la «protesta masculina» no es de hecho otra cosa que una angustia de castración. [A la «servidumbre sexual» del hombre ya había aludido Freud en «El tabú de la virginidad» (1918a), AE, 11, pág. 190.]

Construcciones en el análisis

(1937)

Nota introductoria

«Konstruktionen in der Analyse»

Ediciones en alemán

- 1937 *Int. Z. Psychoanal.*, **23**, n° 4, págs. 459-69.
1950 *GW*, **16**, págs. 43-56.
1975 *SA*, «Ergänzungsband» {Volumen complementario}, págs. 393-406.

*Traducciones en castellano **

- 1951 «Construcciones en el análisis». *RP*, **8**, n° 1, págs. 65-73. Traducción de Edgardo Blum.
1955 Igual título. *SR*, **21**, págs. 353-66. Traducción de Ludovico Rosenthal.
1968 «Construcciones en psicoanálisis». *BN* (3 vols.), **3**, págs. 573-83. Traducción de Ramón Rey-Ardid.
1975 Igual título. *BN* (9 vols.), **9**, págs. 3365-73. El mismo traductor.

El presente trabajo se publicó por primera vez en diciembre de 1937.

Aunque en las obras sobre técnica analítica las construcciones recibieron mucho menos atención que las interpretaciones, como el propio Freud lo destaca, sus escritos contienen muchas referencias a aquellas. Hay dos o tres extensos ejemplos en sus historiales clínicos del «Hombre de las Ratas» (1909*d*), *AE*, **10**, págs. 144-5 y 161, y del «Hombre de los Lobos» (1918*b*); este último caso gira en su totalidad en torno de una construcción, pero el problema es tratado específicamente en la sección V (*AE*, **17**, págs. 48 y sigs.). Por último, las construcciones cumplieron gran papel en «Sobre la psicogénesis de un caso de homosexuali-

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y n. 6.}

dad femenina» (1920a), como se pone de manifiesto en la sección I (*AE*, 18, pág. 146).

El artículo finaliza con el examen de una cuestión que interesaba mucho a Freud en esta época: el distingo entre lo que llamó la «verdad histórica» y la «verdad material».

James Strachey

I

Un investigador muy meritorio, a quien le estoy siempre agradecido por haber tratado con equidad al psicoanálisis en una época en que la mayoría de los otros no sentían el deber de hacerlo, manifestó cierta vez, a pesar de ello, una apreciación tan mortificante como injusta sobre nuestra técnica analítica. Dijo que cuando nosotros presentábamos a un paciente nuestras interpretaciones procedíamos con él siguiendo el desacreditado principio de «*Heads I win, tails you lose*».* O sea, si él nos da su aquiescencia, todo es correcto; pero si nos contradice, entonces no es más que un signo de su resistencia, y por lo tanto igualmente es correcto. De esta manera, siempre tenemos razón contra el pobre diablo inerme a quien analizamos, sin que importe su conducta frente a nuestras propuestas. Ahora bien, como es verdad que un «No» de nuestro paciente no nos mueve en general a resignar por desacertada nuestra interpretación, semejante desenmascaramiento de nuestra técnica ha sido bienvenido por los opositores al análisis. Por eso vale la pena exponer en profundidad cómo solemos apreciar, en el curso del tratamiento analítico, el «Sí» y el «No» del paciente, la expresión de su aquiescencia y de su contradicción. Por cierto que en esta justificación ningún analista ejercitado aprenderá nada que ya no sepa.¹

El consabido propósito del trabajo analítico es mover al paciente para que vuelva a cancelar las represiones —entendidas en el sentido más lato— de su desarrollo temprano y las sustituya por unas reacciones como las que corresponderían a un estado de madurez psíquica. A tal fin

* {«Si es cara yo gano, si es ceca tú pierdes».}

¹ [Se retoma aquí lo discutido en «La negación» (1925*b*), *AE*, 19, págs. 253-4 y 256-7, así como en un pasaje del historial clínico de «Dora» (1905*e*), *AE*, 7, pág. 51, y en una nota agregada a dicho pasaje en 1923; véase, también, el historial del «Hombre de las Ratas» (1909*d*), *AE*, 10, pág. 145, *n.* 20.]

debe volver a recordar ciertas vivencias, así como las mociones de afecto por ellas provocadas, que están por el momento olvidadas en él. Sabemos que sus síntomas e inhibiciones presentes son las consecuencias de esas represiones, vale decir, el sustituto de eso olvidado. ¿Qué clase de materiales nos ofrece, aprovechando los cuales podemos conducirlo al camino por el que ha de reconquistar los recuerdos perdidos? Son de muy diversa índole: jirones de esos recuerdos en sus sueños, en sí de incomparable valor, pero por regla general asaz desfigurados por todos los factores que participan en la formación del sueño; ocurrencias que él produce cuando se entrega a la «asociación libre», de las que podemos nosotros entresacar unas alusiones a las vivencias reprimidas, retoños de las mociones de afecto sofocadas, así como de las reacciones contra estas; por último, indicios de repeticiones de los afectos pertenecientes a lo reprimido en las acciones más importantes o ínfimas del paciente, tanto dentro de la situación analítica como fuera de ella. Hemos hecho la experiencia de que la relación transferencial que se establece respecto del analista es particularmente apta para favorecer el retorno de tales vínculos afectivos. Con esta materia prima —por así llamarla—, debemos nosotros producir lo deseado.

Y lo deseado es una imagen confiable, e íntegra en todas sus piezas esenciales, de los años olvidados de la vida del paciente. Pero aquí somos advertidos de que el trabajo analítico consta de dos piezas por entero diferentes, que se consuma sobre dos separados escenarios, se cumple en dos personas, cada una de las cuales tiene un cometido diverso. Por un instante, uno se pregunta por qué no fue llevado a notar hace ya mucho tiempo este hecho fundamental; pero uno se dice enseguida que aquí nada le ha sido mantenido en reserva, pues se trata de un dato de hecho por todos consabido, en cierto modo evidente, que sólo aquí, con un propósito particular, es puesto de relieve y apreciado por sí mismo. Todos sabemos que el analizado debe ser movido a recordar algo vivenciado y reprimido por él, y las condiciones dinámicas de este proceso son tan interesantes que la otra pieza del trabajo, la operación del analista, pasa en cambio a un segundo plano. El analista no ha vivenciado ni reprimido nada de lo que interesa; su tarea no puede ser recordar algo. ¿En qué consiste, pues, su tarea? Tiene que colegir lo olvidado desde los indicios que esto ha dejado tras sí; mejor dicho: tiene que *construirlo*. Cómo habrá él de comunicar sus construcciones al analizado, cuándo lo hará y con qué elucidaciones, he ahí

lo que establece la conexión entre ambas piezas del trabajo analítico, entre su participación y la del analizado.

Su trabajo de construcción o, si se prefiere, de reconstrucción muestra vastas coincidencias con el del arqueólogo que exhuma unos hogares o unos monumentos destruidos y sepultados. En verdad es idéntico a él, sólo que el analista trabaja en mejores condiciones, dispone de más material auxiliar, porque su empeño se dirige a algo todavía vivo, no a un objeto destruido; y quizá por otra razón además. Pero así como el arqueólogo a partir de unos restos de muros que han quedado en pie levanta las paredes, a partir de unas excavaciones en el suelo determina el número y la posición de las columnas, a partir de unos restos ruinosos restablece los que otrora fueron adornos y pinturas murales, del mismo modo procede el analista cuando extrae sus conclusiones a partir de unos jirones de recuerdo, unas asociaciones y unas exteriorizaciones activas del analizado. Y es incuestionable el derecho de ambos a reconstruir mediante el completamiento y ensambladura de los restos conservados. También muchas dificultades y fuentes de error son las mismas para los dos. Una de las tareas más peliagudas de la arqueología es, notoriamente, determinar la edad relativa de un hallazgo; si un objeto sale a la luz en cierto estrato, ello a menudo no decide si pertenece a este o ha sido trasladado a esa profundidad por una posterior perturbación. Bien se colige el correspondiente de esa duda en las construcciones analíticas.

Hemos dicho que el analista trabaja en condiciones más favorables que el arqueólogo porque dispone además de un material del cual las exhumaciones no pueden proporcionar correspondiente alguno; por ejemplo, las repeticiones de reacciones que provienen de la edad temprana y todo cuanto es mostrado a través de la trasferencia a raíz de tales repeticiones. Pero cuenta, asimismo, el hecho de que el exhumador trata con objetos destruidos, de los que grandes e importantes fragmentos se han perdido irremediablemente, sea por obra de fuerzas mecánicas, del fuego o del pillaje. Por más empeño que se ponga, no se podrá hallarlos para componerlos con los restos conservados. Uno se ve remitido única y exclusivamente a la reconstrucción, que por eso con harta frecuencia no puede elevarse más allá de una cierta verosimilitud. Diversamente ocurre con el objeto psíquico, cuya prehistoria el analista quiere establecer. Aquí se logra de una manera regular lo que en el objeto arqueológico sólo sucede en felices casos excepcionales, como los de Pompeya y la tumba de Tutankhamón.

Todo lo esencial se ha conservado, aun lo que parece olvidado por completo; está todavía presente de algún modo y en alguna parte, sólo que soterrado, inasequible al individuo. Como es sabido, es lícito poner en duda que una formación psíquica cualquiera pueda sufrir realmente una destrucción total. Es sólo una cuestión de técnica analítica que se consiga o no traer a la luz de manera completa lo escondido. Unicamente otros dos hechos obstan a este extraordinario privilegio del trabajo analítico, a saber: que el objeto psíquico es incomparablemente más complicado que el objeto material del exhumador, y que nuestro conocimiento no está preparado en medida suficiente para lo que ha de hallarse, pues su estructura íntima esconde todavía muchos secretos. Y en este punto termina nuestra comparación entre ambos trabajos, pues la principal diferencia entre los dos reside en que para la arqueología la reconstrucción es la meta y el término del empeño, mientras que para el análisis la construcción es sólo una labor preliminar.

II

Labor preliminar, en verdad, no en el sentido de que deba ser tramitada primero en su totalidad antes de comenzar con los detalles, como en la edificación de una casa, donde tienen que levantarse todas las paredes y colocarse todas las ventanas antes que pueda uno ocuparse de la decoración del interior. Todo analista sabe que en el tratamiento analítico las cosas suceden de otro modo, que ambas modalidades de trabajo corren lado a lado, adelante siempre la una, y la otra reuniéndosele. El analista da cima a una pieza de construcción y la comunica al analizado para que ejerza efecto sobre él; luego construye otra pieza a partir del nuevo material que afluye, procede con ella de la misma manera, y en esta alternancia sigue hasta el final. Si en las exposiciones de la técnica analítica se oye tan poco sobre «construcciones», la razón de ello es que, a cambio, se habla de «interpretaciones» y su efecto. Pero yo opino que «construcción» es, con mucho, la designación más apropiada. «Interpretación» se refiere a lo que uno emprende con un elemento singular del material: una ocurrencia, una operación fallida, etc. Es «construcción», en cambio, que al analizado se le presente una pieza de su prehistoria olvidada, por ejemplo de la siguiente manera: «Usted, hasta su año *x*, se ha considerado el único e irrestricto poseedor de su

madre. Vino entonces un segundo hijo y, con él, una seria desilusión. La madre lo abandonó a usted por un tiempo, y luego nunca volvió a consagrarse con exclusividad. Sus sentimientos hacia la madre devinieron ambivalentes, el padre ganó un nuevo significado para usted», etc.

En este ensayo, nuestra atención se dirige únicamente a ese trabajo preliminar de las construcciones. Entonces se nos plantea, antes que cualquier otra, esta pregunta: ¿Qué garantías tenemos, durante nuestro trabajo con las construcciones, de que no andamos errados y ponemos en juego el éxito del tratamiento por defender una construcción incorrecta? Puede parecernos que esta pregunta no admitiría una respuesta universal, pero antes de pasar a elucidarlo prestemos oídos a una consoladora noticia que nos da la experiencia analítica. Ella nos enseña que no produce daño alguno equivocarnos en alguna oportunidad y presentar al paciente una construcción incorrecta como la verdad histórica probable. Desde luego, ello significa una pérdida de tiempo, y quien sólo sepa referir al paciente combinaciones erróneas no le hará buena impresión ni obtendrá gran cosa en su tratamiento; pero tales errores aislados son inofensivos.² Lo que en tal caso sucede es, más bien, que el paciente queda como no tocado, no reacciona a ello ni por sí ni por no. Es posible que esto sólo sea un retardo de la reacción; pero si persiste, estamos autorizados a inferir que nos hemos equivocado, y en la ocasión apropiada se lo confesaremos al paciente sin menoscabo de nuestra autoridad. Esa ocasión se presenta cuando sale a la luz material nuevo que permite una construcción mejor y, de tal suerte, rectificar el error. La construcción falsa cae fuera como si nunca hubiera sido hecha, y aun en muchos casos se tiene la impresión, para decirlo con Polonio, de haber capturado uno de los esturiones de la verdad con ayuda del señuelo de la mentira. El peligro de descaminar al paciente por sugestión, «apalabrándole» cosas en las que uno mismo cree, pero que él no habría admitido nunca, se ha exagerado sin duda por encima de toda medida. El analista tendría que haberse comportado muy incorrectamente para que pudiera incurrir en semejante torpeza; sobre todo, tendría que reprocharse no haber concedido la palabra al paciente. Puedo afirmar, sin jactancia, que un abuso así de la «sugestión» nunca ha sobrevenido en mi actividad.

De lo que precede surge ya que en modo alguno esta-

² [Se da un ejemplo de construcción incorrecta en el historial del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), *AE*, 17, pág. 19.]

mos inclinados a descuidar los indicios que derivan de la reacción del paciente a la comunicación de una de nuestras construcciones. Tratemos a fondo este punto. Es correcto que no aceptemos como de pleno valor un «No» del analizado, pero tampoco otorgamos validez a su «Sí»; es totalmente injustificado culparnos de reinterpretar en todos los casos su manifestación como una corroboración. En la realidad las cosas no son tan simples; no supongamos tan fácil la decisión.

El «Sí» directo del analizado es multívoco. Puede en efecto indicar que reconoce la construcción oída como correcta, pero también puede carecer de significado, o aun ser lo que podríamos llamar «hipócrita», pues resulta cómodo para su resistencia seguir escondiendo, mediante tal aquiescencia, la verdad no descubierta. Este «Sí» sólo posee valor cuando es seguido por corroboraciones indirectas; cuando el paciente produce, acoplados inmediatamente a su «Sí», recuerdos nuevos que complementan y amplían la construcción. Sólo en este caso reconocemos al «Sí» como la tramitación cabal del punto en cuestión.³

El «No» del analizado es igualmente multívoco y, en verdad, todavía menos utilizable que su «Sí». Rara vez expresa una desautorización justificada; muchísimo más a menudo exterioriza una resistencia que es provocada por el contenido de la construcción que se ha comunicado, pero que de igual manera puede provenir de otro factor de la situación analítica compleja. Por tanto, el «No» del paciente no prueba nada respecto de la justeza de la construcción, pero se concilia muy bien con esta posibilidad. Como toda construcción de esta índole es incompleta, apresa sólo un pequeño fragmento del acaecer olvidado, tenemos siempre la libertad de suponer que el analizado no desconoce propiamente lo que se le comunicó, sino que su contradicción viene legitimada por el fragmento todavía no descubierto. Por regla general, sólo exteriorizará su aquiescencia cuando se haya enterado de la verdad íntegra, y esta suele ser bastante extensa. La única interpretación segura de su «No» es, por ende, que aquella no es integral; la construcción, ciertamente, no se lo ha dicho todo.

Así pues, de las exteriorizaciones directas del paciente después que uno le comunicó una construcción, son pocos los puntos de apoyo que pueden obtenerse para saber si uno ha colegido recta o equivocadamente. Más interesante es, por

³ [Cf. «Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños» (1923c), *AE*, 19, pág. 117.]

eso, que existan variedades indirectas de corroboración, plenamente confiables. Una de ellas es el giro que uno oye de las más diversas personas, con apenas algunas palabras cambiadas, como si se hubiesen puesto de acuerdo: «No me parece» o «Nunca se me ha pasado» (o «No se me pasaría nunca») «por la cabeza».⁴ Sin vacilar, se puede traducir así esta exteriorización: «Sí, en este golpe acertó usted con lo *inconciente*». Por desdicha, el analista oye esta tan deseada fórmula mucho más a menudo tras interpretaciones de detalle que a raíz de comunicaciones más vastas. Una confirmación igualmente valiosa, esta vez de expresión positiva, es que el analizado responda con una asociación que incluya algo semejante o análogo al contenido de la construcción. En vez de tomar de algún análisis un ejemplo para esto —fácil de hallar, pero de exposición prolija—, referiré aquí una pequeña vivencia extraanalítica, que figura un estado de cosas así, con un sesgo de efecto casi cómico. Se trataba de un colega que me había escogido —hace mucho tiempo de esto— para una consulta médica. Pero un buen día me trajo a su joven esposa, quien le estaba causando molestias. Bajo toda clase de pretextos le rehusaba el comercio sexual, y evidentemente él esperaba de mí que la esclareciera sobre las consecuencias de su inadecuado comportamiento. Condescendí, y le expliqué que era probable que su rehusamiento al marido provocara lamentables perturbaciones a la salud de este, o unas tentaciones que podrían llevar a la quiebra de su matrimonio. Estando en eso, él me interrumpió de pronto para decirme: «El inglés en quien usted ha diagnosticado un tumor cerebral se ha muerto *también*». El dicho pareció ininteligible al comienzo, y enigmático el «también» de la frase, pues no se había hablado de ningún otro fallecido. Pero un ratito después comprendí. Era obvio que el marido quería corroborarme, quería decir: «Sí, usted tiene toda la razón, su diagnóstico del paciente se ha ratificado *también*». Era un cabal correspondiente de las confirmaciones indirectas mediante asociaciones, que recibimos en los análisis. No he de poner en tela de juicio que en la manifestación de mi colega hubieran participado además otros pensamientos, hechos a un lado por él.

La confirmación indirecta mediante asociaciones adecuadas al contenido de la construcción, que conllevan un parecido «también», proporciona al juicio nuestro unos valiosos asideros para colegir si esa construcción habrá de corro-

⁴ [Frasas casi idénticas se consignan al final de «La negación» (1925*b*), *AE*, **19**, pág. 257.]

borarse en lo que resta del análisis. Es particularmente impresionante el caso en que la confirmación se filtra en la contradicción directa con ayuda de una operación fallida. Ya he publicado en otro lugar un buen ejemplo de esta índole.⁵ En los sueños del paciente afloraba el apellido «Jauner», muy conocido en Viena, sin que hallara suficiente esclarecimiento en sus asociaciones. Ensayé entonces la interpretación de que cuando él decía «Jauner» quería decir «Gäuner» {«pícaro»}, y el paciente respondió de inmediato: «Esto me parece demasiado *jewagt*» {por «*gewagt*», «aventurado», permutando la «g» por «j»}.⁶ O bien el paciente quiere rechazar la idea de que determinado pago le parece demasiado alto, con estas palabras: «Diez dólares no significan nada para mí», pero en vez de «dólares» menciona la unidad monetaria inferior: «centavos».

Cuando el análisis está bajo la presión de factores intensos que arrancan una reacción terapéutica negativa,⁷ como conciencia de culpa, necesidad masoquista de padecimiento, revuelta contra el socorro del analista, la conducta del paciente luego de serle comunicada la construcción suele facilitarnos mucho la decisión buscada. Si la construcción es falsa no modifica nada en el paciente; pero si es correcta, o aporta una aproximación a la verdad, él reacciona frente a ella con un inequívoco empeoramiento de sus síntomas y de su estado general.

A modo de síntesis, podemos establecer que no merecemos el reproche de desdeñar la posición que el analizado adopte ante nuestras construcciones. La tomamos en cuenta y a menudo extraemos de ella valiosos puntos de apoyo. Pero estas reacciones del paciente son las más de las veces multívocas y no consienten una decisión definitiva. Sólo la continuación del análisis puede decidir si nuestra construcción es correcta o inviable. Y a cada construcción la consideramos apenas una conjetura, que aguarda ser examinada, confirmada o desestimada. No reclamamos para ella ninguna autoridad, no demandamos del paciente un asentimiento inmediato, no discutimos con él cuando al comienzo la contradice. En suma, nos comportamos siguiendo el arquetipo de un consabido personaje de Nestroy,⁸ aquel mucamo que,

⁵ [Véase la nota siguiente.]

⁶ [Cf. *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901b), AE, 6, pág. 95. En el lenguaje vulgar alemán, la «g» se pronuncia a menudo, igual que la «j», como «i».]

⁷ [Cf. *El yo y el ello* (1923b), AE, 19, pág. 50.]

⁸ [En su comedia *Der Zerrissene*.]

para cualquier pregunta u objeción, tiene pronta esta única respuesta: «En el curso de los acontecimientos todo habrá de aclararse».

III

Ni vale la pena exponer cómo sobreviene ello en la continuación del análisis, tampoco los caminos por los cuales nuestra conjetura se muda en el convencimiento del paciente; es algo que la experiencia cotidiana de todo analista vuelve notorio, y comprenderlo no ofrece dificultad alguna. Sólo un punto reclama, en relación con esto, indagación y esclarecimiento. El camino que parte de la construcción del analista debía culminar en el recuerdo del analizado; ahora bien, no siempre lleva tan lejos. Con harta frecuencia, no consigue llevar al paciente hasta el recuerdo de lo reprimido. En lugar de ello, si el análisis ha sido ejecutado de manera correcta, uno alcanza en él una convicción cierta sobre la verdad de la construcción, que en lo terapéutico rinde lo mismo que un recuerdo recuperado. Bajo qué condiciones acontece esto, y cómo es posible que un sustituto al parecer no integral produzca, no obstante, todo el efecto, he ahí materia de una investigación ulterior.

Concluiré esta breve comunicación con algunas puntualizaciones que abren una perspectiva más vasta. En algunos análisis noté en los analizados un fenómeno sorprendente, e incomprensible a primera vista, tras comunicarles yo una construcción a todas luces certera. Les acudían unos vívidos recuerdos, calificados de «hipernítidos» por ellos mismos,⁹ pero tales que no recordaban el episodio que era el contenido de la construcción, sino detalles próximos a ese contenido; por ejemplo, los rostros —hipermarcados— de las personas allí nombradas, los lugares donde algo semejante habría podido ocurrir o, un paso más allá, los objetos que amoblaban tales lugares, de los cuales, como es natural, la

⁹ [El fenómeno aquí descrito parece remontarse a observaciones hechas por Freud en conexión con su *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901b). Véase allí una larga nota a pie de página (AE, 6, pág. 20). El presente pasaje puede incluso aludir a un episodio narrado en esa obra (*ibid.*, págs. 258-9). Véanse, asimismo, los siguientes trabajos anteriores: «Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria» (1898b), AE, 3, págs. 282-3 y n. 5, y 288, y «Sobre los recuerdos encubridores» (1899a), *ibid.*, págs. 305-6. En todos estos pasajes, Freud emplea la misma palabra: «überdeutlich» {«hipernítido»}.]

construcción nuestra no habría podido saber nada. Esto acontecía tanto en sueños, inmediatamente después de la comunicación, cuanto en la vigilia, en unos estados parecidos al fantaseo. Nada seguía luego a estos recuerdos; parecía verosímil concebirlos como resultado de un compromiso. La «pulsión emergente» {«*Auftrieb*»} de lo reprimido, puesta en movimiento al comunicarse la construcción, había querido trasportar hasta la conciencia aquellas sustantivas huellas mnémicas, y una resistencia había conseguido, no por cierto atajar el movimiento, pero sí desplazarlo {descentrarlo} sobre objetos vecinos, circunstanciales.

Habría sido posible llamar «alucinaciones» a estos recuerdos de haberse sumado a su nitidez la creencia en su actualidad. Ahora bien, esta analogía cobró significación cuando llamó mi atención la ocasional ocurrencia de efectivas alucinaciones en otros casos, en modo alguno psicóticos. La ilación de pensamiento prosiguió entonces: Acaso sea un carácter universal de la alucinación, no apreciado lo bastante hasta ahora, que dentro de ella retorne algo vivenciado en la edad temprana y olvidado luego, algo que el niño vio u oyó en la época en que apenas era capaz de lenguaje todavía, y que ahora esfuerza su ascenso a la conciencia, probablemente desfigurado y desplazado por efecto de las fuerzas que contrarían ese retorno. Y si la alucinación es referida de manera más próxima a formas determinadas de psicosis, nuestra ilación de pensamiento puede dar un paso más. Quizá las formaciones delirantes en que con gran regularidad hallamos articuladas estas alucinaciones no sean tan independientes, como de ordinario suponíamos, de la pulsión emergente de lo inconciente y del retorno de lo reprimido. En el mecanismo de una formación delirante sólo destacamos por lo común dos factores: el extrañamiento respecto de la realidad y de sus motivos, por un lado, y el influjo del cumplimiento de deseo sobre el contenido del delirio, por el otro. Ahora bien, ¿el proceso dinámico no podría ser, en cambio, que la pulsión emergente de lo reprimido aprovechase el extrañamiento respecto de la realidad objetiva para imponer su contenido a la conciencia, en lo cual las resistencias excitadas por este proceso y la tendencia al cumplimiento de deseo compartieran la responsabilidad por la desfiguración {dislocación} y el desplazamiento {descentramiento} de lo vuelto a recordar? Y, en efecto, es este el consabido mecanismo del sueño, que una antiquísima vislumbre ha equiparado al delirio.

Yo no creo que esta concepción del delirio sea nueva en todas sus partes, pero lo cierto es que destaca un punto de

vista que por lo corriente no es situado en el primer plano. Lo esencial en ella es la afirmación de que no sólo hay método en la locura, como ya lo discernió el poeta,* sino que esta también contiene un fragmento de *verdad histórico-vivencial* {*historisch*}; lo cual nos lleva a suponer que la creencia compulsiva que halla el delirio cobra su fuerza, justamente, de esa fuente infantil. Hoy, para probar esta teoría, apenas dispongo de unas reminiscencias, no de impresiones frescas. Probablemente valga la pena ensayar el estudio de los correspondientes casos patológicos siguiendo las premisas aquí desarrolladas, y encaminar también de acuerdo con ellas su tratamiento. Así se resignaría el vano empeño por convencer al enfermo sobre el desvarío de su delirio, su contradicción con la realidad objetiva, y en cambio se hallaría en el reconocimiento de ese núcleo de verdad un suelo común sobre el cual pudiera desarrollarse el trabajo terapéutico. Este trabajo consistiría en librar el fragmento de verdad histórico-vivencial de sus desfiguraciones y apuntalamientos en el presente real-objetivo, y resituarlo en los lugares del pasado a los que pertenece. En efecto, este traslado de la prehistoria olvidada al presente o a la expectativa del futuro es un suceso regular también en el neurótico. Harto a menudo, cuando un estado de angustia le hace prever que algo terrible sucederá, simplemente está bajo el influjo de un recuerdo reprimido que querría acudir a la conciencia y no puede devenir conciente: el recuerdo de que ocurrió efectivamente algo terrible en aquel tiempo. Opino que tales empeños con psicóticos habrán de enseñarnos mucho de valioso, aunque el éxito terapéutico les sea denegado.

Yo sé que no es encomiable tratar de pasada, como aquí hemos hecho, un tema tan importante. Pero es que me ha seducido una analogía. Las formaciones delirantes de los enfermos me aparecen como unos equivalentes de las construcciones que nosotros edificamos en los tratamientos analíticos, unos intentos de explicar y de restaurar, que, es cierto, bajo las condiciones de la psicosis sólo pueden conducir a que el fragmento de realidad objetiva que uno desmiente en el presente sea sustituido por otro fragmento que, de igual modo, uno había desmentido en la temprana prehistoria. Tarea de una indagación en detalle será poner en descubierto los vínculos íntimos entre el material de la desmentida presente y la represión de aquel tiempo. Así como nuestra construcción produce su efecto por restituir

* {Alusión a *Hamlet*, acto II, escena 2.}

un fragmento de biografía {*Lebensgeschichte*, «historia objetiva de vida»} del pasado, así también el delirio debe su fuerza de convicción a la parte de verdad histórico-vivencial que pone en el lugar de la realidad rechazada. De tal suerte, también al delirio se aplicará el aserto que yo hace tiempo he declarado exclusivamente para la histeria, a saber, que el enfermo padece por sus reminiscencias.¹⁰ Tampoco en aquella época esa breve fórmula pretendía poner en tela de juicio la complicada causación de la enfermedad, ni excluir el efecto de tantísimos otros factores.

Si uno toma a la humanidad como un todo y la pone en lugar del individuo humano aislado, halla que también ella ha desarrollado formaciones delirantes inasequibles a la crítica lógica y que contradicen la realidad efectiva. Si, no obstante, han podido exteriorizar un poder tan extraordinario sobre los hombres, la indagación lleva a la misma conclusión que en el caso del individuo: deben su poder a su peso de verdad histórico-vivencial, que ellas han recogido de la represión de épocas primordiales olvidadas.¹¹

¹⁰ [Véase la «Comunicación preliminar» escrita en colaboración con Breuer (Freud, 1893a), *AE*, 2, pág. 33.]

¹¹ [El tema de estos últimos párrafos, la verdad «histórica», ocupaba mucho el pensamiento de Freud en este período, y lo aquí expuesto es su primer examen extenso de ese tema. Se hallará una lista completa de referencias en una nota de la sección de *Moisés y la religión monoteísta* (1939a), en que se trata dicha cuestión (cf. *supra*, págs. 125-6).]

La escisión del yo
en el proceso defensivo
(1940 [1938])

Nota introductoria

«Die Ichspaltung im Abwehrvorgang»

Ediciones en alemán

- 1940 *Int. Z. Psychoanal.-Imago*, **25**, n^{os}. 3-4, págs. 241-4.
1941 *GW*, **17**, págs. 59-62.
1975 *SA*, **3**, págs. 389-94.

*Traducciones en castellano **

- 1951 «La escisión del yo en el mecanismo de defensa». *RP*, **8**, n^o 1, págs. 62-4. Traducción de Ludovico Rosenthal.
1955 «La escisión del yo en el proceso defensivo». *SR*, **21**, págs. 61-6. El mismo traductor.
1968 «Escisión del “yo” en el proceso de defensa». *BN* (3 vols.), **3**, págs. 389-91. Traducción de Ramón Rey-Ardid.
1975 Igual título. *BN* (9 vols.), **9**, págs. 3375-7. El mismo traductor.

El manuscrito de este importante trabajo inconcluso, que se publicó en forma póstuma, está fechado el 2 de enero de 1938, y según Ernest Jones (1957, pág. 255) fue escrito «en la Navidad de 1937».

En este artículo se profundiza en la indagación del yo y su comportamiento en circunstancias difíciles. Se entrelazan en él dos temas que en los últimos tiempos venían ocupando a Freud: la noción de «desmentida» («*Verleugnung*») y la idea de que ella da por resultado una «escisión» del yo. La «desmentida» fue habitualmente considerada por Freud, como en este caso, en conexión con el complejo de castración. Aparece, por ejemplo, en «La organización genital infantil» (1923e), *AE*, **19**, pág. 147, donde en una nota al pie doy

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y n. 6.}

otras referencias respecto de los lugares en que se ha de hallar el término. Uno de ellos es el breve estudio del «Fetichismo» (1927e), *AE*, 21, págs. 150-1, del cual el presente trabajo puede considerarse una continuación, ya que en aquel se hacía hincapié en la escisión del yo con posterioridad a la desmentida. (Esto ya había sido insinuado en «Neurosis y psicosis» (1924b), *AE*, 19, págs. 158-9.)

Aunque, por algún inexplicado motivo, Freud dejó este trabajo inconcluso, retomó el tema poco después, en las últimas páginas de *Esquema del psicoanálisis* (1940a), *supra*, págs. 203-6. Allí, no obstante, aplica la idea de la escisión del yo no sólo a los casos del fetichismo y las psicosis sino a las neurosis en general. Hay así un enlace con el problema, más amplio, de la «alteración del yo» invariablemente producida por los procesos defensivos. De este problema se había ocupado Freud en fecha reciente, en «Análisis terminable e interminable» (1937c), en especial en la sección V, pero se remonta a las primeras épocas: lo encontramos en el segundo trabajo sobre las neuropsicosis de defensa (1896b), *AE*, 3, pág. 184, y, antes aun, en el Manuscrito K de la correspondencia con Fliess (Freud, 1950a), *AE*, 1, págs. 260-1 y 267.

James Strachey

Por un momento estoy en la interesante situación de no saber si lo que voy a comunicar ha de apreciarse como algo hace tiempo consabido y evidente, o como nuevo por completo y sorprendente. Me inclino, empero, a creer lo segundo.

En fin, me ha llamado la atención que el yo joven de la persona con quien décadas después uno trahará conocimiento como paciente analítico se comportara en el pasado de una singular manera en determinadas situaciones de aprieto. La condición de ello se puede indicar, en general y con alguna imprecisión, diciendo que acontece bajo la injerencia de un trauma psíquico. Prefiero poner de relieve un caso bien circunscrito, que desde luego no cubre todas las posibilidades de la causación. El yo del niño se encuentra, pues, al servicio de una poderosa exigencia pulsional que está habituado a satisfacer, y es de pronto aterrorizado por una vivencia que le enseña que proseguir con esa satisfacción le traería por resultado un peligro real-objetivo difícil de soportar. Y entonces debe decidirse: reconocer el peligro real, inclinarse ante él y renunciar a la satisfacción pulsional, o desmentir la realidad objetiva, instilarse la creencia de que no hay razón alguna para tener miedo, a fin de perseverar así en la satisfacción. Es, por tanto, un conflicto entre la exigencia de la pulsión y el veto de la realidad objetiva. Ahora bien, el niño no hace ninguna de esas dos cosas, o mejor dicho, las hace a las dos simultáneamente, lo que equivale a lo mismo. Responde al conflicto con dos reacciones contrapuestas, ambas válidas y eficaces. Por un lado, rechaza la realidad objetiva con ayuda de ciertos mecanismos, y no se deja prohibir nada; por el otro, y a renglón seguido, reconoce el peligro de la realidad objetiva, asume la angustia ante él como un síntoma de padecer y luego busca defenderse de él. Es esa una solución muy hábil de la dificultad, hay que confesarlo. Ambas partes en disputa han recibido lo suyo: la pulsión tiene permitido retener la satisfacción, a la realidad objetiva se le ha tributado el debido respeto. Pero, como se sabe, sólo la muerte es gratis. El resultado se alcanzó a expensas de una desgarradura en el yo que

nunca se reparará, sino que se hará más grande con el tiempo. Las dos reacciones contrapuestas frente al conflicto subsistirán como núcleo de una escisión del yo. El proceso entero nos parece tanto más raro cuanto que consideramos obvia la síntesis de los procesos yoicos.¹ Pero es evidente que en esto andamos errados. La función sintética del yo, que posee una importancia tan extraordinaria, tiene sus condiciones particulares y sucumbe a toda una serie de perturbaciones.

No puede redundar sino en ventaja que yo introduzca en esta exposición esquemática los datos de un historial clínico particular. Un varoncito entre los tres y los cuatro años tuvo conocimiento de los genitales femeninos por seducción de una niña mayor que él. Rotas esas relaciones, prolongó la incitación sexual así recibida en un ferviente onanismo manual, pero fue sorprendido pronto por la enérgica niñera y amenazado con la castración, cuyo cumplimiento, como es usual, se atribuyó al padre. En este caso están dadas las condiciones para un efecto de terror enorme. No es forzoso que la amenaza de castración por sí sola cause mucha impresión; el niño le rehúsa creencia, no le es fácil representarse como posible una separación de esa parte del cuerpo tan apreciada por él. Si ha visto [antes] los genitales femeninos, el niño pudo convencerse de semejante posibilidad, pero en aquel tiempo no extrajo esa conclusión porque la repugnancia a ello era demasiado grande y no existía ningún motivo que se la impusiera. Al contrario, lo que pudo moverlo a desasosiego fue apaciguado con el subterfugio: lo que ahí falta ha de venir luego, eso —el miembro— ya le crecerá más tarde. Quien haya observado suficientes varoncitos puede recordar una exteriorización de esa índole a la vista de los genitales de su hermanita. Pero diversamente ocurre si ambos factores se conjugan. Entonces la amenaza despierta el recuerdo de la percepción que se tuvo por inofensiva y encuentra en ella la temida corroboración. El niño cree comprender ahora por qué los genitales de la niñita no mostraban pene alguno, y ya no se atreve a poner en duda que su propio genital pueda correr la misma suerte. En lo sucesivo no puede menos que creer en la realidad objetiva del peligro de castración.

Pues bien: la consecuencia ordinaria, considerada la normal, del terror de castración es que el muchacho ceda a la

¹ [Cf. la 31ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a), *AE*, 22, pág. 71, donde en una nota doy otras referencias.]

amenaza con una obediencia total o al menos parcial —no llevándose más la mano a los genitales—, sea enseguida, sea luego de prolongada lucha; vale decir, que renuncie en todo o en parte a satisfacer la pulsión. Sin embargo, nosotros estamos preparados para entender que nuestro paciente supiera remediarse de otro modo. Se creó un sustituto del pene echado de menos en la mujer, un fetiche. Con ello había desmentido, es cierto, la realidad objetiva, pero había salvado su propio pene. Si no estaba obligado a reconocer que la mujer había perdido su pene, perdía credibilidad la amenaza que le impartieron; ya no necesitaba temer más por su pene y podía continuar, imperturbable, su masturbación. Este acto de nuestro paciente se nos impone como un extrañamiento respecto de la realidad, como un proceso que tenderíamos a dejar reservado para la psicosis. Y de hecho no es muy diverso, no obstante lo cual suspendemos nuestro juicio, pues, tras un abordaje más ceñido, descubrimos un distingo que no carece de importancia. El varoncito no ha contradicho simplemente su percepción, no ha alucinado un pene allí donde no se veía ninguno, sino que sólo ha emprendido un desplazamiento {descentramiento} de valor, ha trasferido el significado del pene a otra parte del cuerpo, para lo cual vino en su auxilio —de una manera que no hemos de precisar aquí— el mecanismo de la regresión. Por cierto que ese desplazamiento sólo afectó al cuerpo de la mujer; respecto de su pene propio nada se modificó.

Este tratamiento, se diría mañoso, de la realidad objetiva decide sobre el comportamiento práctico del varoncito. Sigue cultivando su masturbación como si ello no pudiera traer ningún peligro a su pene, pero al mismo tiempo desarrolla, en plena contradicción con su aparente valentía o despreocupación, un síntoma que prueba que ha reconocido, sin embargo, aquel peligro. Lo amenazaron con que el padre lo castraría, e inmediatamente después, de manera simultánea a la creación del fetiche, aflora en él una intensa angustia ante el castigo del padre, angustia que lo ocupará largo tiempo y que sólo podrá dominar y sobrecompensar con todo el gasto de su virilidad. También esta angustia ante el padre calla sobre la castración. Con ayuda de la regresión a una fase oral, aparece como angustia de ser devorado por el padre. Es imposible no recordar aquí una pieza de primordial antigüedad de la mitología griega: la que narra cómo el padre de los dioses, Cronos, engullía a sus hijos y quiso también engullirse al menor de sus hijos varones, Zeus, y cómo Zeus, salvado por la astucia de la madre, cas-

tra luego a su padre. Pero, para volver a nuestro caso, agreguemos que él produjo todavía otro síntoma, si bien de poca monta, y lo ha conservado hasta el día de hoy: una sensibilidad angustiada de los dos dedos pequeños de los pies frente al contacto, como si en todo ese pasar de un lado a otro entre desmentida y reconocimiento hubiera tocado en suerte a la castración la expresión más nítida. (. . .)

Algunas lecciones elementales
sobre psicoanálisis
(1940 [1938])

Nota introductoria

«Some Elementary Lessons in Psycho-Analysis»

Ediciones en alemán

- 1940 *Int. Z. Psychoanal.-Imago*, **25**, n° 1, págs. 21-2
(Parcial.)
1941 *GW*, **17**, págs. 141-7. (Completo.)

*Traducciones en castellano **

- 1951 «Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis». *RP*, **8**, n° 1, págs. 55-9. Traducción de Ludovico Rosenthal.
1955 Igual título. *SR*, **21**, págs. 127-34. El mismo traductor.
1968 Igual título. *BN* (3 vols.), **3**, págs. 441-6. Traducción de Ramón Rey-Ardid.
1975 Igual título. *BN* (9 vols.), **9**, págs. 3419-23. El mismo traductor.

Partes aisladas de este trabajo se publicaron originalmente como nota al pie de la primera edición en alemán de *Esquema del psicoanálisis* (1940a) y como apéndice a la primera traducción inglesa de esa obra (*International Journal of Psychoanalysis*, **21**, n° 1, págs. 83-4).

El título del manuscrito se halla en inglés. Fue redactado en Londres y lleva como fecha el 20 de octubre de 1938. Posee un carácter fragmentario, como el *Esquema* interrumpido a comienzos de setiembre —si bien luego de un desarrollo más extenso y sustantivo—, no siendo este sino un nuevo enfoque de la misma cuestión. Se hallarán otras consideraciones sobre estos dos trabajos en mi «Nota introductoria» al *Esquema*, *supra*, págs. 135-6.

James Strachey

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y n. 6.}

Cuando uno quiere exponer determinado ámbito del saber —o, dicho en términos más modestos, de la investigación— para los profanos, es evidente que puede escoger entre dos métodos o técnicas. Uno sería partir de lo que todo el mundo sabe o cree saber y considera cosa evidente, sin contradecirlo en principio. Enseguida se hallará oportunidad de llamar la atención del profano sobre unos hechos de ese mismo ámbito, de los cuales él sin duda tiene noticia, pero que hasta entonces ha descuidado o no apreció lo suficiente. Y a continuación se puede familiarizarlo con otros hechos de los que él nada sabía, y así prepararlo para la necesidad objetiva de ir más allá del juicio que hasta entonces tenía, buscar nuevos puntos de vista y prestar oídos a nuevos supuestos explicativos. De esta manera, el otro participa en la edificación de una teoría nueva sobre el asunto y puede tramitar sus objeciones a ella ya en el curso del trabajo en común.

Una exposición así merece el nombre de *genética*: repite el camino recorrido antes por el propio investigador. No obstante sus ventajas, le es inherente el defecto de no hacer suficiente impresión sobre el aprendiz. Algo que él ha visto nacer y crecer en medio de dificultades no se le impondrá, ni con mucho, como algo que surja frente a él en forma acabada, en apariencia cerrado en sí mismo.

La otra explicación, que consigue precisamente esto último, es la *dogmática*; ella anticipa sus resultados, demanda atención y creencia para sus premisas, da pocas informaciones para su fundamentación. Es cierto que de ese modo se engendra el peligro de que un oyente crítico diga, sacudiendo la cabeza: «¡Qué raro que suena todo esto! ¿Y de dónde lo sabrá nuestro hombre?».

En mi exposición no utilizaré ninguno de esos métodos, sino que seguiré ora uno, ora el otro. No me engaño acerca de la dificultad de mi tarea. El psicoanálisis tiene pocas perspectivas de ser bien visto o popular. Y no sólo porque muchos de sus contenidos afrentan los sentimientos de numerosas personas; casi igual efecto perturbador produce el hecho

de incluir nuestra ciencia algunos supuestos —uno no sabe si contarlos entre los resultados de nuestro trabajo o entre sus premisas¹— que no pueden sino parecer en grado sumo ajenos al pensar ordinario de la multitud y contradicen de manera radical ciertas opiniones dominantes. No hay remedio: con la elucidación de dos de estos delicados supuestos tenemos que inaugurar la serie de nuestros breves estudios.

La naturaleza de lo psíquico

El psicoanálisis es una parte de la ciencia sobre el alma, de la psicología. También se lo llama «psicología de lo profundo»; luego averiguaremos la razón de ello. Si alguien preguntara qué es propiamente lo psíquico, fácil sería responderle remitiéndolo a sus contenidos. Nuestras percepciones, representaciones, recuerdos, sentimientos y actos de voluntad, todo esto pertenece a lo psíquico. Pero si esa inquisición prosiguiera, y ahora quisiera saber si todos esos procesos poseen un carácter común que nos permitiera asir de una manera más ceñida la naturaleza o, como también se dice, la esencia de lo psíquico, sería más difícil dar una respuesta.

Si se hubiera dirigido una pregunta análoga a un físico (p. ej., acerca de la esencia de la electricidad), su respuesta —hasta hace muy poco tiempo— habría sido: «Para explicar ciertos fenómenos suponemos unas fuerzas eléctricas que son inherentes a las cosas y parten de ellas. Estudiamos estos fenómenos, hallamos sus leyes y aun logramos aplicaciones prácticas. Provisionalmente nos basta. En cuanto a la esencia de la electricidad, no la conocemos; quizá más tarde, en el progreso de nuestro trabajo, habremos de averiguarla. Confesamos que nuestra ignorancia atañe, justamente, a lo más importante e interesante de todo el asunto, pero ello no nos turba por ahora. Nunca ha sido de otro modo en las ciencias naturales».

La psicología es también una ciencia natural. ¿Qué otra cosa puede ser? Pero su caso es de diverso orden. No cualquiera osa formular juicios sobre cosas físicas, pero todos —el filósofo tanto como el hombre de la calle— tienen su opinión sobre cuestiones psicológicas y se comportan como

¹ [En la única edición alemana que contiene el presente pasaje, esta palabra, «*Voraussetzungen*», ha sido inexplicablemente cambiada por «*Moralbesetzungen*», «investiduras morales».]

si fueran al menos unos psicólogos aficionados. Y aquí viene lo asombroso: que todos —o casi todos— están de acuerdo en que lo psíquico posee efectivamente un carácter común en que se expresa su esencia. Es el carácter único, indescriptible pero que tampoco ha menester de descripción alguna, de la *condición de conciente*. Se dice que todo lo conciente es psíquico, y también, a la inversa, que todo lo psíquico es conciente. Que sería algo evidente, y un disparate contradecirlo. Ahora bien, no puede aseverarse que con esta decisión se arroje mucha luz sobre la esencia de lo psíquico; en efecto, ante la condición de conciente, uno de los hechos fundamentales de nuestra vida, se detiene la investigación como frente a un muro. No halla camino alguno que lleve a otra parte. Y además, la equiparación de lo anímico con lo conciente producía la insatisfactoria consecuencia de desgarrar los procesos psíquicos del nexo del acontecer universal, y así contraponerlos, como algo ajeno, a todo lo otro. Pero esto no era aceptable, pues no se podía ignorar por largo tiempo que los fenómenos psíquicos dependen en alto grado de influjos corporales y a su vez ejercen los más intensos efectos sobre procesos somáticos. Si el pensar humano ha entrado alguna vez en un callejón sin salida, es este. Para hallar una salida, los filósofos debieron por lo menos adoptar el supuesto de que existían procesos orgánicos paralelos a los psíquicos concientes, ordenados con respecto a ellos de una manera difícil de explicar, que, según se suponía, mediaban la acción recíproca entre «cuerpo y alma» y reinsertaban lo psíquico dentro de la ensambladura de la vida. Pero esta solución seguía siendo insatisfactoria.

El psicoanálisis se sustrajo de estas dificultades contradiciendo con energía la igualación de lo psíquico con lo conciente. No; la condición de conciente no puede ser la esencia de lo psíquico, sólo es una cualidad suya, y por añadidura una cualidad inconstante, más a menudo ausente que presente. Lo psíquico en sí, cualquiera que sea su naturaleza, es inconciente, probablemente del mismo modo que todos los otros procesos de la naturaleza de los cuales hemos tomado noticia.

Para fundar su enunciado, el psicoanálisis invoca una serie de hechos, de los cuales se ofrece una selección en lo que sigue.

Se conocen las llamadas «ocurrencias», unos pensamientos que afloran a la conciencia de pronto y ya acabados, sin que uno tenga noticia de sus preparativos, pero que, no obstante, tienen que haber sido actos psíquicos. Así es; puede

acontecer que de esa manera uno reciba la solución de un difícil problema intelectual, sobre el cual un rato antes se devanaba los sesos en vano. Habían escapado de la conciencia todos los complicados procesos de selección, desestimación y decisión, que llenaron el intervalo. No creamos ninguna teoría nueva si decimos que han sido inconcientes, y acaso lo siguieron siendo.

En segundo lugar, he escogido, de un grupo enormemente grande de fenómenos, un ejemplo destinado a subrogarnos todos los demás.² El presidente de un cuerpo colegiado (la Cámara de Diputados de Austria) abrió cierta vez las sesiones con las siguientes palabras: «Compruebo la presencia en el recinto de un número suficiente de señores diputados, y por tanto declaro *cerrada* la sesión». Fue un caso de *desliz en el habla*; no hay duda de que el presidente quiso decir: «la declaro *abierta*». Entonces, ¿por qué dijo lo contrario? Uno está preparado a oír esta respuesta: Fue un error casual, un yerro de la intención, como es tan fácil que suceda bajo toda clase de influjos; no tiene por qué significar nada, y además es muy sencillo que los contrarios, justamente, se permuten entre sí. No obstante, si uno examina la situación en la cual ocurrió el desliz en el habla, se inclinará a preferir otra concepción. Muchas sesiones anteriores de la Cámara habían trascendido en medio de unas tormentas poco edificantes e infructuosas; era asaz comprensible que el presidente pensara, pues, en el momento de la apertura: «Ojalá la sesión que debe empezar ahora ya hubiera pasado. Antes preferiría cerrarla que abrirla». Cuando comenzó a hablar, es probable que este deseo no le fuera presente, conciente, pero sin duda había estado presente y consiguió abrirse paso, contra el propósito del hablante, en su aparente error. En esta oscilación nuestra entre dos explicaciones tan diversas, difícilmente pueda decidir un caso aislado. Pero, ¿y si todos los otros casos de desliz en el habla admitieran un mismo esclarecimiento, como así también los parecidos errores en la escritura, la lectura, la audición y el trastocar las cosas confundido? ¿Y si en todos estos casos —en verdad, sin excepción— se pudiera rastrear un acto psíquico, un pensamiento, un deseo, un propósito, capaz de justificar el supuesto error, y este fuera inconciente en el momento en que exteriorizó su efecto, aunque hubiera podido ser conciente antes? Entonces, en realidad, ya no se podría cuestionar que existen actos psíquicos que son incon-

² Cf. *Psicopatología de la vida cotidiana* [(1901b), AE, 6, págs. 62-3].

cientes, más aún, que pueden devenir activos en el intervalo en que son inconcientes, y en ese intervalo son aun capaces de vencer a unos propósitos concientes. El individuo mismo se puede comportar de diversos modos ante semejante operación fallida. Puede ignorarla por completo, o reparar él mismo en ella; quedar turbado, avergonzarse de ella. Pero, en general, no es capaz de hallar por sí mismo la explicación del error; para ello ha menester de una ayuda, y a menudo se revuelve, al menos por un rato, contra la solución que se le comunica.

Y en tercer lugar: en personas hipnotizadas se puede demostrar experimentalmente que existen actos psíquicos inconcientes, y que la condición de conciente no es indispensable para la actividad [psíquica]. Quien haya asistido a un experimento tal habrá recibido una impresión inolvidable y adquirido una inmovible convicción. Sucede más o menos así: El médico entra en la habitación de los enfermos en el hospital, deja su paraguas en un rincón, pone en estado de hipnosis a uno de los pacientes, y le dice: «Ahora yo me retiro; cuando regrese, usted me saldrá al encuentro con el paraguas abierto, y lo sostendrá sobre mi cabeza». Tras ello, médico y acompañante abandonan la habitación. Tan pronto regresan, el enfermo ahora despierto realiza justamente aquello que se le ordenó en la hipnosis. El médico le increpa: «¿Pero qué hace usted? ¿Qué sentido tiene esto?». El paciente queda evidentemente turbado, balbucea algo así como: «Sólo pensé, doctor, que llovía afuera, y entonces usted abriría el paraguas antes de salir de la habitación». Un subterfugio a todas luces insuficiente, inventado en el momento para motivar de algún modo su comportamiento sin sentido. Pero para los espectadores es claro que él no tiene noticia de su motivo real y efectivo. Nosotros lo conocemos, pues estábamos presentes cuando él recibió la sugestión que ahora ha obedecido, si bien nada sabe de su existencia dentro de él.³

Ahora consideramos tramitada la pregunta por la relación de lo conciente con lo psíquico: la conciencia es sólo una cualidad (propiedad) —inconstante, por lo demás— de lo psíquico. Todavía tenemos que defendernos de una objeción. Ella nos dice que, a pesar de los hechos mencionados, no es necesario resignar la identidad de lo conciente con

³ Presencé este experimento de Bernheim en Nancy en 1889. Puedo prescindir hoy de la duda acerca del carácter genuino de tales fenómenos hipnóticos. [Freud narra con más detalle su visita a Nancy en el primer capítulo de su *Presentación autobiográfica* (1925d), AE, 20, pág. 17.]

lo psíquico. Y que los llamados procesos psíquicos inconcientes serían, justamente, los procesos orgánicos paralelos de lo anímico, hace mucho admitidos. Es verdad que esto reduciría nuestro problema a una cuestión de definición en apariencia indiferente. He aquí nuestra respuesta: Sería injustificado, y muy inadecuado, destruir la unidad de la vida anímica en aras de una definición, cuando nosotros vemos, al contrario, que la conciencia sólo puede brindarnos unas series incompletas y lagunosas de fenómenos. Y, por otra parte, difícilmente se deba al azar que sólo tras el cambio en la definición de lo psíquico se volviera posible crear una teoría abarcadora y coherente de la vida anímica.

No es lícito creer, además, que esta otra concepción de lo psíquico sea una innovación debida al psicoanálisis. Un filósofo alemán, Theodor Lipps,⁴ ha proclamado de manera tajante que lo psíquico es en sí inconciente, que lo inconciente es lo psíquico genuino. Hacía mucho tiempo que el concepto de lo inconciente golpeaba a las puertas de la psicología para ser admitido. Filosofía y literatura jugaron con él tanto a menudo, pero la ciencia no sabía emplearlo. El psicoanálisis se ha apoderado de este concepto, lo ha tomado en serio, lo ha llenado con un contenido nuevo. Sus investigaciones dieron noticia sobre unos caracteres hasta hoy insospechados de lo psíquico inconciente, descubrieron algunas de las leyes que lo gobiernan. Pero con todo ello no se dice que la cualidad de la condición de conciente haya perdido su significatividad para nosotros. Sigue siendo la única luz que nos alumbraba y guía en la oscuridad de la vida anímica. A consecuencia de la naturaleza particular de nuestro discernimiento, nuestro trabajo científico en la psicología consistirá en traducir procesos inconcientes a procesos concientes, y de tal modo llenar las lagunas de la percepción conciente. (. . .)

⁴ [1851-1914. Profesor de filosofía en Munich. Se hallarán algunas acotaciones acerca de la relación de Freud con los escritos de Lipps en mi «Introducción» al libro sobre el chiste (1905c), *AE*, 8, págs. 4-5.]

Comentario sobre
el antisemitismo
(1938)

Nota introductoria

«Ein Wort zum Antisemitismus»

Edición en alemán

1938 *Die Zukunft: ein neues Deutschland ein neues Europa*, n.º 7, 25 de noviembre, pág. 2.

*Traducciones en castellano **

- 1968 «Un comentario sobre el antisemitismo». *BN* (3 vols.), 3, págs. 1007-8. Traducción de Ramón Rey-Ardid.
- 1975 Igual título. *BN* (9 vols.), 9, págs. 3424-5. El mismo traductor.

Algunos pormenores sobre la revista en que apareció este artículo han sido proporcionados por Arthur Koestler (1954, págs. 406 y sigs.), su director a la sazón. Publicada en París, la describe como «un semanario de emigrados alemanes». Comenzó a aparecer en el otoño de 1938 y dejó de hacerlo unos dieciocho meses después. Koestler se hizo cargo de ella durante los primeros meses. El artículo de Freud salió en un número «anglo-germano» bilingüe; Koestler relata que acudió a Londres para persuadir a Freud de que enviara su colaboración. En la actualidad esta revista es difícil de conseguir, y estamos sumamente agradecidos al doctor K. R. Eissler, de los Archivos Sigmund Freud, por habernos suministrado copias fotostáticas del manuscrito original, del artículo impreso y de una muy libre traducción contemporánea anónima al idioma inglés.**

Como se verá, el artículo consiste casi enteramente en una cita de una fuente de la cual Freud declara no guardar me-

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y n. 6.}

** {La presente versión castellana ha sido tomada de la traducción inglesa de la *Standard Edition*.}

moria. Se ha sugerido, con cierta verosimilitud, que la cita pertenece en realidad al propio Freud, quien escogió esa manera indirecta para expresar puntos de vista que no le eran muy gratos. En todo caso, hay un gran parentesco entre mucho de lo que aquí se sostiene y opiniones manifestadas por Freud en otros sitios, particularmente en *Moisés y la religión monoteísta* (1939a), que acababa de terminar. (Véase, por ejemplo, *supra*, págs. 86-8 y 102-3.) Y el argumento, expuesto aquí tan notoriamente, de que las protestas contra la persecución a los judíos debían ser elevadas por personas *que no fueran judías* aparece, asimismo, en la carta que Freud dirigió a *Time and Tide* (1938c), publicada un día después que este artículo (cf. *infra*, págs. 303-4).

James Strachey

Examinando los comentarios de la prensa y de la literatura provocados por las recientes persecuciones a los judíos, encontré un ensayo que me pareció tan inusual que tomé algunas notas para mi propio uso.

Lo que el autor de ese ensayo escribía era aproximadamente lo siguiente:

«A modo de prólogo, debo explicar que no soy judío y, por ende, no me impulsa a hacer estas observaciones ningún propósito egoísta. Pero he sentido vivo interés por los excesos antisemitas actuales y he dirigido particular atención a las protestas contra ellos. Estas protestas vienen de dos direcciones: la eclesiástica y la laica; las primeras, en nombre de la religión; las segundas, apelando a la humanidad. Las primeras fueron escasas y llegaron tarde, pero lo cierto es que llegaron, y aun Su Santidad el Papa elevó su voz. Confieso que eché en falta algo en las manifestaciones provenientes de *ambos* lados: alguna cosa al principio y otra al final. Intentaré proporcionarlo ahora.

»Pienso que todas esas protestas podrían ir precedidas por una introducción especial que dijera: “Es verdad: tampoco *a mí* me gustan los judíos. Me parecen en cierto modo extraños y antipáticos. Tienen muchas cualidades desagradables y grandes defectos. Pienso, también, que la influencia que han ejercido en nosotros y en nuestros asuntos ha sido sobre todo negativa. Su raza, comparada con la nuestra, es evidentemente inferior; todas sus actividades hablan en favor de ello”. Y después de esto, lo que en realidad contienen estas protestas podría continuar *sin que hubiera discrepancia alguna*: “Pero nosotros profesamos una religión de amor. Debemos amar como a nosotros mismos incluso a nuestros enemigos. Sabemos que el Hijo de Dios dio su vida en la Tierra para redimir a *todos* los hombres de la carga del pecado. El es nuestro modelo y, por consiguiente, consentir que los judíos sean insultados, maltratados, robados y sumidos en la miseria es pecar contra su intención y contra los mandamientos de la religión cristiana. Debemos protes-

tar contra esto, sin tener en cuenta si los judíos merecen poco o mucho este trato". Los escritores laicos que creen en el evangelio de la Humanidad protestan en términos similares.

»Confieso que no me ha satisfecho ninguna de estas manifestaciones. Aparte de la religión de amor y humanidad hay también una religión de verdad, que ha salido mal parada de estas protestas. Pero lo cierto es que durante muchos siglos hemos tratado injustamente a los judíos y que continuamos haciéndolo al juzgarlos injustamente. Cualquiera de nosotros que no empiece por admitir nuestra culpa no ha cumplido con su deber en esto. Los judíos no son peores que nosotros; tienen otras características y otros defectos, pero en conjunto no tenemos derecho a despreciarlos. Incluso en algunos aspectos son superiores a nosotros. Ellos no necesitan tanto alcohol para hacer la vida tolerable; son muy raros entre ellos los crímenes brutales, los asesinatos, los robos a mano armada y las violencias sexuales; siempre han concedido gran valor a las realizaciones e intereses intelectuales; su vida familiar es más íntima; cuidan mejor de los pobres; consideran la caridad un deber sagrado. Tampoco podemos llamarlos inferiores en ningún sentido. Desde que les hemos permitido cooperar en nuestros quehaceres culturales, se han hecho meritorios por sus valiosas contribuciones en todas las esferas de la ciencia, el arte y la tecnología, y nos han pagado abundantemente por nuestra tolerancia. Así pues, cesemos por fin de hacerles concesiones como si fueran favores, cuando ellos tienen derecho a que se les haga justicia».

Era natural que tan decidida adhesión de parte de alguien que no era judío causara en mí una profunda impresión. Pero tengo que hacer una extraña confesión. Soy un hombre muy viejo y mi memoria no es ya la que era. No puedo recordar dónde leí el ensayo del que tomé las notas ni quién era su autor. ¿Tal vez uno de los lectores de esta revista podrá venir en mi ayuda?

Acaba de llegar a mis oídos el rumor de que probablemente tenía presente el libro del conde Heinrich Coudenhove-Kalergi titulado *Das Wesen des Antisemitismus* {La esencia del antisemitismo}, que contiene precisamente lo que el autor que ahora no puedo recordar echaba en falta en las recientes protestas, y algunas cosas más. Conozco el libro. Apareció por vez primera en 1901 y fue reimpresso por su hijo [el conde Richard Coudenhove-Kalergi] en 1929

con una admirable introducción. Pero no puede ser. Yo me refiero a un pronunciamiento más breve y reciente. ¿O estoy equivocado, no existe tal cosa, y el trabajo de los dos Coudenhoves no ha tenido influencia alguna en nuestros contemporáneos?

Escritos breves

(1937 - 38)

Lou Andreas-Salomé¹

(1937)

El 5 de febrero de este año tuvo dulce muerte, en su casita de Gotinga, Lou Andreas-Salomé, poco antes de cumplir los 76 años. Los últimos veinticinco años de vida de esta mujer extraordinaria estuvieron dedicados al psicoanálisis, al cual brindó valiosos trabajos científicos, ejerciéndolo además en la práctica. No digo gran cosa si confieso que todos nosotros sentimos como un honor su ingreso en las filas de nuestros colaboradores y compañeros de lucha, y, al mismo tiempo, como una nueva confirmación del contenido de verdad de las doctrinas analíticas.

Se sabía que siendo joven había mantenido intensa amistad con Friedrich Nietzsche, una amistad fundada en su profunda inteligencia para las osadas ideas del filósofo. La relación halló un final repentino cuando ella rechazó la propuesta matrimonial que él le hizo. Y de años posteriores se conocía que había sido tanto musa como madre solícita para el gran poeta Rainer Maria Rilke, hombre bastante desvalido en el diario vivir. Pero en lo demás, su personalidad permaneció en las sombras. Era de una modestia y una discreción poco comunes. Nunca hablaba de sus propias producciones poéticas y literarias. Era evidente que sabía dónde es preciso buscar los reales valores de la vida. Quien se le acercaba recibía la más intensa impresión de la autenticidad y la armonía de su ser, y también podía comprobar, para su asombro, que todas las debilidades femeninas y quizá la ma-

¹ [«Lou Andreas-Salomé». *Ediciones en alemán*: 1937: *Int. Z. Psychoanal.*, **23**, n.º 1, pág. 5; 1950: *GW*, **16**, pág. 270. {*Traducciones en castellano* (cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y n. 6): 1955: «En memoria de Lou Andreas-Salomé», *SR*, **20**, págs. 222-3, trad. de L. Rosenthal; 1968: Igual título, *BN* (3 vols.), **3**, págs. 338-9; 1975: Igual título, *BN* (9 vols.), **9**, pág. 3338.}

Lou Andreas-Salomé nació en San Petersburgo en 1861. Su esposo, Friedrich Carl Andreas (1846-1930), era profesor de lenguas orientales en Gotinga. Contrajeron matrimonio en 1887. El volumen de la correspondencia de Freud (1960a) editado por su hijo Ernst contiene algunas cartas dirigidas a ella. Véase también en el libro preparado por Ernst Pfeifer (Freud, 1966a) la muy completa edición de las cartas que ambos intercambiaron.]

yoría de las debilidades humanas le eran ajenas, o las había vencido en el curso de su vida.

En Viena se había desarrollado, en aquel tiempo, el episodio más conmovedor de sus destinos femeninos. En 1912 regresó a esta ciudad para hacerse introducir en el psicoanálisis. Mi hija, que mantenía trato familiar con ella, la oyó lamentarse por no haber conocido al psicoanálisis en su juventud. Es verdad que por entonces no lo había.

Febrero de 1937

Conclusiones, ideas, problemas¹

(1941 [1938])

Londres, junio de 1938

16 de junio. Es interesante que de vivencias tempranas, por oposición a las posteriores, se conserven todas las diferentes reacciones, incluidas desde luego las reacciones opuestas. Ello en lugar de la decisión, que más tarde sería el resultado. Explicación: endebles de la síntesis, conservación del carácter de los procesos primarios.

12 de julio. En sustitución de la envidia del pene, identificación con el clítoris, buenísima expresión de la inferioridad, fuente de toda clase de inhibiciones. Para eso —en el caso X.—, desmentida del descubrimiento de que tampoco las otras mujeres tienen un pene.

«Tener» y «ser» en el niño. El niño tiende a expresar el vínculo de objeto mediante la identificación: «Yo soy el objeto». El «tener» es posterior, vuelve de contrachoque al «ser» tras la pérdida del objeto. «El pecho es un pedazo mío, yo soy el pecho». Luego, sólo: «Yo lo tengo, es decir, yo no lo soy...».

12 de julio. Con el neurótico se está como en un paisaje prehistórico, por ejemplo en el jurásico. Los grandes saurios rondan todavía, y los equisetos crecen como palmas (?).

¹ [Estos breves párrafos, desconectados entre sí, se publicaron en alemán al final del volumen de obras póstumas que vio la luz en 1941 (*GW*, **17**, págs. 149-52) con el título «Ergebnisse, Ideen, Probleme: London, Juni 1938». Salvo la fecha, el resto del título fue puesto por Freud. El manuscrito de estas anotaciones, junto con otras dos omitidas en la edición alemana, ocupa las dos carillas de una sola hoja de papel. {*Traducciones en castellano* (cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y n. 6): 1951: «Conclusiones, ideas, problemas», *RP*, **8**, n.º 1, págs. 60-1, trad. de L. Rosenthal; 1955: Igual título, *SR*, **21**, págs. 135-8, el mismo traductor; 1968: «Hallazgos, ideas, problemas», *BN* (3 vols.), **3**, págs. 339-40, trad. de R. Rey-Ardid; 1968: «Construcciones, ideas, problemas», *BN* (3 vols.), **3**, págs. 446-7; 1975: Igual título, *BN* (9 vols.), **9**, págs. 3431-2.}]

20 de julio. El supuesto de unas huellas heredadas en el interior del ello modifica, por así decir, nuestras opiniones sobre esto.

20 de julio. Que el individuo parece por sus conflictos internos, y la especie en la lucha con el mundo exterior, al cual ya no se adapta, merece cabida en el *Moisés*.

3 de agosto. Una conciencia de culpa nace también de un amor insatisfecho. Como un odio. Realmente hemos tenido que producir con este material todo lo posible, como los Estados autárquicos con sus «productos sustitutivos».

3 de agosto. Razón última de todas las inhibiciones intelectuales y de trabajo parece ser la inhibición del onanismo infantil. Pero acaso llega más hondo, no se trata de su inhibición por influjos externos, sino de su naturaleza insatisfactoria en sí. Siempre falta algo para el pleno aligeramiento y la satisfacción —«*en attendant toujours quelque chose qui ne venait point*»—,* y esta pieza faltante, la reacción del orgasmo, se exterioriza en equivalentes en otros ámbitos: ausencias, estallidos de risa, llanto (Xy), y quizás otras cosas. — La sexualidad infantil ha vuelto a fijar aquí un arquetipo.

22 de agosto. La espacialidad acaso sea la proyección del carácter extenso del aparato psíquico. Ninguna otra derivación es verosímil. En lugar de las condiciones *a priori* de Kant, nuestro aparato psíquico. Psique es extensa, nada sabe de eso.

22 de agosto. Mística, la oscura percepción de sí del reino que está fuera del yo, del ello.

* {«esperando siempre algo que nunca vino».}

Antisemitismo en Inglaterra

(Carta a *Time and Tide*)¹
(1938)

20 Maresfield Gardens
Londres, N.W. 3
16.11.1938

A la directora de *Time and Tide*

Llegué a Viena siendo un niño de cuatro años, desde un pequeño pueblo de Moravia. Tras setenta y ocho años de laborioso trabajo tuve que abandonar mi hogar, asistí a la disolución de la Sociedad científica que yo había fundado, vi destruidas nuestras instituciones, ocupada por los invasores nuestra imprenta («Verlag»), confiscados o reducidos a pulpa los libros que yo había publicado, expulsados de sus profesiones a mis hijos. ¿No cree usted que debería reservar las columnas de su número especial para declaraciones de personas no judías, menos comprometidas que yo en lo personal?

En este sentido, acude a mi mente ahora un antiguo dicho francés:

*«Le bruit est pour le fat,
La plainte est pour le sot;
L'honnête homme trompé
S'en va et ne dit mot».*²*

¹ [Esta carta, escrita por Freud en inglés, responde a una solicitud de la directora de *Time and Tide* (Lady Rhondda), quien le pidió una colaboración para un número especial dedicado al antisemitismo. Fue publicada en el periódico el 26 de noviembre de 1938 (pág. 1649) con el título «A Letter from Freud» {«Una carta de Freud»}. Ernst Freud la incluyó en su recopilación de las cartas de su padre (Freud, 1960a). {*Traducciones en castellano* (cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y n. 6): 1968: «Antisemitismo en Inglaterra», *BN* (3 vols.), **3**, pág. 341, trad. de R. Rey-Ardid; 1975: Igual título, *BN* (9 vols.), **9**, pág. 3426, el mismo traductor.}]

* {«El ruido es para el fatuo, / la queja es para el tonto; / el hombre honesto engañado / se va sin decir palabra»}

² [De la obra de Jean Sauvé de la Noue (1701-1761) titulada *La coquette corrigée*, acto I, escena 3.]

Me afectó profundamente el párrafo de su carta en que usted reconoce «un cierto agravamiento del antisemitismo, aun en este país». La persecución actual, yo pregunto, ¿no debería más bien dar origen en este país a una corriente de simpatía?

Bibliografía e índice de autores

[Los títulos de libros y de publicaciones periódicas se dan en bastardilla, y los de artículos, entre comillas. Las abreviaturas utilizadas para las publicaciones periódicas fueron tomadas de la *World List of Scientific Periodicals* (Londres, 1952; 4ª ed., 1963-65). Otras abreviaturas empleadas en este libro figuran *supra*, pág. xiv. Los números en negrita corresponden a los volúmenes en el caso de las revistas y otras publicaciones, y a los tomos en el caso de libros. Las cifras entre paréntesis al final de cada entrada indican la página o páginas de este libro en que se menciona la obra en cuestión. Las letras en bastardilla anexas a las fechas de publicación (tanto de obras de Freud como de otros autores) concuerdan con las correspondientes entradas de la «Bibliografía general» que será incluida en el volumen 24 de estas *Obras completas*.

Esta bibliografía cumple las veces de índice onomástico para los autores de trabajos especializados que se mencionan a lo largo del volumen. Para los autores no especializados, y para aquellos autores especializados de los que no se menciona ninguna obra en particular, consúltese el «Índice alfabético».

{En las obras de Freud se han agregado entre llaves las referencias a la *Studienausgabe* (SA), así como a las versiones castellanas de Santiago Rueda (SR), Biblioteca Nueva (BN, 1972-75, 9 vols.) o *Revista de Psicoanálisis* (RP), y a las incluidas en los volúmenes correspondientes a esta versión de Amorrortu editores (AE). En las obras de otros autores se consignan, también entre llaves, las versiones castellanas que han podido verificarse con las fuentes de consulta bibliográfica disponibles.}]

- Adler, A. (1910) «Der psychische Hermaphroditismus im Leben und in der Neurose», *Fortschr. Med.*, **28**, pág. 486. (252)
- Aichhorn, A. (1925) *Verwahrloste Jugend*, Viena. {*Juventud descarriada*, Madrid: Martínez de Murguía.} (249)

- Atkinson, J. J. (1903) *Primal Law*, Londres. Incluido en A. Lang, *Social Origins*, Londres, 1903. (77, 126)
- Auerbach, E. (1932, 1936) *Wüste und Gelobtes Land* (2 vols.), Berlín. (42, 61)
- Breasted, J. H. (1906) *A History of Egypt*, Londres. (8, 20, 22-3)
- (1934) *The Dawn of Conscience*, Londres. (8-9, 20, 22-24, 48)
- Breuer, J. y Freud, S. (1893): véase Freud, S. (1893a). (1895): véase Freud, S. (1895d).
- Brunswick, R. Mack (1928a) «A Supplement to Freud's "History of an Infantile Neurosis"», *Int. J. Psychoanal.*, 9, pág. 439. Reimpreso con agregados en *The Psycho-Analytic Reader*, ed. por R. Fliess, Londres y Nueva York, 1948; Londres, 1950. Ed. en alemán: «Ein Nachtrag zu Freuds "Geschichte einer infantilen Neurose"», *Int. Z. Psychoanal.*, 15, n° 1, 1929, pág. 1. {«Una contribución a la "Historia de una neurosis infantil" de Freud», en O. Fenichel y otros, *Travestismo, fetichismo, neurosis infantil*, Buenos Aires: Paidós, cap. III, pág. 48. «Suplemento a la "Historia de una neurosis infantil" de Freud», en *Los casos de Sigmund Freud*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1, pág. 179. «Continuación de la "Historia de una neurosis infantil" de Freud», *RP*, 5, n° 3, 1947-48, pág. 715.} (221)
- Cambridge Ancient History* (1924) (ed. por J. B. Bury, S. A. Cook y F. E. Adcock), 2, *The Egyptian and Hittite Empires to 1000 B. C.*, Cambridge. (Capítulos de historia egipcia por J. H. Breasted.) (20)
- Capelle, W. (1935) *Die Vorsokratiker*, Leipzig. (246-8)
- Darwin, C. (1871) *The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex* (2 vols.), Londres. {*El origen del hombre y la selección en relación al sexo*, Madrid: Edaf.} (77, 126)
- Eisler, R. (1929, 1930) Ἰησοῦς βασιλεὺς οὐ βασιλεύσας (2 vols.), Heidelberg. (238)
- Encyclopaedia Britannica* (1910-11) 11ª ed., Cambridge. (41)
- Erman, A. (1905) *Die Ägyptische Religion*, Berlín. (22, 24, 29-30)
- Ferenczi, S. (1913c) «Entwicklungsstufen des Wirklichkeitssinnes», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, 1, pág. 124. {«Estadios en el desarrollo del sentido de la realidad», en *Sexo y psicoanálisis*, Buenos Aires: Hormé, cap. VIII, pág. 153. En *RP*, 5, n° 3, 1947-48, pág. 807.} (151)

- (1928) «Das Problem der Beendigung der Analysen», *Int. Z. Psychoanal.*, **14**, pág. 1. (248, 253)
- Frazer, J. G. (1911c) *The Dying God (The Golden Bough*, 3ª ed., parte III), Londres. (86, 107)
- Freud, A. (1936) *Das Ich und die Abwehrmechanismen*, Viena. {*El yo y los mecanismos de defensa*, Buenos Aires: Paidós.} (238, 240)
- Freud, S. (1893a) En colaboración con Breuer, J., «Über den psychischen Mechanismus hysterischer Phänomene: Vorläufige Mitteilung» {«Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar». Es el cap. I de *Estudios sobre la histeria* (1895d)}, *GS*, **1**, pág. 7; *GW*, **1**, pág. 81; *SE*, **2**, pág. 3. {*SR*, **10**, pág. 9; *BN*, **1**, pág. 41; *AE*, **2**, pág. 27.} (270)
- (1893b) «Über den psychischen Mechanismus hysterischer Phänomene» {«Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos»} (conferencia; versión taquigráfica revisada por el conferencista). *Wien. med. Presse*, **34**, nº 4, pág. 121, y nº 5, pág. 165; *SE*, **3**, pág. 27. {*SA*, **6**, pág. 9; *RP*, **13**, nº 3, 1956, pág. 266; *AE*, **3**, pág. 25.} (148)
- (1894a) «Die Abwehr-Neuropsychosen» {«Las neuropsicosis de defensa»}, *GS*, **1**, pág. 290; *GW*, **1**, pág. 59; *SE*, **3**, pág. 43. {*SR*, **11**, pág. 85; *BN*, **1**, pág. 169; *AE*, **3**, pág. 41.} (166)
- (1895d) En colaboración con Breuer, J., *Studien über Hysterie* {*Estudios sobre la histeria*}, Viena; reimpresión, Francfort, 1970. *GS*, **1**, pág. 3; *GW*, **1**, pág. 77 (estas ediciones no incluyen las contribuciones de Breuer); *SE*, **2** (incluye las contribuciones de Breuer). {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 37 (sólo la parte IV: «Zur Psychotherapie der Hysterie»); *SR*, **10**, pág. 7; *BN*, **1**, pág. 39 (estas ediciones no incluyen las contribuciones de Breuer); *AE*, **2**, incluye las contribuciones de Breuer.} (104)
- (1896b) «Weitere Bemerkungen über die Abwehr-Neuropsychosen» {«Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa»}, *GS*, **1**, pág. 363; *GW*, **1**, pág. 379; *SE*, **3**, pág. 159. {*SR*, **11**, pág. 175; *BN*, **1**, pág. 286; *AE*, **3**, pág. 157.} (123, 125, 215, 274)
- (1898b) «Zum psychischen Mechanismus der Vergesslichkeit» {«Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria»}, *GW*, **1**, pág. 519; *SE*, **3**, pág. 289. {*SR*, **22**, pág. 477; *AE*, **3**, pág. 277.} (267)
- (1899a) «Über Deckerinnerungen» {«Sobre los recuerdos encubridores»}, *GS*, **1**, pág. 465; *GW*, **1**, pág.

Freud, S. (cont.)

- 531; SE, 3, pág. 301. {SR, 12, pág. 205; BN, 1, pág. 330; AE, 3, pág. 291.} (267)
- (1900a [1899]) *Die Traumdeutung* {*La interpretación de los sueños*}, Viena. GS, 2-3; GW, 2-3; SE, 4-5. {SA, 2; SR, 6-7, y 19, pág. 217; BN, 2, pág. 343; AE, 4-5.} (10-1, 98, 137, 158, 192, 244)
- (1901b) *Zur Psychopathologie des Alltagslebens* {*Psicopatología de la vida cotidiana*}, Berlín, 1904. GS, 4, pág. 3; GW, 4; SE, 6. {SR, 1; BN, 3, pág. 755; AE, 6.} (125, 266-7, 286)
- (1905c) *Der Witz und seine Beziehung zum Unbewussten* {*El chiste y su relación con lo inconciente*}, Viena. GS, 9, pág. 5; GW, 6; SE, 8. {SA, 4, pág. 9; SR, 3, pág. 7; BN, 3, pág. 1029; AE, 8.} (156, 288)
- (1905d) *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie* {*Tres ensayos de teoría sexual*}, Viena. GS, 5, pág. 3; GW, 5, pág. 29; SE, 7, pág. 125. {SA, 5, pág. 37; SR, 2, pág. 7, y 20, pág. 187; BN, 4, pág. 1169; AE, 7, pág. 109.} (147)
- (1905e [1901]) «Bruchstück einer Hysterie-Analyse» {«Fragmento de análisis de un caso de histeria»}, GS, 8, pág. 3; GW, 5, pág. 163; SE, 7, pág. 3. {SA, 6, pág. 83; SR, 15, pág. 7; BN, 3, pág. 933; AE, 7, pág. 1.} (259)
- (1907a) *Der Wahn und die Träume in W. Jensens* «*Gradiva*» {*El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen*}, Viena. GS, 9, pág. 273; GW, 7, pág. 31; SE, 9, pág. 3. {SA, 10, pág. 9; SR, 3, pág. 209; BN, 4, pág. 1285; AE, 9, pág. 1.} (125)
- (1907c) «Zur sexuellen Aufklärung der Kinder» {«El esclarecimiento sexual del niño»}, GS, 5, pág. 134; GW, 7, pág. 19; SE, 9, pág. 131. {SA, 5, pág. 159; SR, 13, pág. 19; BN, 4, pág. 1244; AE, 9, pág. 111.} (236)
- (1908c) «Über infantile Sexualtheorien» {«Sobre las teorías sexuales infantiles»}, GS, 5, pág. 168; GW, 7, pág. 171; SE, 9, pág. 207. {SA, 5, pág. 169; SR, 13, pág. 47; BN, 4, pág. 1262; AE, 9, pág. 183.} (71)
- (1908d) «Die „kulturelle“ Sexualmoral und die moderne Nervosität» {«La moral sexual „cultural“ y la nerviosidad moderna»}, GS, 5, pág. 143; GW, 7, pág. 143; SE, 9, pág. 179. {SA, 9, pág. 9; SR, 13, pág. 27; BN, 4, pág. 1249; AE, 9, pág. 159.} (116)
- (1909b) «Analyse der Phobie eines fünfjährigen Knaben» {«Análisis de la fobia de un niño de cinco años»}, GS,

Freud, S. (cont.)

- 8, pág. 129; *GW*, 7, pág. 243; *SE*, 10, pág. 3. {*SA*, 8, pág. 9; *SR*, 15, pág. 113; *BN*, 4, pág. 1365; *AE*, 10, pág. 1.} (88)
- (1909c [1908]) «Der Familienroman der Neurotiker» {«La novela familiar de los neuróticos»}, *GS*, 12, pág. 367; *GW*, 7, pág. 227; *SE*, 9, pág. 237. {*SA*, 4, pág. 221; *SR*, 21, pág. 163; *BN*, 4, pág. 1361; *AE*, 9, pág. 213.} (12)
- (1909d) «Bemerkungen über einen Fall von Zwangsneurose» {«A propósito de un caso de neurosis obsesiva»}, *GS*, 8, pág. 269; *GW*, 7, pág. 381; *SE*, 10, pág. 155. {*SA*, 7, pág. 31; *SR*, 16, pág. 7; *BN*, 4, pág. 1441; *AE*, 10, pág. 119.} (257, 259)
- (1910a [1909]) *Über Psychoanalyse* {*Cinco conferencias sobre psicoanálisis*}, Viena. *GS*, 4, pág. 349; *GW*, 8, pág. 3; *SE*, 11, pág. 3. {*SR*, 2, pág. 107; *BN*, 5, pág. 1533; *AE*, 11, pág. 1.} (104)
- (1910c) *Eine Kindheitserinnerung des Leonardo da Vinci* {*Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*}, Viena. *GS*, 9, pág. 371; *GW*, 8, pág. 128; *SE*, 11, pág. 59. {*SA*, 10, pág. 87; *SR*, 8, pág. 167; *BN*, 5, pág. 1577; *AE*, 11, pág. 53.} (88)
- (1910e) «“Über den Gegensinn der Urworte”» {«“Sobre el sentido antitético de las palabras primitivas”»}, *GS*, 10, pág. 221; *GW*, 8, pág. 214; *SE*, 11, pág. 155. {*SA*, 4, pág. 227; *SR*, 18, pág. 59; *BN*, 5, pág. 1620; *AE*, 11, pág. 143.} (117)
- (1912-13) *Totem und Tabu* {*Tótem y tabú*}, Viena, 1913. *GS*, 10, pág. 3; *GW*, 9; *SE*, 13, pág. 1. {*SA*, 9, pág. 287; *SR*, 8, pág. 7; *BN*, 5, pág. 1745; *AE*, 13, pág. 1.} (5, 51, 53, 56, 77-80, 98, 109, 116, 126-7, 209)
- (1914d) «Zur Geschichte der psychoanalytischen Bewegung» {«Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico»}, *GS*, 4, pág. 411; *GW*, 10, pág. 44; *SE*, 14, pág. 3. {*SR*, 12, pág. 100; *BN*, 5, pág. 1895; *AE*, 14, pág. 1.} (70)
- (1914g) «Erinnern, Wiederholen und Durcharbeiten (Weitere Ratschläge zur Technik der Psychoanalyse, II)» {«Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II)»}, *GS*, 6, pág. 109; *GW*, 10, pág. 126; *SE*, 12, pág. 147. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 205; *SR*, 14, pág. 139; *BN*, 5, pág. 1683; *AE*, 12, pág. 145.} (85)

Freud, S. (*cont.*)

- (1915a [1914]) «Weitere Ratschläge zur Technik der Psychoanalyse: III. Bemerkungen über die Übertragungsliebe» {«Puntualizaciones sobre el amor de transferencia (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, III)»}, *GS*, 6, pág. 120; *GW*, 10, pág. 306; *SE*, 12, pág. 159. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 217; *SR*, 14, pág. 147; *BN*, 5, pág. 1689; *AE*, 12, pág. 159.} (234)
- (1915b) «Zeitgemässes über Krieg und Tod» {«De guerra y muerte. Temas de actualidad»}, *GS*, 10, pág. 315; *GW*, 10, pág. 324; *SE*, 14, pág. 275. {*SA*, 9, pág. 33; *SR*, 18, pág. 219; *BN*, 6, pág. 2101; *AE*, 14, pág. 273.} (202)
- (1915c) «Triebe und Triebchicksale» {«Pulsiones y destinos de pulsión»}, *GS*, 5, pág. 443; *GW*, 10, pág. 210; *SE*, 14, pág. 111. {*SA*, 3, pág. 75; *SR*, 9, pág. 100; *BN*, 6, pág. 2039; *AE*, 14, pág. 105.} (98)
- (1915d) «Die Verdrängung» {«La represión»}, *GS*, 5, pág. 466; *GW*, 10, pág. 248; *SE*, 14, pág. 143. {*SA*, 3, pág. 103; *SR*, 9, pág. 121; *BN*, 6, pág. 2053; *AE*, 14, pág. 135.} (230)
- (1915e) «Das Unbewusste» {«Lo inconciente»}, *GS*, 5, pág. 480; *GW*, 10, pág. 264; *SE*, 14, pág. 161. {*SA*, 3, pág. 119; *SR*, 9, pág. 133; *BN*, 6, pág. 2061; *AE*, 14, pág. 153.} (94, 137, 158)
- (1915f) «Mitteilung eines der psychoanalytischen Theorie widersprechenden Falles von Paranoia» {«Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica»}, *GS*, 5, pág. 288; *GW*, 10, pág. 234; *SE*, 14, pág. 263. {*SA*, 7, pág. 205; *SR*, 13, pág. 141; *BN*, 6, pág. 2010; *AE*, 14, pág. 259.} (243)
- (1916-17 [1915-17]) *Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse* {*Conferencias de introducción al psicoanálisis*}, Viena. *GS*, 7; *GW*, 11; *SE*, 15-16. {*SA*, 1, pág. 33; *SR*, 4-5; *BN*, 6, pág. 2123; *AE*, 15-16.} (9, 71, 98, 101, 192, 214-6, 243)
- (1918a [1917]) «Das Tabu der Virginität (Beiträge zur Psychologie des Liebeslebens, III)» {«El tabú de la virginidad (Contribuciones a la psicología del amor, III)»}, *GS*, 5, pág. 212; *GW*, 12, pág. 161; *SE*, 11, pág. 193. {*SA*, 5, pág. 211; *SR*, 13, pág. 81; *BN*, 7, pág. 2444; *AE*, 11, pág. 185.} (254)
- (1918b [1914]) «Aus der Geschichte einer infantilen Neurose» {«De la historia de una neurosis infantil»}, *GS*, 8, pág. 439; *GW*, 12, pág. 29; *SE*, 17, pág. 3.

Freud, S. (*cont.*)

- {SA, 8, pág. 125; SR, 16, pág. 143; BN, 6, pág. 1941; AE, 17, pág. 1.} (98, 220-1, 244, 257, 263)
- (1919a [1918]) «Wege der psychoanalytischen Therapie» {«Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica»}, GS, 6, pág. 136; GW, 12, pág. 183; SE, 17, pág. 159. {SA, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 239; SR, 14, pág. 159; BN, 7, pág. 2457; AE, 17, pág. 151.} (213, 234)
- (1919e) «“Ein Kind wird geschlagen” (Beitrag zur Kenntnis der Entstehung sexueller Perversionen)» {«“Pegan a un niño” (Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales)»}, GS, 5, pág. 344; GW, 12, pág. 197; SE, 17, pág. 177. {SA, 7, pág. 229; SR, 13, pág. 185; BN, 7, pág. 2465; AE, 17, pág. 173.} (98, 252)
- (1919g) Prólogo a T. Reik, *Probleme der Religionspsychologie* {Problemas de la psicología de las religiones}, GS, 11, pág. 256; GW, 12, pág. 325; SE, 17, pág. 259. {SR, 20, pág. 159; BN, 7, pág. 2812; AE, 17, pág. 255.} (98)
- (1920a) «Über die Psychogenese eines Falles von weiblicher Homosexualität» {«Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina»}, GS, 5, pág. 312; GW, 12, pág. 271; SE, 18, pág. 147. {SA, 7, pág. 255; SR, 13, pág. 160; BN, 7, pág. 2545; AE, 18, pág. 137.} (257-8)
- (1920g) *Jenseits des Lustprinzips* {*Más allá del principio de placer*}, Viena. GS, 6, pág. 191; GW, 13, pág. 3; SE, 18, pág. 7. {SA, 3, pág. 213; SR, 2, pág. 217; BN, 7, pág. 2507; AE, 18, pág. 1.} (93, 147)
- (1921c) *Massenpsychologie und Ich-Analyse* {*Psicología de las masas y análisis del yo*}, Viena. GS, 6, pág. 261; GW, 13, pág. 71; SE, 18, pág. 69. {SA, 9, pág. 61; SR, 9, pág. 7; BN, 7, pág. 2563; AE, 18, pág. 63.} (5, 80-1)
- (1922b [1921]) «Über einige neurotische Mechanismen bei Eifersucht, Paranoia und Homosexualität» {«Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad»}, GS, 5, pág. 387; GW, 13, pág. 195; SE, 18, pág. 223. {SA, 7, pág. 217; SR, 13, pág. 219; BN, 7, pág. 2611; AE, 18, pág. 213.} (125, 203)
- (1923b) *Das Ich und das Es* {*El yo y el ello*}, Viena. GS, 6, pág. 351; GW, 13, pág. 237; SE, 19, pág. 3. {SA, 3, pág. 273; SR, 9, pág. 191; BN, 7, pág. 2701;

Freud, S. (cont.)

- AE*, 19, pág. 1.} (75, 92-3, 99, 137, 148, 151, 245, 266)
- (1923c [1922]) «Bemerkungen zur Theorie und Praxis der Traumdeutung» {«Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños»}, *GS*, 3, pág. 305; *GW*, 13, pág. 301; *SE*, 19, pág. 109. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 257; *SR*, 19, pág. 165; *BN*, 7, pág. 2619; *AE*, 19, pág. 107.} (264)
- (1923e) «Die infantile Genitalorganisation» {«La organización genital infantil»}, *GS*, 5, pág. 232; *GW*, 13, pág. 293; *SE*, 19, pág. 141. {*SA*, 5, pág. 235; *SR*, 13, pág. 97; *BN*, 7, pág. 2698; *AE*, 19, pág. 141.} (273)
- (1923f) «Josef Popper-Lynkeus und die Theorie des Traumes» {«Josef Popper-Lynkeus y la teoría del sueño»}, *GS*, 11, pág. 295; *GW*, 13, pág. 357; *SE*, 19, pág. 261. {*SR*, 19, pág. 179; *BN*, 7, pág. 2628; *AE*, 19, pág. 277.} (246)
- (1924b [1923]) «Neurose und Psychose» {«Neurosis y psicosis»}, *GS*, 5, pág. 418; *GW*, 13, pág. 387; *SE*, 19, pág. 149. {*SA*, 3, pág. 331; *SR*, 14, pág. 206; *BN*, 7, pág. 2742; *AE*, 19, pág. 151.} (274)
- (1924c) «Das ökonomische Problem des Masochismus» {«El problema económico del masoquismo»}, *GS*, 5, pág. 374; *GW*, 13, pág. 371; *SE*, 19, pág. 157. {*SA*, 3, pág. 339; *SR*, 13, pág. 208; *BN*, 7, pág. 2752; *AE*, 19, pág. 161.} (227)
- (1925d [1924]) *Selbstdarstellung* {*Presentación autobiográfica*}, Viena, 1934. *GS*, 11, pág. 119; *GW*, 14, pág. 33; *SE*, 20, pág. 3. {*SR*, 9, pág. 239; *BN*, 7, pág. 2761; *AE*, 20, pág. 1.} (87, 192, 287)
- (1925f) Prólogo a A. Aichhorn, *Verwahrloste Jugend* {*Juventud descarriada*}, Viena. *GS*, 11, pág. 267; *GW*, 14, pág. 565; *SE*, 19, pág. 273. {*SR*, 20, pág. 171; *BN*, 8, pág. 3216; *AE*, 19, pág. 296.} (249)
- (1925b) «Die Verneinung» {«La negación»}, *GS*, 11, pág. 3; *GW*, 14, pág. 11; *SE*, 19, pág. 235. {*SA*, 3, pág. 371; *SR*, 21, pág. 195; *BN*, 8, pág. 2884; *AE*, 19, pág. 249.} (259, 265)
- (1926d [1925]) *Hemmung, Symptom und Angst* {*Inhibición, síntoma y angustia*}, Viena. *GS*, 11, pág. 23; *GW*, 14, pág. 113; *SE*, 20, pág. 77. {*SA*, 6, pág. 227; *SR*, 11, pág. 9; *BN*, 8, pág. 2833; *AE*, 20, pág. 71.} (122, 151, 215, 220, 243)
- (1926e) *Die Frage der Laienanalyse* {¿*Pueden los legos*

Freud, S. (cont.)

- ejercer el análisis?*}, Viena. *GS*, 11, pág. 307; *GW*, 14, pág. 209; *SE*, 20, pág. 179. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 271; *SR*, 12, pág. 7; *BN*, 8, pág. 2911; *AE*, 20, pág. 165.} (229, 231)
- (1927c) *Die Zukunft einer Illusion* {*El porvenir de una ilusión*}, Viena. *GS*, 11, pág. 411; *GW*, 14, pág. 325; *SE*, 21, pág. 3. {*SA*, 9, pág. 135; *SR*, 14, pág. 7; *BN*, 8, pág. 2961; *AE*, 21, pág. 1.} (82, 125-6, 202)
- (1927e) «Fetischismus» {«Fetichismo»}, *GS*, 11, pág. 395; *GW*, 14, pág. 311; *SE*, 21, pág. 149. {*SA*, 3, pág. 379; *SR*, 21, pág. 237; *BN*, 8, pág. 2993; *AE*, 21, pág. 141.} (206, 274)
- (1930a [1929]) *Das Unbehagen in der Kultur* {*El malestar en la cultura*}, Viena. *GS*, 12, pág. 29; *GW*, 14, pág. 421; *SE*, 21, pág. 59. {*SA*, 9, pág. 191; *SR*, 19, pág. 11; *BN*, 8, pág. 3017; *AE*, 21, pág. 57.} (87-8, 116, 151, 248)
- (1930e) «Ansprache im Frankfurter Goethe-Haus» {«Alocución en la casa de Goethe, en Francfort»}, *GS*, 12, pág. 408; *GW*, 14, pág. 547; *SE*, 21, pág. 208. {*SA*, 10, pág. 292; *SR*, 20, pág. 234; *BN*, 8, pág. 3068; *AE*, 21, pág. 208.} (122, 192)
- (1931b) «Über die weibliche Sexualität» {«Sobre la sexualidad femenina»}, *GS*, 12, pág. 120; *GW*, 14, pág. 517; *SE*, 21, pág. 223. {*SA*, 5, pág. 273; *SR*, 21, pág. 279; *BN*, 8, pág. 3077; *AE*, 21, pág. 223.} (166, 193, 252)
- (1931d) «Das Fakultätsgutachten im Prozess Halsmann» {«El dictamen de la Facultad en el proceso Halsmann»}, *GS*, 12, pág. 412; *GW*, 14, pág. 541; *SE*, 21, pág. 251. {*SR*, 21, pág. 301; *BN*, 8, pág. 3072; *AE*, 21, pág. 249.} (192)
- (1932a [1931]) «Zur Gewinnung des Feuers» {«Sobre la conquista del fuego»}, *GS*, 12, pág. 141; *GW*, 16, pág. 3; *SE*, 22, pág. 185. {*SA*, 9, pág. 445; *SR*, 19, pág. 91; *BN*, 8, pág. 3090; *AE*, 22, pág. 169.} (126)
- (1933a [1932]) *Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse* {*Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*}, Viena. *GS*, 12, pág. 151; *GW*, 15; *SE*, 22, pág. 3. {*SA*, 1, pág. 447; *SR*, 17, pág. 7; *BN*, 8, pág. 3101; *AE*, 22, pág. 1.} (92-3, 147, 214-6, 276)
- (1933b [1932]) *Warum Krieg?* {*¿Por qué la guerra?*}, París. *GS*, 12, pág. 349; *GW*, 16, pág. 13; *SE*, 22,

Freud, S. (*cont.*)

- pág. 197. {SA, 9, pág. 271; SR, 18, pág. 245; BN, 8, pág. 3207; AE, 22, pág. 179.} (147)
- (1933c) «Sándor Ferenczi» {Nota necrológica}, GS, 12, pág. 397; GW, 16, pág. 267; SE, 22, pág. 227. {SR, 20, pág. 217; BN, 8, pág. 3237; AE, 22, pág. 226.} (224)
- (1935a) Posfacio a *An Autobiographical Study* {Presentación autobiográfica}, nueva ed., Londres y Nueva York. El original alemán se publicó a fines de 1935 con el título «Nachschrift 1935» en el *Almanach 1936*. GW, 16, pág. 31; SE, 20, pág. 71. {SR, 21, pág. 305; BN, 7, pág. 2798; AE, 20, pág. 67.} (126)
- (1937c) «Die endliche und die unendliche Analyse» {«Análisis terminable e interminable»}, GW, 16, pág. 59; SE, 23, pág. 211. {SA, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 351; SR, 21, pág. 315; BN, 9, pág. 3339; AE, 23, pág. 211.} (74, 99, 147, 190, 194, 274)
- (1937d) «Konstruktionen in der Analyse» {«Construcciones en el análisis»}, GW, 16, pág. 43; SE, 23, pág. 257. {SA, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 393; SR, 21, pág. 353; BN, 9, pág. 3365; AE, 23, pág. 255.} (126, 213, 240)
- (1938a) «Ein Wort zum Antisemitismus» {«Comentario sobre el antisemitismo»}, *Die Zukunft* (París), nº 7, 25 de noviembre, pág. 2. SE, 23, pág. 289. {BN, 9, pág. 3424; AE, 23, pág. 289.} (88)
- (1938c) Carta a la directora de *Time and Tide* (en inglés), *Time and Tide*, 26 de noviembre de 1938, pág. 1649; «Anti-Semitism in England» {«Antisemitismo en Inglaterra»}, SE, 23, pág. 301. {BN, 9, pág. 3426; AE, 23, pág. 303.} (292)
- (1939a [1934-38]) *Der Mann Moses und die monotheistische Religion* {*Moisés y la religión monoteísta*}, Amsterdam. GW, 16, pág. 103; SE, 23, pág. 3. {SA, 9, pág. 455; SR, 20, pág. 7; BN, 9, pág. 3241; AE, 23, pág. 1.} (151, 158, 167, 192, 215, 242, 270, 292)
- (1940a [1938]) *Abriss der Psychoanalyse* {*Esquema del psicoanálisis*}, GW, 17, pág. 65; SE, 23, pág. 141. {SA, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 407 (sólo el cap. VI: «Die psychoanalytische Technik»); SR, 21, pág. 67; BN, 9, pág. 3379; AE, 23, pág. 133.} (5, 59, 63, 92, 215, 217, 248, 274, 281)

Freud, S. (*cont.*)

- (1940*b* [1938]) «Some Elementary Lessons in Psycho-Analysis» {«Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis»} (título en inglés; texto en alemán), *GW*, 17, pág. 141; *SE*, 23, pág. 281. {*SR*, 21, pág. 127; *BN*, 9, pág. 3419; *AE*, 23, pág. 279.} (135-6)
- (1940*e* [1938]) «Die Ichspaltung im Abwehrvorgang» {«La escisión del yo en el proceso defensivo»}, *GW*, 17, pág. 59; *SE*, 23, pág. 273. {*SA*, 3, pág. 389; *SR*, 21, pág. 61; *BN*, 9, pág. 3375; *AE*, 23, pág. 271.} (206)
- (1950*a* [1887-1902]) *Aus den Anfängen der Psychoanalyse* {*Los orígenes del psicoanálisis*}, Londres. Abarca las cartas a Wilhelm Fliess, manuscritos inéditos y el «Entwurf einer Psychologie» {«Proyecto de psicología»}, 1895. *SE*, 1, pág. 175 {incluye 29 cartas, 13 manuscritos y el «Proyecto de psicología». *SR*, 22, pág. 13; *BN*, 9, pág. 3433, y 1, pág. 209; incluyen 153 cartas, 14 manuscritos y el «Proyecto de psicología»; *AE*, 1, pág. 211 (el mismo contenido que *SE*)}. (74, 116, 125, 158, 166, 215, 217, 227-8, 274)
- (1960*a*) *Briefe 1873-1939* (ed. por E. L. Freud), Francfort. (2ª ed. aumentada, Francfort, 1968.) {*Epistolario*, Barcelona: Plaza y Janés, 2 vols.} (4, 299, 303)
- (1966*a* [1912-36]) *Sigmund Freud/Lou Andreas Salomé. Briefwechsel* (ed. por E. Pfeiffer), Francfort. {*Correspondencia*, México: Siglo XXI.} (299)
- Gardiner, M. (1971) (ed.) *The Wolf Man and Sigmund Freud*, Nueva York. (221)
- Gressmann, H. (1913) *Mose und seine Zeit: ein Kommentar zu den Mose-Sagen*, Gotinga. (35, 39)
- Herlitz, G. y Kirschner, B. (eds.) (1930) *Jüdisches Lexikon*, 4, Berlín. (8)
- Herodoto, *Historia*. Trad. al alemán por F. Lange, *Die Geschichten des Herodotos* (nueva ed. de O. Güthling), 2ª parte, Leipzig (um 1885) {*Los nueve libros de la historia*, Buenos Aires: El Ateneo.} (26, 29-30, 34)
- Jones, E. (1955) *Sigmund Freud: Life and Work*, Londres y Nueva York, 2. (Las páginas que se mencionan en el texto remiten a la edición inglesa.) {*Vida y obra de Sigmund Freud*, Buenos Aires: Hormé, 2.} (224)
- (1957) *Sigmund Freud: Life and Work*, 3, Londres y Nueva York. (Las páginas que se mencionan en el texto remiten a la edición inglesa.) {*Vida y obra de Sigmund Freud*, Buenos Aires: Hormé, 3.} (4-5, 99, 136, 192, 224, 273)

- Josefo, F. *Antiquitates Judaicae*. {«Antigüedades judías», en *Obras completas*, Buenos Aires: Acervo Cultural.} (28, 31)
- Jung, C. G. (1913) «Versuch einer Darstellung der psychoanalytischen Theorie», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, 5, pág. 307; en forma de libro: Leipzig y Viena, 1913. {*Teoría del psicoanálisis*, México: Nacional.} (193)
- Kirschner, B. y Herlitz, G.: véase Herlitz, G. y Kirschner, B.
- Koestler, A. (1954) *The Invisible Writing*, Londres. {*La escritura invisible*, Madrid: Alianza.} (291)
- Manetón, *Historia de Egipto*. (102)
- Meyer, E. (1905) «Die Mosesagen und die Lewiten», *S. B. Akad. Wiss. Berl. (Phil.-Hist. Kl.)*, 31, pág. 640. (15)
- (1906) *Die Israeliten und ihre Nachbarstämme*, Halle, (13, 15, 32-6, 43, 47, 59)
- Rank, O. (1909) *Der Mythos von der Geburt des Helden*, Leipzig y Viena. {*El mito del nacimiento del héroe*, Buenos Aires: Paidós.} (9-13)
- (1924) *Das Trauma der Geburt*, Viena. {*El trauma del nacimiento*, Buenos Aires: Paidós.} (219-20)
- Sellin, E. (1922) *Mose und seine Bedeutung für die israelitisch-jüdische Religionsgeschichte*, Leipzig. (35-6, 45, 49-50, 56, 58, 66, 86, 90)
- Smith, W. Robertson (1894) *Lectures on the Religion of the Semites*, nueva ed. (2ª), Londres. (1ª ed., 1889.) (79, 126-7)
- Soloweitschik, M. (1930) Colaboración para el *Jüdisches Lexikon* (ed. por G. Herlitz y B. Kirschner), Berlín, 4, n° 1, pág. 303. (8)
- Volz, P. (1907) *Mose: ein Beitrag zur Untersuchung über die Ursprünge der Israelitischen Religion*, Tubinga. (50)
- Weigall, A. (1922) *The Life and Times of Akhnaton*, nueva ed. rev., Londres. (1ª ed., 1910.) (23-5)
- Yahuda, A. S. (1929) *Die Sprache des Pentateuch in ihren Beziehungen zum Ägyptischen*, Berlín. (38, 41)

Índice alfabético

El presente índice incluye los nombres de autores no especializados, y también los de autores especializados cuando en el texto no se menciona una obra en particular. Para remisiones a obras especializadas, consúltese la «Bibliografía». Este índice fue preparado {para la *Standard Edition*} por la señora R. S. Partridge. {El de la presente versión castellana se confeccionó sobre la base de aquel.}

- Aarón*, 15n.
Abbagnano, N., 124 n.*
Abraham, 26, 43
Abstinencia sexual, 114-5
Actividad y pasividad (*véase también* Masculino y femenino), 188
Acto sexual (*véase también* Escena primordial; Incesto), 168 malentendido sádico del, 71 y agresión, 147
Actos fallidos (*véase* Operaciones fallidas)
Actuación y recuerdo, 85, 177
Adler, A. (*véase* la «Bibliografía»)
Adonai, 24-5, 38-9
Adonis, 24
Afecto (*véase también* Sentimiento), 64-5, 228 n. 8, 260
Agamenón, 110 n. 8
Agresión, 71-2, 76-7, 112, 114, 147-8, 152, 246
Ab-mose, 8
Aichhorn, A. (*véase* la «Bibliografía», *Freud*, 1925f)
Aislamiento, 82
Akki, 11
Alá, 89
Alejandro Magno, 68
Alemania, invasión de Austria por (*véase también* Nazismo), 55, 100
Alimentación (*véase* Nutrición)
Alucinación (*véase también* Confusión alucinatoria), 160, 268, 277
Amamantamiento (*véase* Pecho materno)
Amarna (*véase* Tell-el-Amarna)
Ambivalencia
 en la relación con el padre, 79-80, 84, 117, 126, 129, 131, 176
 en la transferencia, 175-7
Amen-mose (*véase* Amón)
Amenhotep III, 21-2
Amenhotep IV (*véase también* *Ikhnatón*), 20, 22, 57
Amenofis (*véase* *Amenhotep*)
Amentia (*Meynert*), 203
Amnesia infantil, 71-2, 151, 186, 191, 260-2
Amón, 21-4, 85
Amón-Re, 19
Amor (*véase también* Enamoramiento)
 angustia del niño ante la pérdida de, 201-2, 208
 insatisfecho y conciencia de culpa, 302
Analogías
 alfilerazo sobre las células germinales, 185
 ameba y seudópodos, 148
 artista plástico que trabaja con piedra o arcilla, 243
 bailarina que se balancea sobre la punta de un pie, 56
 bomberos y lámpara de petróleo, 220
 censura de libros, 238-9
 conquistadores de un país, 165
 diques, 229-30
 edificación de una casa, 262
 Estado autárquico, 302
 Estado dentro del Estado, 73
 exhumación arqueológica, 261

- figura de bronce sobre pies de barro, 17
 fósil de referencia, 38
 fotografías mixtas de Galton, 10 y n. 8.
 fragmentos óseos necróticos, 221
 guardián nocturno, 169
 guerra civil, 173-4
 hombres primitivos que veneran viejos ídolos, 236
 inmunidad contra la escarlatina, 235
 león que salta una vez sola, 222
 «made in Germany», 200
 negativo fotográfico, 121
 paisaje prehistórico, 301
 paréntesis en el álgebra, 30 y n. 27
 peregrino en comarca desconocida, 239
 perros dormidos, 233
 rayos X, 250
 rompecabezas, 17
 suboficial que recibe una reprimenda de su jefe, 166 n. 2
 túmulos funerarios, 60
 uso del microscopio, 199
Anat-Yabú, 60
 Anatomía del cerebro, 93, 143
Andreas, F. C., 299n.
Andreas-Salomé, L., 299-300
Anfión, 11
 Angustia (véase también Fobias), 183, 199, 222, 238, 269, 277-278
 de castración (véase Complejo de castración)
 de ser devorado por el padre, 277
 del niño ante la pérdida de amor, 201-2, 208
 señal de, 144, 146, 201
 Animal totémico, 18-9, 79-82, 115, 126, 128
 Animales
 actitud de los egipcios hacia los, 29 n. 26
 como dioses, 18, 80, 128
 comparados con los seres humanos, 94, 97, 128, 145, 151n., 160
 fobias a los, 79, 81
 instintos en los, 97, 128
 predilectos de los evangelistas cristianos, 82
 Antisemitismo (véase Judíos, persecución de los)
 Anulación de lo acontecido, 200
 Aparato psíquico, 143-5, 155-62, 195-207, 228 n. 11, 302
 concepción dinámica del, 93, 154, 229, 239, 260, 268
 concepción económica del (véase Economía psíquica)
 concepción tópica del, 92-3, 159, 205, 229, 243
 Arca de la Alianza, 15n.
 Archivos Sigmund Freud, 291
 Asirios, 61
 Asociación libre, 167, 178, 260, 265-6
Astruc, J., 41 n. 55
Atenea, 22, 44n.
Atkinson, J. J. (véase la «Bibliografía»)
Atón, religión de, 21-31, 35, 40, 48, 57-9, 61, 67, 85, 109
 Atracción, 157
Atum, 21, 25 n. 16
Auerbach, E. (véase la «Bibliografía»)
 Ausencias, 302
 Autoconservación, pulsión de, 144, 146, 152, 180, 186, 201, 207
 Autodestrucción (véase Pulsión de muerte; Suicidio)
 Autoerotismo (véase Masturbación)
Baalim, 67, 120
 Babilonios, 11 y n. 9, 61, 107
Banquete, El (de Platón), 147 n. 1
 Banquete totémico, 79-81, 84, 126
 Becerro de Oro, 46
Beethoven, L. van, 105
Bernheim, H., 287n.
Bes, 18
 Beso, 150
 Bi-escisión (véase Ambivalencia)
 Biblia, 7 n. 1, 8, 41, 43, 55, 58, 63
Deuteronomio, 25 n. 15, 29 n. 25, 31 n. 30, 33 n. 33, 41, 48 n. 69
Exodo, 7 y n. 2, 15n., 26 n. 18, 28 n. 23, 29 n. 25, 31 n. 29, 32 n. 31, 33 n. 35, 34 n. 41 y 43, 39 n. 51, 40 n. 52, 43 y n. 59, 46 n. 65, 48 n. 68
Génesis, 26 n. 18 y 20, 43 n. 60
Hexateuco, 39, 41

- Josué, 15n., 41
 Números, 7 n. 1, 15n., 32 n. 30,
 35 n. 45, 40 n. 52, 46 n. 64,
 59 n. 3
 Pentateuco, 31, 41 n. 56
 Samuel, 15n.
 Biología, 214
 y psicoanálisis, 197
 Bisexualidad, 188, 245
 Bonaparte, M., 248 n. 29
 Branson, J. E. H., 192 n. 4
 Breasted, J. H. (véase la «Bibliografía»)
 Breuer, J. (véase la «Bibliografía»)
 Brunswick, R. Mack (véase la «Bibliografía»)

 Cadés (véase Qadesh)
 Cambridge Ancient History (véase la «Bibliografía»)
 Canaán, su ocupación por los hebreos, 28-9, 36-7, 44-5, 47, 50, 58-9, 120
 Canibalismo, 78-9
 Cantidad (véase Economía psíquica)
 Capelle, W. (véase la «Bibliografía»)
 Carácter
 «análisis del», 251
 desarrollo del, 120
 rasgos de, 73, 77, 121, 153, 190, 219
 Caracteres adquiridos y herencia, 96, 98n., 128, 242
 Caso
 de «Dora», 259 n. 1
 de histérica a quien se le extirpó el útero, 225
 de homosexualidad femenina, 257-8
 del analista analizado, 224
 del «Hombre de las Ratas», 257, 259 n. 1
 del «Hombre de los Lobos», 98n., 220-1, 244 n. 23, 257, 263n.
 del pequeño Hans, 88n.
 del señor E., 217
 Castigo, 185
 del padre, angustia ante el, 277
 necesidad de, 130, 244
 Castración
 amenaza de, 76, 153, 189-91, 193, 202, 276-7
 complejo de, 81, 88 y n., 95, 189-90, 192-3, 204, 252-3, 273, 276-7
 de Cronos por Zeus, 277-8
 en la horda primordial, 78, 118
 simbolizada por el enceguecimiento, 189n.
 simbolizada por la circuncisión, 88 y n., 118, 190 n. 2
 Catolicismo (véase Iglesia Católica)
 Causación múltiple, 104 y n. 2
 Cc, uso de la abreviatura, 92n.
 Celos, 88, 102, 151, 189, 190 n. 2, 235
 delirio de, 203
 Cerdos, actitud de los egipcios hacia los, 29 n. 26
 Cerebro, anatomía del, 93, 143
 Ciencia y psicoanálisis, 156-7, 161, 198-9, 284, 288
 Circuncisión
 del hijo de Moisés, 26, 43
 en Egipto, 26-7, 29 n. 26, 33-4, 38, 42
 equiparada con la castración, 88 y n., 118, 190 n. 2
 introducida entre los judíos por Moisés, 26-30, 58, 60, 118
 su mantenimiento en la religión de Yabvé, 38-9, 43
 y la condición de pueblo elegido, 54, 84, 88
 Ciro, 11-2
 Civilización (véase Cultura)
 Clan fraterno (véase Liga de hermanos)
 Clitemnestra, 110 n. 8
 Clítoris, 152 n. 4, 153, 301
 Cloaca, teoría de la, 152
 Código Sacerdotal, 41, 45, 63
 Cognición (véase también Pensamiento, procesos de), 95
 Coito (véase Acto sexual)
 Colonia
 antepasados de Freud en, 87 n. 28
 antisemitismo en, 87
 Complejo
 de castración, 81, 88 y n., 95, 189-90, 192-3, 204-5, 252-3, 273, 276-7
 de Edipo, 76, 95, 152, 187-9, 191-3, 202, 207-8
 «de Electra», 193
 de masculinidad, 252-3
 Compulsión (véase también Impulsos obsesivos)

- de repetición, 73
 y delirio, 82
 y fenómenos religiosos, 69-70, 98
 y síntomas, 73
 y vivencias infantiles, 125
- Con unión cristiana, 81, 84, 127
- Conciencia
 acceso a la, y represión, 91
 naturaleza de la, 155-60, 198, 285, 287
 y el yo, 91-2, 159-60, 163, 179
 y lo inconciente, 91-2, 97, 157-159
 y lo preconciente, 93, 157-60
 y sistema nervioso, 143
- Conciencia moral (*véase también* Culpa, sentimiento de), 113, 207-8
- Conductismo, 155*n.*
- Conflicto
 «latente» y «actual», 216-7
 pulsional, 148, 216-7, 226-30, 232-8, 245-6, 275-7, 302
 y sueños, 168
- Confusión alucinatoria, 203
- Congreso Psicoanalítico Internacional
 de Innsbruck (1927), 248 *n.* 30
 de París (1938), 3
- Conservación de la especie (*véase* Reproducción sexual) pulsión de, 146
- Construcciones en el psicoanálisis, 257-70
- Contenido manifiesto del sueño, 163, 165-7
- Contrainvestidura, 91, 93, 163-4, 173, 179, 215
- Coquette corrigée, La*, 303 *n.* 2
- Coudenbove-Kalergi, H.*, 294-5
- Coudenbove-Kalergi, R.*, 295
- Creación literaria, 31, 40, 67-9, 84, 101, 131, 147 *n.* 1, 191
 y psicoanálisis, 288
- Crecimiento demográfico y migraciones, 104
- Credo quia absurdum*, 81 y *n.* 22, 114
- Creta
 cultura minoico-micénica en, 68
 veneración de la diosa madre en, 44*n.*
- Criptomnesia, 246
- Cristianismo (*véase también* Comunidad cristiana; Iglesia Católica)
- monoteísmo en el, 82, 85-6, 131
 su desarrollo a partir del judaísmo, 83-8, 130-1
- Cronos*, 277
- Cuentos tradicionales (*véase* Sagas)
- Cuerpo y psique, 146, 155-6, 159, 285
- Culpa, sentimiento de, 83-4, 130-131, 136, 207, 302
 en los judíos, 83, 129-31
 en los neuróticos, 180-1, 244, 266
- Culto de los antepasados, 89
- Cultura, 53, 110, 128, 130, 185, 189, 202-3, 231-2, 246
 «aptitud para la», 202 y *n.* egipcia (*véase* Egipto)
 griega (*véase también* Drama griego; Griegos y judíos; Mitos griegos), 246
 judía (*véase* Judíos) minoico-micénica, 68
- Cumplimiento de deseo
 en el delirio, 268
 en las fantasías, 82, 84, 86
 en los sueños, 164, 168-9
- Chamisso, A. de*, 9 y *n.* 5
- Chistes, 159
- Choquete, 228 *n.* 11
- Chupeteo, 152
- Darwin, C.* (*véase también* la «Bibliografía»), 64
- David*, 41
- Defensa
 mecanismos de, 73-7, 201-2, 237-42, 250
 y el yo, 73-5, 201, 205-6, 215, 223, 232, 237-44, 274-6
- Degeneración, 150
- Deidades maternas, 44*n.*, 80 y *n.*, 85
- Delirio(s)
 «contiene un grano de verdad», 125
 cumplimiento de deseo en el, 268
 de celos, 203
 de la humanidad, 125, 270
 desfiguración en el, 82, 125
 psicótico, 82, 125, 173, 203-4, 268-70
 y compulsión, 82

- Denegación (véase Frustración)
 Depresión, 253
 Derecho, 118
 origen del, 79
 Desarrollo sexual, 153, 187-8, 192-193, 252
 Desautorización de la feminidad, 252-4
 Descartamiento (véase Desplazamiento)
 Deseo inconciente, 164
 Desestimación, 179-80, 200, 266, 286
 Desfiguración
 en el delirio, 82, 125
 en la creación literaria, 191
 en la formación de síntoma, 123
 en las tradiciones, 26, 30, 32, 40-2, 67, 120, 124-5, 131
 en los recuerdos, 268-9
 en los sueños, 164-5, 169, 260 y resistencia, 91, 241
 Deslucos (véase Operaciones fallidas)
 Desmeñada, 19, 30, 42, 66, 85, 137, 204-6, 269, 273-5, 277, 301
 Desplazamiento
 de la meta de la pulsión, 146, 153
 en la neurosis, 269
 en las tradiciones, 42
 en los recuerdos «hipernítidos», 267-8
 en los sueños, 166, 204, 268
 Destete, 188
 Destrucción (véase Pulsión de muerte)
Deuteronomio (véase Biblia)
Diccionario de filosofía (de *Abagnano*), 124 n. *
Diderot, D., 192 y n. 5
 Dios (véase también *Atón*; *Yahvé*)
 creencia en la existencia de, 118-9, 124-5
 cristiano, 83-6, 130-1
 en la Biblia, 26, 31-2
 mosaico, 48-50, 61-3, 67, 102-103, 106-11, 114-5, 120, 129
 padre equiparado con, 80, 84, 86-8, 129, 131
 prohibición de venerar imágenes de, 109, 111, 114
 Dioses (véase también *Deidades maternas*)
 locales (véase *Baalim*)
 terromorfos (véase *Animales como dioses*)
 Dislocación (véase *Desfiguración*)
 Displacer (véase también *Principio de placer*), 183, 241
Disraeli, B., 9
 Dolor físico, 159, 183
 «*Dora*», caso de, 259 n. 1
 Dormir, 75, 91, 144, 158, 163-4, 168-9, 197, 201
 Dragones, creencia en los (véase *Superstición*)
 Drama griego, 84
 Dualismo, 245n.
 Duda y sueños, 168

Ebjatar, 41
 Economía psíquica, 70-1, 153-4, 173, 181-4, 191, 215, 217, 229-32, 237, 241
 Edipo
 complejo de, 76, 95, 152, 187-9, 191-3, 202, 207-8
 saga de, 11-2, 187, 189n., 191, 207
 Editorial Psicoanalítica Internacional, 303
 Educación, 113, 181, 208, 237, 249
 Egipto
 actitud hacia los animales en, 29 n. 26
 circuncisión en, 26-7, 29 n. 26, 33-4, 38, 42
 éxodo de, 7, 16, 18n., 27-39, 42, 45-7, 58-9, 65-6, 108
 historia de, 20-3, 27-8, 32-5, 46 y n. 63, 57
 religión de, 18-26, 30-1, 48, 57-64, 67, 82, 85, 107, 109
Einstein, A. (véase también la «*Bibliografía*», *Freud*, 1933b), 147 n. 2
Eisler, R. (véase la «*Bibliografía*»)
Eissler, K. R., 291
 Elaboración secundaria, 165
 Elección de objeto, 122, 137, 154, 188, 193
 en el fetichismo, 204
 «*Electra*, complejo de», 193
 Elefantina (isla), descubrimientos en la, 60-1
Elohim, 39
 Elohista, el, 41 y n. 55, 60
 Ello, el
 «el trabajo del psicoanálisis se inició en», 143 n. 2

- mociones pulsionales de, 92, 112-3, 143-4, 146, 167-8, 173-174, 199-201, 243
 naturaleza de, 92, 94, 143, 146
 resistencia del, 242
 y el superyó, 144-5, 208-9
 y el yo, 92-3, 144-7, 160-4, 173, 178-81, 186, 200-3, 207, 216, 237, 239, 242-3
 y herencia, 143, 145, 208, 302
 y lo inconciente, 92-4, 97, 160-166, 168, 191
 y mundo exterior, 143-4, 199-200, 237
 y represión, 93-4, 161, 163-4, 179, 191, 205
 y tratamiento psicoanalítico, 240-1
Empédocles, 147 n. 2, 246-8
 Enamoramiento, 148, 177
Encyclopaedia Britannica (véase la «Bibliografía»)
- Eneida* (de *Virgilio*), 117n.
 Energía psíquica, 93, 157, 166 y n. 1, 205
 ligada y libre, 161, 200, 244
 Enfermedad orgánica, 180, 214
 Ensalmos de las palabras, 110
 Entropía psíquica (véase también Inercia psíquica), 244
 Envidia del pene, 153, 192-4, 199, 252
 Epica, 68-9
 Epoca glacial, 151n.
 Epopeyas nacionales, 67-8
Erman, A. (véase la «Bibliografía»)
- Eros (véase también Libido; Pulsión sexual), 146-9, 186, 199-200, 245-6, 248
 Erotismo anal (véase Fase sádico-anal)
 Errores, 160, 286
 Escena primordial, 75, 187
 Escritura figurada (véase Jeroglíficos)
- Esdra*s, 41 n. 56, 45
 Espiritualidad
 de la religión judía, 19, 46, 62, 82, 85, 108-12, 124
 progreso en la, 82, 108-12
Esquilo, 110 y n. 8
 Estasis libidinal, 234
Esteban, San, 9 n. 6
 Estímulos sensoriales, 94, 144, 157, 159-60, 200
 Ética (véase Moral)
Evans, A., 44n., 67
- Evitaciones (véase también Peligro, evitación del), 73
 Evolución, teoría de la, 64, 77
 Examen de realidad, 160, 201
 Exceso de trabajo, 228 n. 11
 Excitación sexual, 186, 189
 Excreción, funciones de, 152
Exodo (véase Biblia)
 Exogamia, 79, 115, 117, 126-7
- Factores cuantitativos (véase también Economía psíquica), 123
 Falo (véase Fase fálica; Pene)
 Fantaseo y teorización, 228
 Fantasías
 de deseo, 82, 84, 86
 de redención, 83, 86, 130-1
 «hipernítidas» (véase Recuerdos «hipernítidos»)
 masoquistas, 76, 225
 masturbatorias, 152, 190
 primordiales, 98n., 128n., 189
 sádicas, 76
 Faraón, hija del, y rescate de *Moisés*, 7-8, 13
- Fase
 fálica, 152-3, 189, 193, 231, 252
 oral, 151-3, 231, 277
 sádico-anal, 152, 231
Fausto (de *Goethe*), 119n., 209n., 228 n. 9, 240, 247
Ferenczi, S. (véase también la «Bibliografía»), 224n., 233
 Fetichismo, 137, 204-5, 206n., 274, 277
- Fijación
 a la historia familiar, rito religioso como, 81
 al trauma, 72-4, 223
 como registro de una tradición, 59, 158n.
 de la libido, 149, 151, 153, 182, 190-1, 231
 «primordial» a la madre, 219
 y transcripción, 158 y n.
 Filogénesis (véase Herencia arcaica)
 Filosofía y psicoanálisis, 156-7, 284-5, 288
 Finlandia, epopeya nacional de, 68
 Fisiología, 214
Flaubert, G., 48
Fliess, W., 116 n. 13, 125n., 158n., 217, 228 n. 11, 252 y n. 35, 274

- Fobias, 73
 a los animales, 79, 81
- Formación
 delirante (véase Delirio)
 reactiva, 215
- Formaciones de compromiso
 síntomas como, 73, 76
 sueños como, 167-8, 204
- France, A., 250n.
- Frauenliebe und -leben (de Chamisso), 9 n. 5
- Frazer, J. G. (véase la «Bibliografía»)
- Freud, A. (véase también la «Bibliografía»), 3, 300
- Freud, E., 299n., 303 n. 1
- Freud, S.
 en Inglaterra, 5, 55-6, 100, 136
 su llegada a Viena desde Moravia, 303
 su visita a Nancy, 287n.
- Frustración, 234
- Furia, ataque de, 148
- Furias, 110 n. 8
- Galton, F., 10 y n. 8
- Gardiner, M. (véase la «Bibliografía»)
- Génesis (véase Biblia)
- Genitales
 crecimiento de los, en la infancia, 72
 femeninos, y angustia de castración, 189, 204-5, 276-7
 primado de los, 152-4
 y pulsión sexual, 150
- Germania, 37
- Germanos, epopeyas y sagas de los, 68, 117
- Gilgamesh, 11 y n. 9
- Goethe, J. W. von, 86 y n. 25, 105, 119n., 121, 122 n. 18, 209n., 228 n. 9, 240, 247 y n. 27
- «Götter Griechenlands, Die» (de Schiller), 97n.
- Gran Bretaña (véase Inglaterra)
- Gressmann, H. (véase la «Bibliografía»)
- Griegos y judíos, 102-3, 112
- Guersom, 26 n.*
- Guerra Mundial, Primera, 219-21
- Hambre, sueños de, 168
- Hamlet (de Shakespeare), 191, 269 y n.*
- Hamlet (en Hamlet, de Shakespeare), 191
- Hans, pequeño, caso del, 88n.
- Haremhab, 23, 28 y n. 24, 47, 57
- Hebreos (véase Judíos)
- Hechicería (véase Magia)
- Hechos de los Apóstoles, 9 n. 6
- Heine, H., 30 n. 26
- Heliópolis, culto del Sol en, 19-21, 26 n. 16
- Henoteísmo, 123 y n.*
- Hércules, 11
- Herencia, 70, 143, 145, 183-4, 302
 arcaica, 94-8, 128, 165, 188, 189-90 n. 2, 202, 208-9, 242
 y caracteres adquiridos, 96, 98n., 128, 242
 y el ello, 143, 145, 208, 302
- Herlitz, G. (véase la «Bibliografía»)
- Herodes, 13
- Herodoto (véase también la «Bibliografía»), 41
- Héroe legendario, 10-5, 67, 84, 103-6, 128
 y el padre, 11, 106, 113
- Hexateuco (véase Biblia)
- Hicsos, 28 y n. 21
- Hindúes
 epopeyas de los, 68
 religión de los, 30 n. 26
- Hipnosis, 216, 232-3, 287
- Histeria, 225, 270
- Historiografía, 41, 45, 46 n. 63, 63, 66, 130
- Hititas, 33 n. 32
- Hoffmann, E. T. A., 121
- Hombre, desarrollo sexual del (véase también Niño), 252
 «Hombre de las Ratas», caso del, 257, 259 n. 1
 «Hombre de los Lobos», caso del, 98n., 220-1, 244 n. 23, 257, 263n.
- Hombre primitivo comparado con los niños, 78-9, 109
- Homero, 67-8
- Hominización, 72, 110, 151, 186
- Homosexualidad, 150, 153, 193-4, 245, 252
 femenina, 257-8
- Horda primordial (véase Liga de hermanos; Padre de la horda primordial)
- Horeb (véase Sinaí-Horeb)
- Horus, 29 n. 26

- Huellas mnémicas, 137, 160, 201
incoherentes, 90-1, 94, 122, 198,
267-9
Huida, 185
- Iabne, primera escuela de la Torá
en, 111 y *n.* 11
Icc, uso de la abreviatura, 92*n.*
Identificación, 76-9, 84, 120-1,
137, 190, 193, 301
Iglesia Católica, 4, 53-5
Ikhnatón, 20-5, 27-8, 30-1, 45-6,
48, 57-8, 60-2, 85, 107 y *n.*
5, 131
Impotencia sexual, 76, 147
In-pulsos obsesivos (*véase tam-
bién* Compulsión), 122
Incesto
como privilegio de dioses, hé-
roes y reyes, 116-7
horror al, 116-7
tabú del, 79, 116
Inconciente (*véase también* De-
seo inconciente; Procesos psí-
quicos inconcientes)
«colectivo», 127
y el ello, 92-4, 97, 160-6, 168,
191
y el yo, 92, 159-60
y la conciencia, 91-2, 97, 157-9
y represión, 91-2, 98, 164-5,
179, 181, 191-2, 252-3
Inercia
neuronal, principio de la, 166
n. 2
psíquica, 182, 234, 243 y *n.* 21
Inglaterra
antisemitismo en, 303-4
Freud en, 5, 55-6, 100, 136
Inhibición, 73-4, 153, 164, 191,
219, 222, 230, 260, 301-2
Inmortalidad, 19, 25, 57
Innsbruck, Congreso Psicoanalíti-
co Internacional de (1927),
248 *n.* 30
Insomnio, 75-6
Instintos, 97, 128
Intensidad psíquica (*véase* Ener-
gía psíquica; Investidura)
Interpretación de los sueños, 163-
169, 178, 197
Inversión sexual (*véase* Homose-
xualidad)
Investidura, 93, 161, 166
Investigaciones sexuales de los
niños, 152
Isaac, 43
Isis, 29 *n.* 26
«Israel in der Wüste» (de *Goe-
the*), 86 *n.* 25
Istar, 11
Jacob, 43
hija de, 26
Jehú, 39
Jeroglíficos, 42 *n.* 58
Jerusalén, templo de, 15*n.*, 61,
111
Jesucristo, 13, 56, 83-7, 97, 103,
238
Jethro, 33-4, 40
Johanán, 39, 44
Johanán ben Zakkai, 111
Jones, E. (*véase también* la «Bi-
bliografía»), 84*n.*
José y sus hermanos, 103
Josefo, F. (*véase también* la «Bi-
bliografía»), 13 *n.* 13, 238
Josué (*véase también* Biblia),
34 *n.* 37, 39, 43
Judíos
características de los, 100, 102-
104, 107-8, 111-2, 114, 119,
131-2, 294
como «pueblo elegido», 44, 58,
61-2, 82, 84, 88, 102-3, 108-
109, 111, 119, 129-30
literatura extrabíblica de los,
31
persecución de los, 55, 86-8,
102, 292-5, 303-4
religión de los (*véase también*
Dios mosaico; *Yahvé*), 18-
20, 24-8, 30-51, 56, 58-69,
82, 84-5, 106-11, 119-20, 124-
125, 129-31
sentimiento de culpa en los,
83, 129-31
y circuncisión, 26-7, 29-30, 58,
60, 84, 88, 118
Jung, C. G. (*véase también* la
«Bibliografía»), 70 *n.* 9
Júpiter, 44*n.*
Kadesh (*véase* Qadesh)
Kadesh (ciudad siria), 33 *n.* 32
Kant, I., 302
Karna, 11 y *n.* 9
Kirschner, B. (*véase* la «Bibli-
ografía»)
Knosos (*véase* *Minos*)
Koestler, A. (*véase* la «Bibliogra-
fía»)

- Lactancia (véase Pecho materno)
- Latencia
 de la neurosis, 74
 en la historia de la religión judía, 66, 82
 período de, en el desarrollo sexual, 72, 74, 76-7, 151 y n., 153, 186
- Lays of Ancient Rome* (de *Macaulay*), 68n.
- Lenguaje (véase también Uso lingüístico)
 desarrollo del, 95, 110 y n. 9, 128, 164, 268
 y lo preconciente, 94, 137, 160, 201
- Leonardo da Vinci* (véase también la «Bibliografía», *Freud*, 1910c), 105
- Levitas, 13, 15n., 37-8, 47, 49, 60
- Ley (véase Derecho; Tablas de la Ley)
- Leyendas (véase Sagas)
- Libido
 de objeto, 146, 148-9
 definición de, 147-9
 desarrollo de la, 152-5, 202, 231, 236, 245-6
 el yo como reservorio de la, 148
 estasis de la, 234
 fijación de la, 149, 151, 153, 182, 190-1, 231
 movilidad de la, 149, 243
 narcisista, 148
 periodicidad de la, 151n.
 viscosidad de la, 243
- Liga de hermanos en la horda primordial, 79-81, 83-4, 115, 126-7, 131
- Lipps*, T., 156 y n. 2, 288 y n.
- Literatura (véase Creación literaria)
- Luis XV*, 41
- Llanto, 302
- Maat*, 18, 21, 48-9, 59
- Macaulay*, T. B., 68n.
- Madianitas, 33-6, 38-40, 45, 59
- Madre (véase también Deidades maternas)
 de la horda primordial, 78
 «fijación primordial» a la, 219
 hostilidad de la hija hacia la, 120, 193
 identificación del hijo con la, 76, 120, 190, 193
 ligazón del hijo con la, 73, 76, 152-3, 188-93, 262-3
- Magia, 19, 23, 49, 64, 82, 85, 109-10
- Mahometismo, 89
- Manetón* (véase la «Bibliografía»)
- «Más allá», vida en el (véase Inmortalidad)
- Masa física, 157
- Masculinidad complejo de, 252-253
- Masculino y femenino, 188, 190, 193-4, 252-4
- Masoquismo, 76, 152 n. 3, 225, 244-5, 254n., 266
- Masturbación, 76, 152, 189-90, 193, 276-7, 302
 fantasías de, 152, 190
- Matriarcado, 79-80, 110, 114, 126-7
- Medicina y psicoanálisis, 219
- Mejistófeles* (en *Fausto*, de *Goethe*), 119n.
- Memoria (véase también Amnesia infantil; Huellas mnémicas; Recuerdo)
 lagunas de la, 223
 y afecto, 228 n. 8
 y herencia arcaica, 96-7, 98n.
 y percepción, 207
- Menopausia, 214, 229
- Menstruación, 151n., 186
- Meribat-Qadesh (véase Qadesh)
- Merneptah*, 28 n. 24, 47, 59 y n. 4
- Mesías*, 86, 103
- Meta sexual normal, 153
- Metapsicología, 228 y n. 11, 237
- Meyer*, E. (véase la «Bibliografía»)
- Minos*, 44n., 68
- Misterios orientales, 83
- Misticismo, 82, 302
- Mithra*, 84n.
- Mito(s) (véase también Héroe legendario; Sagas)
 ausencia de, en la religión de *Ikhmatón*, 23 y n. 11
 de abandono, 10-4, 17, 28 n. 22, 56
 del nacimiento, 10-4
 griegos, 11 n. 9, 67-8, 83, 117, 277
- Mociones pulsionales
 del ello, 92, 112-3, 143-4, 146, 167-8, 173-4, 199-201, 243

- represión de, 122, 153, 185-6, 201-2, 229-30
y sueños, 164, 167, 229
- Moisés**
asesinato de, 35-6, 45-9, 56, 58, 60, 66, 86, 90, 97, 107
como arquetipo del padre, 107-108, 113
dios de (*véase* Dios mosaico)
egipcio, 8-9, 13-20, 24, 27-40, 42, 48, 50, 100
introdujo entre los judíos la circuncisión, 26-30, 58, 60, 118
Jesucristo como sucesor de, 86
madianita, 33-5, 39-40, 43, 46, 48, 50
origen de su nombre, 7-9, 17
sagas de, 7-16, 31-2, 34-5
- Monoteísmo**
cristiano, 82, 85-6, 131
egipcio, 19-25, 30, 60-3, 82, 107
judío, 18-9, 24-5, 30, 48, 56, 62-3, 82, 85-6, 88, 107, 123-125, 129-30
origen del, 53, 86, 97, 100, 104-6, 123-4, 128-9, 131
Moral, 65, 79-80, 82, 114-5, 118, 126, 130, 208
Mortificación narcisista, 71
Motilidad, 144, 148, 164
Muerte (*véase también* Inmortalidad)
en la religión egipcia, 19, 24, 26
pulsión de, 146-8, 152 y *n.* 3, 180, 186, 199-200, 214, 227*n.*, 244-6, 248
- Mujer** (*véase también* Niña)
desarrollo sexual de la, 252
- Mundo exterior** (*véase también* Realidad)
adaptación al, 76, 112, 148, 154, 231, 239, 302
extrañamiento respecto del, 203, 268-70, 277
«no discernible», 198
y el ello, 143-4, 199-200, 237
y el superyó, 209
y el yo, 74-5, 137, 144, 146, 160, 164, 173-4, 181, 200-8, 237
- Nacimiento**
mito del, 10-4
símbolos del, 10-1
- teorías infantiles del, 152, 236
trauma del, 219
- Nancy, visita de *Freud* a, 287*n.*
- Napoleón I**, 9
- Narcisismo** (*véase también* Mortificación narcisista), 202
«de las pequeñas diferencias», 87 y *n.* 29
orgullo como, 113-4
primario, 148, 188
Nazismo, 5, 52, 55, 88
Necesidad de estar enfermo, 180-1
Nefertitis, 21 *n.* 5
Nehemias, 41 *n.* 56, 45
Nestroy, J., 231, 258 y *n.* 8
«Neue Israelitische Hospital zu Hamburg, Das» (de *Heine*), 30 *n.* 26
- Neuronas**, 166 *n.* 2
- Neurosis** (*véase también* Histeria)
curabilidad de las, 173-6, 180-182, 214-6, 223-8, 232, 239
desplazamiento en las, 269
e influjo de la cultura, 185
estallido de la, en la pubertad, 74, 76, 225, 229
etiología de las (*véase también* Neurosis y trauma), 69-77, 91, 122, 151, 183-7, 201-2, 238
infantil, 74, 95, 184
latencia de la, 74
obsesiva, 122, 130
recurrencia de la, 221, 225, 243
traumática, 65, 184
y creencia en la omnipotencia de los pensamientos, 109
y el yo, 185-6, 202
y religión, 53, 56, 77, 82, 89, 97-8
y trauma, 65, 70-7, 94, 184, 215, 223-9, 236, 275
- Neuróticos**
comparados con las personas sanas, 70, 120, 154, 163, 183-184, 228, 237
sentimiento de culpa en los, 180-1, 244, 266
- Neveu de Rameau, Le* (de *Diderot*), 192 *n.* 5
- Nietzsche, F.*, 299
- Niña** (*véase también* Mujer)
desarrollo sexual de la, 153, 187-8, 192-3
su relación con el padre, 193
su relación con la madre, 120-121, 193-4

- Niño
 desarrollo sexual del, 152-3, 187-93, 202
 su relación con el padre, 11-2, 76-9, 83-4, 115, 121, 176, 189-90
 su relación con la madre, 73, 152-3, 189-90
- Niños (*véase también* Padres e hijos, relaciones entre; Sexualidad infantil; Vivencias infantiles)
 abuso sexual contra los, 187
 comparados con el hombre primitivo, 78-9, 109
 comparados con los animales, 128
 dependencia de los, 144-5, 185, 187, 201, 208
 esclarecimiento sexual de los, 236
 investigaciones sexuales de los, 152
 neurosis de los, 74, 95, 184
 sentimientos en los, 129
 su creencia en la omnipotencia de los pensamientos, 109
 teorías sexuales de los, 71, 152, 236
 tratamiento psicoanalítico de los, 81
- Nirvana, principio de, 200
- Normalidad (*véase* Personas sanas)
 y tratamiento psicoanalítico, 177, 222, 237, 241, 251
- «Novela familiar», 11-2
- Números (*véase* Biblia)
- Nutrición, 147, 152, 188
- Ominoso, lo, 88, 185
- On (*véase* Heliópolis)
- Onanismo (*véase* Masturbación)
- Operaciones fallidas, 178, 262, 266, 286-7
- Orestes, 110 n. 8
- Orestíada (de *Esquilo*), 110 y n. 8
- Organización social, 5, 78-80, 115, 118, 126, 145, 181
- Orgasmo, 302
- Orgullo
 británico, 109
 y narcisismo, 113-4
- Oseas, 35
- Osiris, 19, 23 n. 11, 24 y n. 14, 26
- Pablo, San*, 83-6, 130-1
- Padre
 angustia de ser devorado por el, 277
 de la horda primordial, 26, 78-87, 90, 97, 107, 115, 117-8, 126, 128-31
 equiparado con Dios, 80, 84, 86-8, 129, 131
 equiparado con un animal, en las zoofobias, 79
 relación ambivalente con el, 79-80, 84, 117, 126, 129, 131, 176
 relación de la hija con el, 193
 relación del hijo con el, 11-2, 76-9, 83-4, 115, 121, 176, 189-90
 sometimiento a la voluntad del, 117-8
 y amenaza de castración, 76, 189-91, 276-7
 y héroe legendario, 11, 106, 113
- Padres
 e hijos, relaciones entre (*véase también* Complejo de Edipo; Madre; Padre), 11-2, 115, 190
 el psicoanalista como sustituto de los, 176, 181
 símbolos de su relación con el hijo, 11
 subrogados por el superyó, 113, 115-6, 144-5, 176, 185, 207-208
- Palabras (*véase también* Lengua-je; Uso lingüístico)
 ensalmo de las, 110
 primitivas, sentido antitético de las, 167
- Palas Atenea* (*véase* *Atenea*)
- Paranoia (*véase* Delirio)
- París, 11
- París, Congreso Psicoanalítico Internacional de (1938), 3
- Parricidio (*véase* Padre de la horda primordial)
- Pascua, 108
- Patriarcado, 110, 114, 126, 128
- Pecado original, 130-1
- Pecho materno (*véase también* Chupeteo), 188, 194, 301
- Peligro
 angustia como señal de, 144, 146, 201
 evitación del, 122, 144, 146, 201-2, 237-40, 275-6

- Pene (*véase también* Castración; Circuncisión; Fase fálica), 76, 152 y *n.* 4, 189
 atribuido a la mujer, en el fetichismo, 204
 envidia del, 153, 192-4, 199, 252
 equiparado con el hijo, 252
- Pensamiento
 creencia en la omnipotencia de los, 109-10
 procesos de, 73, 94, 104, 110, 155, 157, 160, 198, 200
- Pensamientos oníricos latentes, 163, 166-7
- Pentateuco* (*véase* Biblia)
- Pequeño Hans*, caso del, 88*n.*
- Percepción, 94, 144, 155, 157-60, 198-200, 206-7
- Periodicidad sexual, 151*n.*, 186
- Persas, 60-1
- Perseo*, 11
- Personas sanas comparadas con los neuróticos, 70, 120, 154, 163, 183-4, 228, 237
- Perversiones (*véase también* Fetichismo), 150, 153, 187
- Peter Schlemihl* (de *Chamisso*), 9 *n.* 5
- Pfeiffer, E.*, 299*n.*
- Pinjás*, 15*n.*
- Pío XI*, 293
- Placer
 previo, 153
 principio de, 113, 144, 152, 200, 207, 237, 239, 244-5
- Platón*, 147 *n.* 1
- Poesía (*véase* Creación literaria; Epica)
- Politeísmo, 18-9, 23, 62, 80, 85, 88, 128
- Polonio*, 263
- Polución espontánea, primera, 75
- Pompeya, exhumación de, 261-2
- Pos-represión, 230
- Poseducación, 176
- Posterioridad, efectos con (*véase también* Vivencias infantiles, efecto retardado de las), 151, 230
- Prcc*, uso de la abreviatura, 92*n.*
- Preconciente, 92-3, 157-65, 168, 181
 y el yo, 92-3, 160-2
 y la conciencia, 93, 157-60
 y lenguaje, 94, 137, 160, 201
- Predisposición, 94, 183, 185
 y disposición, 94 *n.**
- Principio
 de Nirvana, 200
 de placer, 113, 144, 152, 200, 207, 237, 239, 244-5
 de realidad, 112, 201
- Problema intelectual, solución inconciente de un, 286
- Proceso primario, 166
 y proceso secundario, 162, 199-200, 228
- Procesos psíquicos inconcientes, 91-4, 122, 158-69, 173-5, 179-180, 186, 250, 265, 285-8
- Progreso y barbarie, 52-3
- Prohibición (*véase* Tabú)
 de venerar imágenes de Dios, 109, 111, 114
- Protección antiestímulo, 144, 200
- «Protesta masculina» (*Adler*), 252-254 y *n.* 37
- Psicoanálisis
 aspectos terapéuticos del (*véase también* Técnica psicoanalítica; Tratamiento psicoanalítico), 223-7, 229-37, 240-5, 248-51
 construcciones en el, 257-70
 críticas al, 198-9, 259, 283-4
 descubrimientos del, 78, 91, 95, 120-7, 139, 150-1, 161-2, 187
 didáctico, 227
 e Iglesia Católica, 4, 53-5
 «es una psicología de lo profundo», 284
 regla fundamental del, 174-5, 177, 180
 y biología, 197
 y ciencia, 156-7, 161, 198-9, 284, 288
 y creación literaria, 288
 y filosofía, 156-7, 284-5, 288
 y medicina, 219
 y prosperidad norteamericana, 219-20 y *n.* 1
- Psicología de las masas, 64, 67, 70, 89-90, 127
- Psiconeurosis (*véase* Neurosis)
- Psicosis (*véase también* Delirio psicótico), 74, 82, 158, 169, 173-4, 183, 197, 203, 237, 268-9, 274, 277
- Pubertad, 72, 91, 150-1, 153, 191, 214
 estallido de la neurosis en la, 74, 76, 225, 229
 ritos de, en los pueblos primitivos, 190 *n.* 2

- Pueblos primitivos
 religión en los, 89, 108, 123
 ritos de pubertad en los, 190
n. 2
- Pulsión
 desplazamiento de la meta de la, 146, 153
 de autoconservación, 144, 146, 152, 180, 186, 201, 207
 de conservación de la especie, 146
 de muerte, 146-8, 152 y *n.* 3, 180, 186, 199-200, 214, 227
n., 244-6, 248
 de vida (*véase* Eros)
 emergente, 179, 268
 sexual (*véase también* Eros), 112, 114, 149-54, 186-7, 202-203
- Pulsiones (*véase también* Mociones pulsionales; Renuncia de lo pulsional)
 conflicto entre las, 148, 216-7, 226-30, 232-8, 245-6, 275-7, 302
 doctrina de las, 146-9, 157, 244
n. 24, 246-8
 domeñamiento de las, 228
 intensidad constitucional de las, 214, 223-4, 227
 mezcla y desmezcla de, 152, 180, 227*n.*, 244
 naturaleza conservadora de las, 146
 parciales, 149-53, 186
 refuerzo de las, y neurosis, 74, 91, 183-7, 201-2, 226-30, 237-238, 275
 y el yo, 112-3, 122-3, 164-5, 167-9, 200-7, 214, 217, 223, 226-30, 232, 237
- Qadesh, fundación de la nueva religión en, 33-40, 42, 45-9, 58-59, 65, 90
- Ra-mose*, 8
Ramsés II, 33 *n.* 32
Rank, O. (*véase* la «Bibliografía»)
Re, 19, 21, 25 *n.* 16
 Reacción terapéutica negativa, 244
 Realidad (*véase también* Mundo exterior)
 examen de, 160, 201
 principio de, 112, 201
 psíquica y exterior, 73-4 y *n.* 13, 126*n.*
- Recuerdo(s)
 desfiguración en los, 268-9
 encubridores, 71
 «hipernitidos», 267
 traumáticos, 65-6 187
 y actuación, 85, 177
 Redentor (*véase Jesucristo*)
 Reforma, 37
 Regla fundamental del psicoanálisis, 174-5, 177, 180
 Regresión, 154, 277
Reik, T., 98*n.*
Reina, C. de, 25 *n.**
 Religión
 cristiana (*véase* Cristianismo; Iglesia Católica)
 de Atón, 21-31, 35, 40, 48, 57-58, 61, 67, 85, 109
 egipcia, 18-26, 30-1, 48, 57-64, 67, 82, 85, 107, 109
 en los pueblos primitivos, 89, 108, 123
 en Rusia soviética, 52
 hindú, 30 *n.* 26
 judía (*véase también* Dios mosaico; *Yahvé*), 18-20, 24-8, 30-51, 56, 58-69, 82, 84-6, 106-12, 119-20, 123-5, 129-31
 orígenes de la, 80, 115, 123-7
 y compulsión, 69-70, 98
 y lo sagrado, 116
 y neurosis, 53, 56, 77, 82, 89, 97-8
 y renuncia de lo pulsional, 115-116
- Renuncia de lo pulsional, 79, 109, 112-9, 123, 130, 153, 176, 185-6, 206-7
- Represión (*véase también* Retorno de lo reprimido)
 de mociones pulsionales, 122, 153, 185-6, 201-2, 229-30
 de recuerdos traumáticos, 65, 187
 «primordial», 219
 y acceso a la conciencia, 91
 y el ello, 93-4, 161, 163-4, 179, 191, 205
 y el yo, 122, 185, 230, 238-9
 y lo inconciente, 91-2, 98, 164-165, 179, 181, 191-2, 252-3
 y resistencia, 91, 158, 179
 y tratamiento psicoanalítico, 215, 223, 232, 240, 259, 267-269

- Reproducción sexual, función de, 150, 155, 186-7
- Resistencia
del ello, 242
del yo, 240-4
en el tratamiento psicoanalítico, 177-81, 214, 216-7, 220, 222, 249, 259, 264, 266
trasferencial, 253
y desfiguración, 91, 241
y represión, 91, 158, 179
- Retorno de lo reprimido, 77, 83, 85, 91, 123 y n. 20, 128, 250, 268
- Révolt des anges, La* (de *France*), 250n.
- Rhondda, Lady*, 303 n. 1
- Rilke, R. M.*, 299
- Risa, 302
- Ritos de pubertad, 190 n. 2
- Rómulo*, 11-2
- Roux, W.*, 185 y n.
- Rusia soviética, religión en, 52
- «Sabios de Sión», juramento de los, 82
- Sadismo, 71, 76, 152, 231
- Saga(s) (véase también Héroe legendario; Mito; Tradición), 10, 31, 78, 81, 117, 165
de *Edipo*, 11-2, 187, 189n., 191, 207
de *Moisés*, 7-16, 31-2, 34-5
- Sagrado, lo (véase también Santificación), 26, 79, 116-7
- Samuel* (véase Biblia)
- Santificación (véase también Sagrado, lo), 29, 38, 58, 103, 116-8
- Sargón de Agadé*, 10-1
- Sauvé de la Noue, J.*, 303 n. 2
- Schiller, F.*, 97n.
- Schittim, asesinato de *Moisés* en, 36
- Schliemann, H.*, 67
- Schriften zur angewandten Seelenkunde*, 10 n. 7
- Schumann, R.*, 9 n. 5
- Seducción, 73, 187-8, 276
- Sellin, E.* (véase la «Bibliografía»)
- Seno materno, el dormir es un regreso al, 164
- Sensación, 157
- Sentido antitético de las palabras primitivas, 167
- Sentimiento (véase también Afecto; Culpa, sentimiento de), 155, 157
en los niños, 129
- Series complementarias, 70-1, 157
- Servidumbre sexual del hombre, 190, 254n.
- Set*, 29 n. 26
- Sexualidad infantil, 71-2, 150-2, 186, 202, 302
- Shakespeare, W.*, 63n., 191, 269
- Shaw, G. B.*, 52 n. 2
- Shock* (véase Choque)
- Sichem, príncipe de, 26
- Silo, Arca de la Alianza en, 15n.
- Simbolismo
de los mitos y sagas, 189-90 n. 2
de los sueños, 95, 164, 167
del lenguaje, 95, 128
y herencia arcaica, 98n., 242
- Símbolos¹ (para lo simbolizado, véase Símbolos²)
agua, 10-1
cesta (canasta), 10-1
dedos del pie, 278
rey y reina, 12
- Símbolos²
de la castración, 88 y n., 118, 189n., 190 n. 2
de la relación de los padres con el hijo, 11
del nacimiento, 10-1
- Sinaí, monte (véase Sinaí-Horeb)
- Sinaí-Horeb, monte, 31-3, 46 n. 65, 129
- Síntoma(s)
como consecuencia de traumas, 71, 74
como formación de compromiso, 73, 76
como «retorno de lo reprimido», 123
como satisfacción sustitutiva, 123, 186, 202, 228, 260
desfiguración en los, 123
eliminación de los, en el tratamiento psicoanalítico, 176, 217, 219, 222
empeoramiento de los, en el tratamiento psicoanalítico, 266
naturaleza compulsiva de los, 73
«período de incubación» de los, 65
y fenómenos religiosos, 77
- Sistema nervioso y conciencia, 143

- Smith, W. Robertson* (véase la «Bibliografía»)
- Sobredeterminación (véase Causación múltiple)
- Sobreinvestidura, 93, 161
- Sociedad (véase Organización social)
- Sociedad Psicoanalítica de Viena, 303
- Sófocles* (véase Saga de Edipo)
- Soloweitschik, M.* (véase la «Bibliografía»)
- Stein, C. von*, 122 n. 18
- Sublimación, 82, 153, 182
- Sueños (véase también Contenido manifiesto del sueño; Pensamientos oníricos latentes; Trabajo del sueño)
- carácter alucinatorio de los, 160, 163, 201, 268
- como formaciones de compromiso, 167-8, 204
- condensación en los, 165-6
- cumplimiento de deseo en los, 164, 168-9
- de angustia, 168-9
- de comodidad, 168
- de hambre, 168
- de neuróticos y de psicóticos, 203
- desfiguración en los, 164-5, 169, 260
- desplazamiento en los, 166, 204, 268
- elaboración secundaria en los, 165
- «es una psicosis», 173
- relajamiento de la resistencia en los, 158
- simbolismo en los, 95, 164, 167
- vivencias infantiles como fuente de los, 121-2, 164-5
- y conflicto, 168
- y duda, 168
- y el dormir, 163-4, 167-9
- y mociones pulsionales, 164, 167, 229
- y restos diurnos, 168
- y síntomas, 169
- y vida de vigilia, 164-5, 168-9
- Sugestión, 177, 263
- hipnótica, 216
- Suicidio, 148, 180-1
- Superstición, 85, 232
- Superyó, 93, 112-3, 146, 148
- como subrogador de los progenitores, 113, 115-6, 144-5, 176, 185, 207-8
- «es el heredero del complejo de Edipo», 207
- «representa el pasado cultural», 208
- severidad del, 181, 207-8
- y conciencia moral, 113, 207-8
- y el ello, 144-5, 208-9
- y el yo, 93 y n. 32, 113, 144-5, 163, 173, 178, 207-8, 216, 238n., 244
- y lo inconciente, 160
- y mundo exterior, 209
- Surmenage* (véase Exceso de trabajo)
-
- Tablas de la Ley, 46 y n. 65, 129
- Tabú, 80, 115, 126
- del incesto, 79, 116
- del nombre de Dios, 38
- Tebas, culto en, 19, 22, 25 n. 16, 107
- Técnica psicoanalítica, 151, 157, 173-82, 198, 213-22, 226, 233-6, 240-1, 257-70
- Télefos*, 11
- Tell-el-Amarna, 22 y n. 9, 24 n. 14, 29, 48, 58n.
- Tentation de Saint Antoine, La* (de *Flaubert*), 48 n. 67
- Teorías sexuales infantiles, 71, 152, 236
- Teorización y fantaseo, 228
- Tertuliano*, 81 n. 22, 114
- Terror (véase también Angustia; Fobias), 184
- Thotmés* (escultor), 58 n. 2
- Thotmés III*, 21
- Thut-mose*, 8
- Time and Tide*, 292, 303-4
- Tito*, 111
- Tiye*, 107 n. 5
- Torá, 111
- Totemismo (véase Animal totémico; Banquete totémico)
- Trabajo del sueño, 163-7
- Tradición, 51, 66-9, 90, 96-8, 123-125, 145
- desfiguración en la, 26, 30, 32, 40-2, 67, 120, 124-5, 131
- desplazamiento en la, 42
- registro de la, 59, 158n.
- Trascripción y fijación, 158 y n.
- Trasferencia (véase también Reacción terapéutica negativa), 179, 181, 217, 221, 224-5, 233-4, 241, 260-1

- ambivalencia en la, 175-7
resistencia en la, 253
- Trastorno hacia lo contrario, 42, 180
- Tratamiento psicoanalítico
de neuróticos, 85, 165, 228
de niños, 81
duración del, 217-27, 232-3, 236, 248, 251
e intervención en la vida real del paciente, 234
fortalecimiento del yo en el, 174-81, 216-7, 223, 232, 234, 237-8, 240, 249-51
pacto con el paciente en el (*véase* Regla fundamental del psicoanálisis)
resistencia en el, 177-81, 214, 216-7, 220, 222, 249, 259, 264, 266
«Sí» y «No» del paciente en el, 259, 264-5
y el ello, 240-1
y normalidad, 177, 222, 237, 241, 251
y personalidad del analista, 248-9
y profilaxis, 216, 226, 233-6
y recuerdo de vivencias olvidadas, 72, 121-2, 191
y represión, 215, 223, 232, 240, 259, 267-9
- Trauma
amenaza de castración como, 153, 189-90
del nacimiento, 219
en la historia del género humano, 77
en la historia judía, 50
fijación al, 72-4, 223
y neurosis, 65, 70-7, 94, 184, 215, 223-9, 236, 275
- Tutankhamón, 261
Tutankhatón, 23
- Uso lingüístico (*véase también* Simbolismo del lenguaje), 95, 110-1
- Utero (*véase* Seno materno)
- Vacas, veneración de las, en Egipto, 29 n. 26
- Vagina (*véase también* Genitales), 152 n. 4
- Vejez y capacidad creadora, 52
- Venganza, 84
- Verdad histórica y material, 124-125, 130, 258, 263, 269-70
- Vere, E. de, 192 n. 4
- Vida de vigilia y sueños, 164-5, 168-9
- Vida intrauterina (*véase* Seno materno)
- Vida sexual (*véase también* Abstinencia sexual; Acto sexual; Desarrollo sexual; Excitación sexual; Impotencia sexual; Periodicidad sexual; Pulsión sexual; Seducción; Sexualidad infantil)
acometida en dos tiempos de la, 72, 151, 186
- Viena, Sociedad Psicoanalítica de, 303
- Virgilio, 117n.
- Viscosidad de la libido, 243
- Vivencias infantiles, 70-1, 74, 121-2, 125, 164-5, 260-70
efecto retardado de las, 221
- Voluntad, 155
- Volz, P. (*véase* la «Bibliografía»)
- «Warum gabst du uns die tiefen Blicke» (de Goethe), 122 n. 18
- Weigall, A. (*véase* la «Bibliografía»)
- Wesen des Antisemitismus, Das (de Coudenhove-Kalergi, H.), 294-5
- Yabú, 60
- Yabuda, A. S. (*véase* la «Bibliografía»)
- Yahvé, 21, 25 n.*, 31-6, 38-40, 42-50, 59-63, 66-9, 89, 107, 120
- Yahvista, el, 41, 60
- Yo
alteración del, 74, 120, 173, 179-81, 215-7, 223-4, 227, 237-42, 274
avasallamiento del, 75
como reservorio de la libido, 148
desarrollo del, 73, 153, 190-1
escisión del, 75, 137, 203-6, 273-4
fortalecimiento del, en el tratamiento psicoanalítico, 174-181, 216-7, 223, 232, 234, 237-8, 240, 249-51

- inmaduro, 201, 205, 223, 230
 naturaleza del, 112, 144-6, 160,
 200, 242
 resistencia del, 240-4
 y defensa, 73-5, 201, 205-6,
 215, 223, 232, 237-44, 274-
 276
 y el ello, 92-3, 144-7, 160-4,
 173, 178-81, 186, 200-3, 207,
 216, 237, 239, 242-3
 y el superyó, 93 y *n.* 32, 113,
 144-5, 163, 173, 178, 207-8,
 216, 238*n.*, 244
 y la conciencia, 91-2, 159-60,
 163, 179
 y lo inconciente, 92, 159-60
 y lo preconciente, 92-3, 160-
 162
 y mundo exterior, 74-5, 137,
 144, 146, 160, 164, 173-4, 181,
 200-8, 237
 y neurosis, 185-6, 202
 y pulsiones, 112-3, 122-3, 164-
 165, 167-9, 200-7, 214, 217,
 223, 226-30, 232, 237
 y represión, 122, 185, 230, 238-
 239
- Zerrissene, Der* (de Nestroy),
 266 *n.* 8
Zetos, 11
Zeus, 22, 44*n.*, 277
 Zonas crógenas, 149-51
 Zoofobias, 79, 81
Zweig, A., 4

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellana, provincia de Buenos Aires, en octubre de 1991.

Tirada de esta edición: 4.000 ejemplares.